

U A N

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

SECRETARÍA GENERAL DE BIBLIOTECA

SECRETARÍA GENERAL DE BIBLIOTECA

L. FROUX

Maletabilis
Los Gitanos

2

PQ2623

.B6

R68

v.2



1020027035



JANU

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



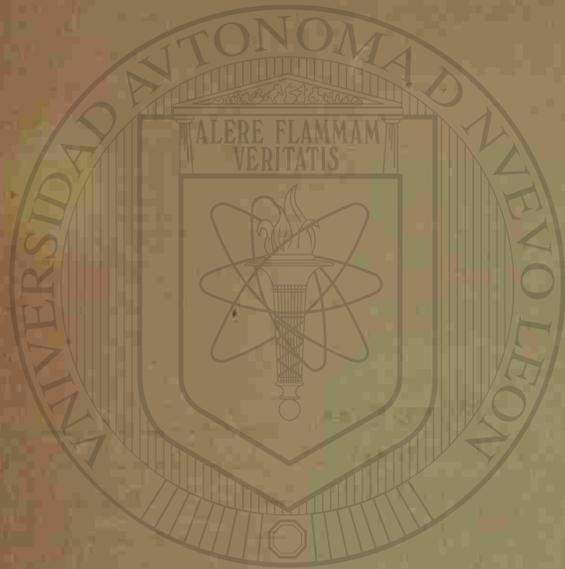
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas.
Núm. Autor
Núm. Adg.
Procedencia
Precio
Fecha
Clasific.
Catálogo



GASTÓN LEROUX

ROULETABILLE Y LOS GITANOS

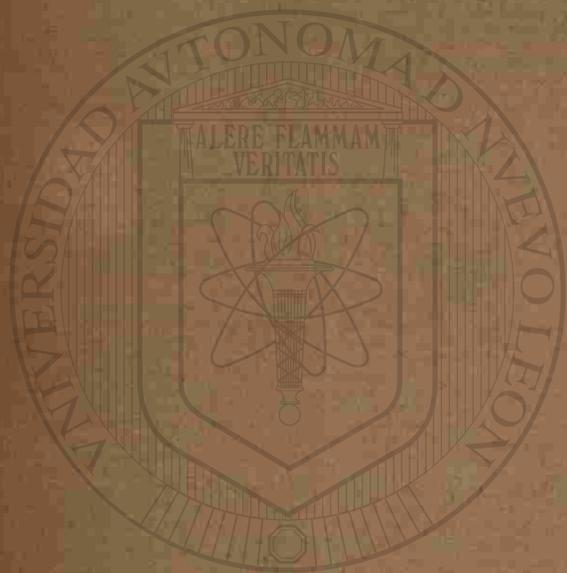


U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

30428



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Las aventuras extraordinarias del repórter
JOSE ROULETABILLE

GASTÓN LEROUX

ROULETABILLE Y LOS GITANOS

SEGUNDA PARTE
•EL PULPO•

TRADUCCIÓN DE
JOSÉ ALBIÑANA MOMPÓ

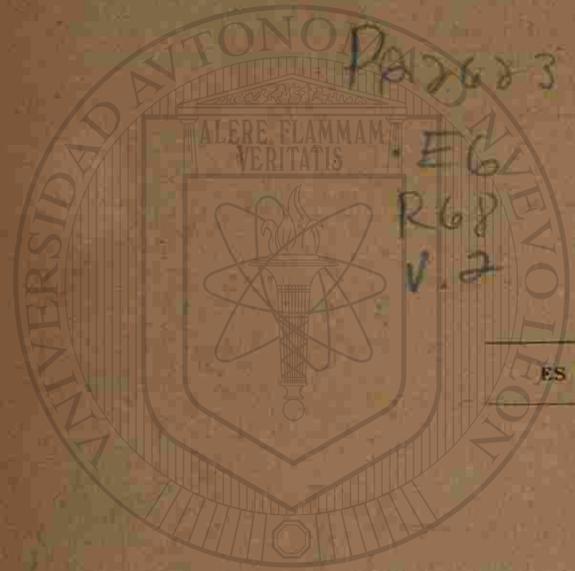


M. AGUILAR
EDITOR
MARQUÉS DE URQUIJO, 39
MADRID

30428

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1025 MONTERREY, MEXICO

843
L.



ES PROPIEDAD

SEGUNDA PARTE

«EL PULPO»

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Imp. J. Pueyo, Lugo, 29
Teléf. 14-30 - MADRID



CAPITULO PRIMERO

OLAJAI DE NUEVO SE CONDULE DE HABER HABLADO DEMASIADO Y SE VENGA HABLANDO AÚN MÁS

Las cúspides de los pinos emergían ya de la noche como estirados y pálidos fantasmas, y el horizonte se teñía por Oriente de una franja verdosa y siniestra, cuando el pastorcillo enviado por Rouletabille a espiar a los gitanos volvía presuroso al mesón.

Había presenciado de lejos, colgado como una ardilla de la rama de un árbol, el suplicio del bohemio, espectáculo que le interesó sobremanera (1). Era un espíritu infantil, probo y sencillo, hecho a la vida de la naturaleza; bueno con los animales, que amaba como si fuesen miembros de su familia; pero curioso, como se suele ser a esa edad.

De esta «diversión» excepcional se despegó cuando el movimiento general de la banda, la precipitación con que empezaron a enganchar a los pencos le ad-

(1) Véase la primera parte de esta obra, titulada *El Libro de los Antepasados*.

virtió que los cingaros se disponían a levantar el campo de New-Wachter y de sus aledaños. Temió que se le escapase la recompensa prometida, y de una tirada llegó corriendo a la venta.

Eran las tres y media de la madrugada. Las noches son cortas en esta época del año... La puerta del mesón estaba a medio entornar y pudo ver a Rouletabille en el patio, contratando con el hostelero Otto el alquiler de dos valientes jacas, que para todo servicio utilizaba hacia quince años. Otto argüía que necesitaba las bestias aquel día y por nada del mundo podía cederlas. Rouletabille ofreció una cantidad que tuvo la virtud de poner a todos de acuerdo, y, sin más dilaciones, saltó a la silla.

Mandó llamar a Hubert, que en su cuarto estaba entregado al aseo de su persona. Cuando se presentó y echó una ojeada a la acémila que se le asignaba, hizo una rara mueca.

—No cabe elección—le espetó Rouletabille—. ¡En marcha! Los gitanos están ya levantando el campo.

El repórter exigió caballos, porque aún no confiaba en su agilidad para arriesgarse a pie a semejante aventura y no quería de ningún modo que Hubert advirtiera claramente su estado de inferioridad.

El pastorcillo les precedía al trote. Ya en la linde de la selva, el niño indicó con un gesto el camino que conducía en línea recta al campamento de los cingaros, reclamó su deuda y partió veloz como la liebre.

Minutos después, los dos jinetes se detuvieron al oír lamentos y apagados gemidos.

Se apearon, ataron las acémilas y con gran precaución se internaron en el bosque... Así llegaron al lugar donde habían acampado los gitanos; ya no estaban allí los carros, pero aún caldeaban las cenizas de las hogueras. No se veía allí a alma viviente; pero las quejas, un momento acalladas, resonaron de nuevo más lastimeras...

Rouletabille ojeó por la maleza, separó unas ramas y llamó a Hubert. Allí vieron a un desdichado que se desangraba por numerosas heridas e impotente para incorporarse...

Rouletabille lanzó un grito:

—¡Olajait!

Aquél fué un grito de horror provocado por el espanto que le produjo el espectáculo de aquellos pies calcinados.

Olajai abrió los ojos, y al reconocer a su amo le sonrió tristemente y entreabrió los labios como pidiendo de beber... Rouletabille le puso entre los dientes la cantimplora y así le hizo beber, mientras Hubert le sostenía la cabeza.

Cerca de allí serpenteaba un riachuelo. Rouletabille encargó a Hubert que empapase una toalla y dijo entretanto al bohemio, sosteniéndole a su vez:

—¿Por culpa mía te han herido?

El gitano asintió con la cabeza.

Hubert volvía raudo.

—No se fie usted—subrayó el cingaro—. Cualquiera día hacen con usted lo mismo. ¡Vuélvase allá, a París!

—¿Y la señorita de Lavardens?—preguntó con ansiedad el repórter.

El gitano meneó la cabeza.

—¡Ah! Es la anhelada reina. No la devolverán jamás.

Hubert, que se había arrodillado para lavar al doliente las heridas, al oír las últimas palabras del cingaro se estremeció sobresaltado. No pasó a Rouletabille inadvertida la emoción de Hubert.

—Escucha, Olajai—dijo—. No hay que desesperar. Aún quizás podamos salvarte... Vamos a encargar que vengan inmediatamente en tu socorro; pero es preciso que mi amigo y yo demos al punto con las carretas. Han marchado por este camino, ¿no es así?

Olajai se levantó con sobrehumano esfuerzo. Brillaba la venganza en el fuego de sus últimas miradas:

—¡Se la han llevado por otro lado!

—¿Quiénes? ¿Andrés? ¿Calixta?

—... Y Zina... Pero le puedo decir... le puedo decir... dónde... han de reunirse todos.

Un momento cerró los ojos, como si fuese a expirar.

—¡Olajai! ¡Olajai! gritó Rouletabille—. ¿Dónde... dónde han de reunirse?

El herido dejó escapar un nombre con un soplo, que parecía ya estertor de agonía:

—En Temesvar-Pest.

—¡Vayámonos!—gritó Rouletabille a Hubert—. Temesvar está muy cerca de Sever-Turn. Y si Odette entra en Sever-Turn ya no saldrá de allí jamás.

Con gran estupefacción del repórter, Hubert le respondió:

—Vaya usted sin más tardanza, que ya me reuniré con usted; no puedo dejar aquí abandonado a este infeliz.

—¡Adiós, Olajai!—dijo Rouletabille, espetando a Hubert una mirada pletórica de recelo y amenazas.

Y desapareció en el bosque,

Daba por muerto al gitano, y, a mayor abundamiento, no había venido de tan lejos para salvar a Olajai, por más que siempre le sirviese con fidelidad probada. Lo primordial e importante era no perder la pista de Odette. El desgraciado Olajai había sido ya la primera víctima. Habría otras... ¿No estaba él en persona también al margen de serlo? El cariz de esta empresa se manifestaba terrible y feroz. Era menester revestirse el corazón de bronce.

Ya solo al lado del bohemio, y sin temor de ser desplazado por Rouletabille, Hubert continuó preguntando con aspereza. En la cantimplora de Rouletabille había agua...; pero en la de Hubert, fuego: un alcohol que reanimó de modo singular al ajusticiado... Este tenía aún la obsesión de su amo:

—¡Fué tan bueno conmigo! En cierta ocasión, hace

años, me salvó la vida; yo le doy en pago la mía... Pero que vaya con cuidado... Ya se lo avisé en Camargue... y se lo avisé a *El Pulpo*, cuando vino...

—¿Quién es *El Pulpo*?—preguntó Hubert.

—¡Ah! ¿Usted no lo sabe? Pues una amiga de mi amo y de Calixta... Vino a Santas-Marias... Quería ver a Calixta... La acompañé doquiera habían visto a Calixta... *El Pulpo* me había prometido, en cambio, que se llevaría a Rouletabille lejos... lejos de Odette. ¡Ah, si yo hubiera sabido cuando vino a casa allá... allá abajo... en París!...

—¿Quién?

—¡Odette!... Todos andan locos tras de esta Odette.

¡Ah! ¡Esto les traerá la desgracia!

—¿Odette fué a París?

—¡Sí!

—¿A casa de Rouletabille?

—¡Sí!

—¿Hace mucho?

—¡No! ¿Usted es amigo de él?... Pues procure que la olvide. Ello es preciso... ¡Es la reina anunciada por las Escrituras!

—Pero Odette no tiene la señal en la espalda—murmuró Hubert, devorando al gitano con la mirada.

—Si—contestó el cingaro—. Tiene la señal en la espalda... la corona...

Y se incorporó para mirar a su vez a Hubert:

—¡Por su culpa muero! He hablado con exceso.

—Pero la señorita Odette no es cingara—agregó Hubert anhelante y en son de protesta.

—Es cingara de pura casta; ya conocí a su *raya*, a su madre, a su verdadera madre; el señor de Lavar-dens vivió en Sever-Turn... Allí se casó a usanza nuestra... La *raya* murió al dar a luz a una niña que amamantó Zina... Zina se lo contará todo... Zina lo sabe todo... El padre huyó con la niña, como estaba escrito... Esta niña era Odette...

Hubert se irguió de un salto y echó a correr camino del mesón, dejando solo a Olajai, agonizante... Afortunadamente para él, pasó una carreta...



CAPITULO II

«¡SOCORRO, QUERIDO ZO!»

Los bohemios, desde la hora en que Calixta y Andrés se les llevaron a Odette, no vivían tranquilos, y no porque les inspirasen asomo siquiera de recelo los dos cingaros, y mucho menos Zina, que les acompañaba, sino porque temían cualquier funesto trance que les separase de su adorada reina para siempre. Hasta ese momento habían todos ellos formado una escolta segura, reforzada continuamente a medida que se iban acercando a Oriente; para ellos era un honor formar parte de esa escolta, y era al mismo tiempo seguridad plena para la raza. Hubieran acabado con mil rufes en caso preciso antes que entregar a su reina. Ahora seguía su ruta casi sin defensa, y ellos sabían que iban a vérselas con su peor enemigo, con Rouletabille, hombre de inagotables recursos, el más pernicioso de los *gachts* (esto es, de

los extraños a la raza), causa para ellos de no pocos contratiempos y embarazos.

A pesar de cuanto les pudo relatar Sumbalo, no dieron nunca abandonar a aquella moza sagrada.

¿Qué dirían al gran *Coesre* (al supremo jefe, que lleva el látigo en forma de aspa para azotar al mundo) y al Patriarca, si alguna desgracia ocurría a la *queyra*? Se les consideraría responsables de la catástrofe y castigados cual merecían por el hierro y por el fuego.

El suplicio de Olajai ya no les divertía.

Se adueñó de ellos la fiebre de partir.

Rodearon a Sumbalo, y éste hubo de ceder a su presión; por lo demás, el mismo jefe de la tribu compartía la inquietud y la zozobra.

Partieron, pues, aceleradamente, chocando entre sí, atropellándose, enganchándose las carretas y dejando a sus espaldas aquel pingajo humano arrojado entre la maleza, sin preocuparse de su suerte.

Corrían a reunirse con su adorada reina... y huían de Rouletabille...

Pero Rouletabille ya no seguía sus pasos... Aleccionado por las pocas palabras que pudo arrancar a Olajai, iba siguiendo las huellas desviadas de una carreta que daba un gran rodeo para separarse lo más posible de la carretera. Dos horas hacía que llevaba a su caballo por las veredas más escabrosas, preguntándose cómo por tales atolladeros pudo pasar un ruin

carromato sin volcar cien veces, cuando de pronto columbró, a unos cien metros, la techumbre del carro hecha de tupida hojarasca. Estaba allí parado.

Sin duda, Andrés y Calixta creyeron aquel lugar seguro, al menos por unas horas, y adecuado para el descanso de las acémilas, harto rendidas.

Rouletabille se apeó, ató el caballo a un corpulento árbol, empuñó el revólver y se deslizó con cauta rapidez bajo el ramaje.

Seguía doliéndole el pie y de nuevo le ardía la espalda, pero no por ello dejaba de correr con la agilidad flexible y solapada de la serpiente.

Había llegado el momento de obrar, y no dudaba del éxito.

Creía que la suerte a la postre venía a favorecerle de modo singular. Iba a sorprender a gentes indefensas: a un hombre y dos mujeres. E iba dispuesto a tumbar a Andrés como a un perro, y a no andar con contemplaciones ni con Calixta ni con Zina si le oponían serias dificultades. Atravesó un bosque tupido y espeso, que le desolló con sus espinas y le envolvió entre cien lianas. Con paciencia de apache en hora de operaciones, se desembarazó de cada uno de aquellos lazos que le sujetaban y querían retenerle, y al parecer le prohibían seguir adelante.

Vió allí debajo una claridad pálida, vapor transpirado de la tierra a los primeros rayos del sol.

Nada le desvió de su ruta, orientada por la obser-

vacación de las altas cimas que coronaban el bosque con capiteles centenarios.

No hacía el menor ruido.

Seguro estaba de no haber aventurado un alerta. Debía de andar ya cerca de la carreta... Paróse a escuchar voces... mas sólo percibió chillidos de pájaros que en raudó vuelo huían, y eso fué todo...

Tras el último y callado esfuerzo... vió la carreta; allí estaba.

Todos dormían sin duda, acémilas y personas, menos Odette... quizás...

Rouletabille pisa ya las lindes del claro del bosque en que parada quedó aquella cabaña montada sobre ruedas.

Ya ve ante sí la puerta de dos hojas encristalada en su mitad inferior y protegida con sórdidos cortinajes, a la que se llega por una escalerilla de muy pocos peldaños.

Esta es la cárcel de Odette... éste el palacio de la reina de los gitanos...

¡Y en torno... nadie!

Las acémilas fueron desenganchadas y descansan sin duda en paraje contiguo a orillas de algún riachuelo... Rouletabille, que anda a gatas, se yergue revólver en mano; el corazón le late con fuerza... gana a puntillas la escalera, y de pronto cae sobre la puerta, que abre de formidable rodillazo.

—Arriba las manos.

¡Nadie!

La choza está inhabitada..., abandonada la carreta. Una frase escrita a punta de cuchillo en la pared de la choza, preña de lágrimas sus ojos: «Socorro, querido Zo.» «¡Querido Zo!» Luego sabía que él estaba allí, pensó. O bien, sin saber que él estuviese, recelaba que rondase en torno, acechando el momento propicio para libertarla. ¡Al cabo, *ella siempre confió en él, y a él llamaba y acudía!*

Ante esta idea, su corazón impetuoso cesó un instante de latir; frío sudor corrió por sus sienas...

Aquello sólo fué el vértigo de un segundo; luego él apareció más fuerte, que su imaginación, presa del delirio... En aquel momento vacilante, apeló, como siempre, al recurso de apoyarse *en la contera del buen sentido!*

¿Y qué le hacía ver el buen sentido? Le hacía ver una pareja de enamorados, un encantador nido de amor, y a Odette en brazos de Juan y recibiendo, como esposa, sus sonrisas... Y él caminaba sobre sus pasos, vigilando aquella dicha como amigo fiel y *como hermano.*

¡Ah! ¡Ella seguramente le había conmovido con toda su extraña gracia, que tantas cosas le traía a la memoria! ¡vaya! ¡vaya! Tú también, hija del Oriente, tenías esos ojos y esa sonrisa pletórica de inquietante misterio. Y ¡cómo te amó Rouletabille! ¡Vaya, Odette, vaya! Rouletabille sólo amaba a una imagen, la de

Ivana rediviva, pero en cuanto a la Odette de carne y hueso, era sólo para el amor de Rouletabille una hermana, una adorable y frágil hermanita, que tenía el deber de guardar para su amigo Juan.

Pero era menester para guardársela recuperarla antes, puesto que se la habían robado.

¡Adelante, pues!

Salió de aquella caja funesta... Ya no vacilaba; su desasosiego había pasado. ¡Dios mío! Le había llamado «querido Zo», como Ivana cuando le llamó desde el abismo de su infortunio para que le arrancase a la tiranía feroz del terrible Gaulow (1)... Vamos, Rouletabille, pide perdón a la sombra de Ivana, pide perdón a Juan y salva a tu hermanita. Los miserables la raptaron como lobos... Y ¿a qué guarida se la llevaron de momento? He ahí lo que hay que averiguar.

Rouletabille ha hallado la pista de los lobos... pista que sigue a pesar de sus numerosos rodeos y que pierde y que encuentra de nuevo y le fatiga durante horas...

Ahora su pecho es una fragua... toda su persona y todo en torno suyo arde, y hasta el bosque parece que se incendia...

Ha llegado al corazón de aquella selva de abetos. Bajo el ardiente sol, los árboles descubren el bálsamo de la savia por las heridas de su corteza. Rouleta-

(1) Véase *El Castillo Negro*, del mismo autor.

bille apenas puede respirar; denso y urente vaho le cela el contorno peculiar de los objetos...

Va sin voluntad y extenuado por el suelo, que brinda a sus pies una alfombra de mil áureas agujas.

Y de pronto, y en el preciso momento en que va a cerrar los ojos, un hombre en la plenitud de su fuerza y de su orgullo se planta ante él... Llevaba sobre la espalda una ruin chaqueta, en forma tal, que daba a esta sórdida prenda cierto aspecto de manto de corte...

Roja faja, en que había empotrado extrañas armas, daba muchas vueltas a su cintura. Por encima de las polainas vestía unos calzones con galones, cortados quizás de viejo tapiz. ¡Estaba magnífico!

Rouletabille reconoció a Andrés; se irguió de un salto, revólver en mano.

Andrés sonrió con desdén.

—¿Qué vienes a hacer aquí?—le dijo con su voz metálica—. ¿Qué quieres de nosotros? ¿Por qué nos persigues?

—Porque sois ladrones de niños.

—¡Los ladrones de niños serán los que nos robaron a nuestra reina! ¡No la volverás a ver! Ya está en lugar seguro, donde se la llevó mientras *yo te atrala* aquí... Porque tenía aún que decirte la última palabra y darte el último consejo, que atenderás si tienes realmente apego a la vida... ¡Vuelve a Occidente!

—¡Oh!—dijo Rouletabille, nada impresionado por

el énfasis teatral del cingaro—. ¡Ya me habéis matado y no me he muerto!

Andrés no contestó; volvió lentamente sobre sus pasos y se internó en el bosque levantando los hombros...

En el fondo tiene razón—se dijo el repórter sin moverse del sitio—. Ya he seguido bastante a esa gentuza... ¡Ahora voy a precederla!

CAPITULO III

EN EL CUAL VEMOS APARECER DE NUEVO EL «LIBRO DE LOS ANTEPASADOS»

HUBERT, que de un brinco montó a caballo, llegó como una flecha al mesón. En dos zancadas subió a su cuarto, abrió su maleta y de ella sacó el enorme libraco que ya conocemos y lo tendió sobre la mesa. Se sentó y empezó a hojear la obra con tal fiebre, que le temblaban las manos.

En fin, halló lo que buscaba: el texto de la profecía, cuyos términos recordaba poco más o menos... Volvió la página: vió que faltaba la siguiente... Se golpeó por haber ultrajado aquel libro, por haberlo deteriorado y saqueado como un bárbaro. No sólo le había desprovisto de las joyas que de él hacían el más valioso monumento de la bibliografía ortodoxa resguardada en lo más recóndito de los santuarios, sino que le había arrancado las páginas más sorprendentes, obra del arte paciente de iluminadores y miniatu-

ristas, compradas sin titubear a precio de oro por los bibliófilos extasiados.

¡Ah! ¡Qué página, qué página! ¡Cuánto daría ahora por poseerla!

Súbitamente decidido, pone de nuevo el libro en la maleta, baja sin atender a lo que le decía el mesonero, monta a caballo y a galope, de una tirada, llega a New-Wachter. Allí entra en Telégrafos y redacta la siguiente misiva: «Stevens, anticuario, calle La Boetie, París. ¿Conserva usted la preciosa página, iluminada con caracteres romanchos y ornada de miniaturas, que le vendí?» Firmó y agregó su dirección...

Pasó el resto del día aguardando la respuesta. De vuelta en el mesón, se echó sobre la cama. Lo que pudiera haber sido de Rouletabille, lo que pudiera haberles acontecido a los bohemios, le era en absoluto indiferente... Acabó por cerrar los ojos, pero no pudo dormir.

En fin, al anochecer le llevaron un telegrama, que leyó con avidez y guardó cuidadosamente en el bolsillo. En seguida bajó al vestíbulo.

Allí estaba un viajero recién llegado, que le volvió la espalda, inclinado sobre una maleta, de la que sacaba ropa blanca. Hubert se sentó y golpeó la mesa. El viajero se volvió. ¡Era Juan de Sautierne!

Ambos se reconocieron a la vez y encarados se miraron con hostilidad. Juan fué el primero que habló.

—Nos volvemos a ver—dijo en tono del mayor desprecio.

—Sí—replicó con voz apagada—. *¡Nos encontraremos siempre!*

En aquel momento se abrió la puerta y apareció Rouletabille.

—¡Ah! Juan... por fin llegaste...

—Me parece que no he perdido el tiempo—dijo Juan estrechándole la mano—. ¿Cómo va tu herida?

—Curada...; no hago caso de ella. Es la mejor manera de curarla.

Luego, volviéndose hacia Hubert, dijo:

—Pues bien: en las circunstancias por que atravesamos, es de esperar que esté usted encantado de la llegada del señor de Sautierne... Yo en persona le induje a que viniera... Ayer sólo éramos dos. Hoy ya somos tres. Ya pueden andar con ojo los gitanos. Vaya, señores: se trata de salvar a Odette... Les juro a ustedes que no somos demasiados para la tarea. A estrecharse, pues, las manos y que no haya, *por ahora*, otro problema que la salvación de la señorita de Lavardens.

—Sea—dijo Lauriac.

—¿Cómo andamos—preguntó Juan a Rouletabille—en el asunto de Odette?

—Bien. Sólo es preciso ahora que permanezcamos unidos. Nuestra unión es tanto más necesaria cuanto que va a ser forzoso que nos separemos...

—No, yo no te dejo...—dijo Juan.

—Entonces nos será preciso por ahora despedirnos del señor de Lauriac, que sin duda aceptará la misión de pasar la frontera a la zaga de los gitanos sin cesar de vigilarlos. De todas suertes, nos encontraremos en Temesvar.

—¿Puedo saber—preguntó Hubert, inquieto y receloso—, puedo saber qué motivo importante viene precisamente a separarnos cuando parece que usted logró por fin su objeto de reunirnos?

—Es preciso que yo dé un pequeño rodeo hasta Innsbruck—insinuó Rouletabille mirando de reojo a Hubert.

Este se estremeció.

—Hasta Innsbruck.

—Sí; espero allí encontrar al corresponsal de nuestro diario, que estuvo destacado precisamente en Temesvar durante la última guerra y podrá darnos útiles informes e inapreciables avisos...

—¡Qué coincidencia!—exclamó Hubert—; es preciso que yo también dé un pequeño rodeo hasta Innsbruck, y por la razón más baladí: para hacerme con dinero. Debo cobrar allí un cheque...

—Si necesita usted dinero, señor...—empezó a decir Juan.

Peró Hubert le atajó con brusquedad, clavando en él una mirada ardiente de odio inextinguible.

—Guárdese usted su dinero, señor. No quiero deberle nada.

—Vaya, vaya—dijo Rouletabille—. En vista de esto, tomaremos los tres mañana el tren para Innsbruck y no se hable más. Decididamente, reina la confianza entre nosotros—agregó con un buen humor harto comprensivo.

—Señor Otto, sirvanos la sopa.

Durante la cena Hubert no despegó los labios, mientras Rouletabille contaba a Juan cuanto le había ocurrido después de haberse separado y le detalló los últimos acontecimientos y su persecución en el bosque. Juan, al oírle, manifestaba febril impaciencia. Atropelló el fin de la cena y los dos jóvenes salieron.

—Vamos a dar una vuelta antes de acostarnos.

Hubert no respondió palabra.

—¡Qué oso!—exclamó Rouletabille.

—Lo que no me explico—murmuró Juan en cuanto se alejaron de Hubert—es que, estando ahora tan cerca de Odette, la sueltes para ir a Innsbruck...

—¡Ahl, quieres que empecemos de nuevo... En primer lugar, no suelto a Odette, porque aún no está en mi mano; pero estoy seguro de que lo esté en Temesvar, y esto debía consolarte. Ahora voy a decirte por qué voy a Innsbruck. Ha dos horas que llegué a New-Wachter..., y al punto averigüé cuanto hizo Hubert durante mi ausencia; pagué a un oficial de Correos para que me copiase el telegrama recibido por nuestro buen amigo; helo aquí...

Juan leyó:

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año 1625 MONTERREY, MEXICO

«He vendido página romanca a Nathan, anticuario Innsbruck.—STEVENS.»

—¿Comprendes ahora?— repuso Rouletabille...

—A fe mía, ni palabra...

—¿No comprendes que aun cuando no hubiéramos nosotros ido a Innsbruck, se hubiera allí personado Hubert?

—Lo que no comprendo es por qué vamos nosotros. ¿Qué importancia tiene una página romanca?

—Cabalmente—asintió Rouletabille—, pero creo que es hora ya de que te percales... ¡Juan! ¿Amas sinceramente a Odette?

—¿Y tú me lo preguntas?

—Pues bien: vas a saberlo todo.

Y le informó de todo. Cuando supo Juan que no era hija de la señora de Lavardens, sino de una cingara, solamente exclamó: «¡Pobre niña!» Rouletabille le estrechó la mano. Cuando ya no ignoró detalle de la importancia de la tragedia que se estaba representando en aquel momento y cuyo último acto iba a desarrollarse en Sever-Turn, gimió:

—Yo moriré, pero ellos no la retendrán.

De pronto, comprendió la importancia del Libro de los Antepasados y la urgente necesidad de saber qué interesaba tanto a Hubert en aquella página romanca retenida por el anticuario de Innsbruck...

Al día siguiente, ya en la capital del Tirol, mientras Juan y Hubert escogían cuarto en el hotel, Rouletabi-

lle se personó en casa de Nathan, cuya tienda estaba sita en el Alstadt (ciudad vieja).

—He sabido, señor, que usted posee un curioso documento romancho.

—Muy curioso, señor, y seguramente uno de los más antiguos que han pasado por mis manos...

El anticuario no opuso dificultad en enseñárselo.

—¿Cuánto quiere usted por él?—preguntó Rouletabille, mientras enrollaba el precioso documento...

—¡Ay!, señor, está ya vendido... por telegrama lo ha recuperado un aficionado a estas cosas...

A Rouletabille se le escapó sin querer una concisa blasfemia, aunque no era ésa su costumbre..., mas ya nada tenía que hacer. A todas sus ofertas contestaba el anticuario siguiendo en la tarea de colocar el documento en su caja...

—¿Podría saber, al menos, lo que quieren decir estos caracteres?—le preguntó.

—No sé leer el romancho.

El repórter, totalmente vencido, regresó en seguida al hotel, donde Juan le esperaba.

—¡Estamos lo mismo! ¿Dónde anda Hubert?

—Me dejó hace unos minutos.

Y cuando su amigo le contó la visita a la tienda del anticuario, repuso:

—Decididamente no tenemos suerte.

La admiración que sentía hacia Rouletabille se redujo a cero.

Al cabo de poco rato, Hubert fué a reunirse con ellos. Traía cara de satisfacción muy expresiva. En el camino, un cazador puso en sus manos una carta. Paróse a leerla. Decía así:

«Desconfíe usted de Rouletabille, que se trae un juego que nadie entiende... Si quiere usted saber más, acuda esta noche, a las diez, a la entrada del Parque de las Rosas.»

La carta era anónima.

Hubert se metió la misiva en el bolsillo.

—Voy a vigilarte, querido joven—murmuró Rouletabille, que tenía pendiente el desquite con Hubert—; voy a vigilarte...

A la hora prevista para la misteriosa cita, Hubert se hallaba ya en la entrada del Parque de las Rosas. Paróse ante él un coche cerrado que andaba lentamente; se bajó la cortinilla de la portezuela y apareció una joven con la faz ligeramente velada. Le hizo una señal, se abrió la portezuela, subió Hubert, y en seguida la portezuela se cerró, se bajó la cortinilla y el coche siguió su camino.

CAPÍTULO IV

EL ROBO...

¡Ah! ¡Quién contará jamás los cadáveres
infantes que yacen insepultos en el abismo
de sus negros ojos!

ALBERT SAMAIN.

ME pregunta usted quién soy? Todo el mundo le dirá que soy una antigua amiga de Rouletabille. Se ha portado conmigo de modo infame. Me llamo señora de Meyrens.

Calló.

Este nombre produjo gran efecto. ¿Quién no había oído hablar de la señora de Meyrens? Sus casamientos, que fueron otras tantas aventuras trágicas; sus eclipses súbitos, sus reparaciones resonantes y el misterio de su vida ahora, según rumores, puesta al servicio de la alta policía, todo ello había suficientemente intrigado a Europa y llenado numerosas columnas de la prensa para que hasta Hubert, por alejado

que viviera del drama mundano, se percatase de la trascendencia de la alianza que se le brindaba. ¡Ah! Sin duda era preferible tener a tal mujer como amiga y no como enemiga.

El coche en que iban aceleró su marcha.

—¿Adónde vamos?—preguntó Hubert.

—Donde estaremos tranquilos para charlar.

La señora de Meyrens levantó las cortinillas cuando entraron en una de las calles más transitadas de la ciudad.

El coche paró ante el vestíbulo de un gran establecimiento nocturno, un *dancing-restaurant, music-hall*, que a aquella hora estaba muy concurrido. Hubert quedó pasmado.

—Entre tanta gente pasa uno inadvertido. Arriba hay cuartos particulares, donde nadie nos estorbará y donde podemos cenar, querido, pues tengo un hambre canina... No he comido desde mi llegada a Innsbruck.

—¿Cuándo llegó usted?

—A la misma hora que usted...; venía en el mismo tren.

La señora de Meyrens impelió a Hubert a precederla, le empujó a través de una compacta muchedumbre que salía de la sala durante el entreaño, después subieron por la escalera y llegaron al pasillo, desde el cual un *maitre d'hôtel* les guió hasta un amplio salón, que era al mismo tiempo palco del teatro, desde

el cual, sin ser vistos, podían ver cuanto ocurría en la escena y en la sala.

La extraña viajera púsose a sus anchas, se desprendió del manto, se quitó el sombrero, sacudióse los cabellos, se empolvó ante el espejo y encómió en gran manera el primer plato que se le sirvió.

—Perdone usted, querido.

Pidió *champagne*, y mientras lo traían, apuró de un trago una copita de aguardiente de estilo ruso.

Hubert había encendido un cigarrillo y no probaba bocado. Inspirábale enorme interés aquella mujer singular, cuyo raro encanto había ya causado tantas catástrofes. Cuando terminó de pellizcar en todos los platos, ella también encendió su cigarrillo, apoyó los codos sobre la mesa y púsose a mirar con aquellos sus ojos profundos e inquietantes, cuyos párpados estaban recargados de *khól*. Su fisonomía en reposo tenía cierto aire fatal e implacable que recordaba a Hubert que la señora de Meyrens se paseaba por la vida inseparablemente ligada a dos compañías: al Amor y a la Muerte.

Afortunadamente, él no temía a ninguna de las dos. La señora de Meyrens carecía de motivos para matarle, y además él amaba...

—No es usted hablador—le dijo echándole a las narices una bocanada de humo de tabaco oriental...

—He venido para oírlo—replicóle—, y cuanto más miro a usted, más me pregunto por qué vino usted

esta mañana precisamente en el mismo tren que nosotros...

—Porque iba en busca de Rouletabille... Supe que el señor de Santierne acudía a reunirse con él... Seguí a Santierne hasta New-Wachter y seguí a todos ustedes desde New-Wachter hasta aquí.

La señora de Meyrens decía todo ello con cierta negligencia, arrastrando las palabras al modo eslavo, en seductora melopea...

Luego empezó a hurgar en el plato rebosante de caza negruzca en dulce...

—¡Pero coma usted!

—Gracias, no me apetece. He comido ya muy bien en el hotel con Santierne y Rouletabille. Pero usted, ¿cómo no probó bocado desde nuestra llegada?

—Porque no hice otra cosa que vigilarles a ustedes, que rastrearles. No les quité ojo... Sobre todo a Rouletabille... Usted sabe que en cuanto se apeó voló a casa del anticuario, en donde usted a continuación se personó... Grande debió de ser su interés de llegar antes que usted... No columbro de qué pueda tratarse... pero conozco a mi Rouletabille...

Y con malicia púsose a reír, mostrando sus agudos dientecillos...

—Sé a qué fué—dijo Hubert—... Afortunadamente, comprometí a todo trance por telégrafo la compra del documento...

—Sí, sí; usted, sin darse cuenta, lleva de cabeza

a Rouletabille, como él lleva de cabeza a todo el mundo. ¡Oh!, no ha traicionado su nombre; buenas vueltas me hace dar a mi, a mi...

—¿Pues qué le ha hecho?

—Cosas muy fuertes—dijo con voz apagada—... pero... me las pagará... y para pagármelas... será menester...

—¿Qué será menester?

—Si se lo digo, usted mismo me suplicará que me apiade de él...

—Es usted feroz...

—No es eso un secreto para nadie...

De un trago apuró la copa rebosante de champán..

—Ya ve usted; el tunante se ha burlado de mí... Ha jugado con el amor... Yo no gasto nunca bromas con el amor... Lo es todo o nada... Dure lo que dure, no engaño a nadie... Todos saben a qué se exponen conmigo. Sí... se ha portado conmigo como un trapacero. No me amaba... No he de ocultarle a usted nada...; tengo estrechas relaciones con la más encopetada policía...; esto puede servir... puede ser provechoso a todos... le sirvió a él... para robarme mis secretos... secretos horribles... que es menester que se lleve a la tumba... lo más pronto posible ciertamente... Me ha descubierto... perdido, ante mis jefes superiores... Era yo una potencia... Había de contarse conmigo en toda Europa... hasta los más poderosos... Ese chiquillo me ha puesto en ridículo... Horrible, horrible... Y creí,

tonta, que me quería... No, nunca me ha querido... Ama sólo a Odette...

—¡Ah!, no lo he dudado nunca—exclamó Hubert...

—Eso prueba, querido, que no es usted imbécil... ¡Es realmente sensible ver a los tres tan estrechamente unidos para salvar a una señorita que cada uno por su parte codicia! ¡Y cuando uno piensa en la ciega confianza que ha puesto Juan en ese miserable chiquillo!... Cree que Rouletabille trabaja a favor suyo, a favor de Juan; pero Rouletabille, con su traza de buen muchacho, siempre trabajó en provecho propio... Ha jurado que Odette será su mujer... pero yo... he jurado también vengarme... Querido, ¿quiere usted ayudarme? Le tendrá a usted cuenta, se lo aseguro... Odette no llegará a ser quizás la mujer de Juan... pero no lo será tampoco de Rouletabille... ¿Usted la desea, señor de Lauriac? Pues yo se la entrego.

—Señora — dijo Lauriac tendiéndole la mano —, acepto... Acepto, más bien que a Odette, la alianza que usted me propone en estos difíciles momentos... Puede serme valiosa, pues, en efecto, Rouletabille es un formidable adversario... Pero tranquilícese: en cuanto a la señorita de Lavardens... *no puede escapárseme...*

—Quiero creerle a usted — repuso la señora de Meyrens completamente escéptica —... pero ¿no se forja usted alguna ilusión?

—Ninguna...

—¿Y qué le da a usted tanta confianza en sí misma?

—¡Ah, eso es! Usted indaga todos mis secretos y yo aún no le he preguntado nada... No es usted confiado, señor de Lauriac... Veamos, ¿qué desea usted saber?

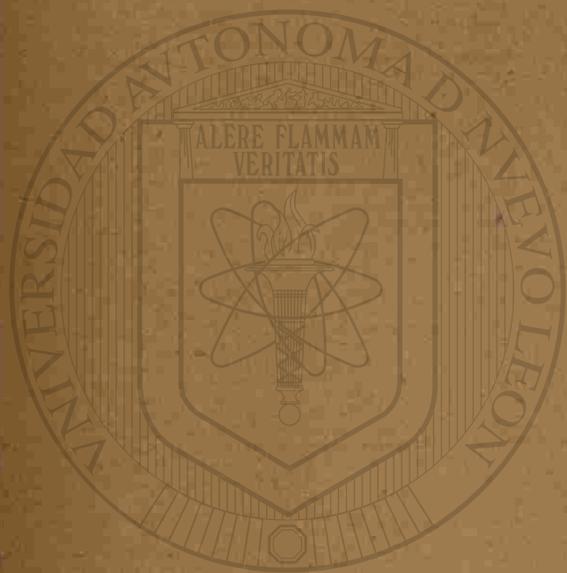
—Lo siguiente: ¿Tiene usted pruebas de la doblez de Rouletabille respecto a su amigo Juan? ¿Y respecto de la señorita de Lavardens?

—Más... Tengo más... Tengo las pruebas de la inteligencia completa de la señorita de Lavardens con Rouletabille...

—No es posible—exclamó Hubert levantándose—...

¿Pruebas irrefutables?

—Pruebas terribles.



CAPÍTULO V

DOS CÓMPLICES

EN aquel momento entró el *maitre d'hotel* y anunció en alemán que iban a empezar las danzas. «La nueva Loie Fuller nacional»; pero nuestros dos compadres se rieron un poco de lo que pasaba en escena. La señora de Meyrens pidió licores y, en cuanto se los trajeron, corrió el cerrojo. Luego sacó del seno una especie de bolsa en forma de cartera, en que guardaba, al parecer, inapreciables documentos, y fué a sentarse al lado de Lauriac...

—¿Ve usted estas dos cartas?—dijo sacándolas de la bolsita—. Son concisas... pero en cuanto usted las lea, no dudará ya más.

—¿De quién son?

—De Odette...

—¿Puedo preguntar cómo se ha hecho usted con ellas?

—Indudablemente; me he hecho con ellas del modo

más sencillo. Las he robado. Si..., en la propia casa de Rouletabille... un día en que acababan de saquearle... entonces me dije que si advertía la desaparición, seguramente la achacaría al saqueo; pero no pensó en estas cartas que tenía revueltas, con otras de carácter íntimo, en un cajón reservado que yo conocía y los saqueadores no descubrieron... Cree aún seguramente que están allí...

Y le endilgó las cartas...

Al cogerlas temblaba la mano de Hubert. Eran dos hojitas muy finas de papel con las iniciales de Odette grabadas juntamente con un facsímil del Viei Castou-Nou.

Nunca Hubert recibió cartas como aquéllas... Y he aquí que leyó... en primer lugar la de fecha más antigua:

«Mi querido Zo: He contado una historia a papá... y mañana emprendo el viaje y pasado estaré en París. No podía aguantar más... Me era preciso ver a mi querido Zo. Nadie lo sabrá... Ante todo, no acuda a la estación a recibirme... ¡Misterio y discreción! Haga el vacío en torno suyo, *y que Juan nunca lo sepa!*... Su Odette, que sólo en usted tiene confianza... ¡Ah!, *a ese Juan le odió...*»

—¡Ah, ah!—exclamó Hubert enjugándose el sudor de la frente... Esto ya me parece definitivo y concuerda en todo con la confidencia que me hizo últimamente un moribundo...

—¿Un moribundo?—preguntó la señora de Meyrens...

—Sí, el propio criado de Rouletabille...

—¡Olajai! ¡Desconfíe usted de Olajai! Por Rouletabille es capaz de dejarse quemar...

—*Ya le quemaron*, señora—repuso Hubert con maligna sonrisa—. Sí, el desgraciado mozo tuvo sus contratiempos... Se fué de Francia con la cuadrilla de gitanos que se llevaba a Odette, y éstos, persuadidos de que era cómplice de su amo, precisamente del que los perseguía, le quemaron un poco la planta de los pies. En ese estado le hallé yo. Como había también recibido unas cuantas puñaladas, tuve la fortuna de llegar a él antes que expirara. Y hubiera sentido su muerte, pues me dijo cosas muy interesantes: entre otras, que la señorita de Lavardens había ido recientemente a París, a casa de su amo. Por lo demás, este viaje concuerda con la fuga de Odette días antes del drama y la despedida de la vieja aya que la había acompañado y nada sabía rehusar a su dueña...

—Ya ve usted que todo se encadena—expuso la señora de Meyrens ofreciendo un cigarrillo a Lauriac, que en su emoción había dejado apagar el suyo.

—¡Sí; todo se encadena! Pero, igualmente, estaba muy lejos de creer que tuviera tal significación la visita de Odette a Rouletabille... Pensé que Santiérne nunca ignoró esta visita, y que tan singular viaje se fraguó de acuerdo con él y quizás por él.

—Cómo se cae en el engaño...

30428

—Vista esta carta, tiene usted razón; ya no puedo dudar.

—Lea la otra.

La segunda carta, igualmente concisa, tenía, por lo menos, tanto valor como la primera:

«Mi querido Zo: Llegué bien. Papá puso en duda algunas cosas... Acabó por obligar a «mamá» a que hablase. Hubo una escena terrible y la ha despedido... He llorado mucho, pero *nada me pesa*. Sólo mi querido Zo puede consolarme. Y espero que pronto... *Las horas felices volverán...*»

—Basta, basta—susurró Hubert, desabrochándose el cuello postizo.

Estaba congestionado. De un trago apuró un gran vaso de agua. Ahora detestaba a Rouletabille más que a Juan.

—Pues bien—dijo devolviendo las cartas a la señora de Meyrens, que se las reclamó y que con todo cuidado guardó en el seno—. Pues bien; una cosa le digo, y es que ni el uno ni el otro la poseerán... y voy a demostrárselo...

—¡Ah! La confianza renace entre nosotros.

—Nos enzarzamos en la partida. Nos guía el mismo interés. Una mujer como usted y un hombre como yo deben fatalmente triunfar... Y tanto más cuanto que la partida está ya medio ganada—declaró Hubert, sacando de un bolsillo interior del traje un pergamino cuidadosamente doblado.

—Quizás no ignore usted, señora, que el interés de los gitanos por la señorita de Lavardens obedece a que quieren convertirla en su reina.

—Sí; la historia empieza a divulgarse por todo el mundo; pero ¿por qué a la señorita de Lavardens?

—Porque ha nacido con las circunstancias previstas por el «Libro de los Antepasados»: de una princesa de Sever-Turn y de un noble extranjero, que no es otro sino el señor de Lavardens.

—¡Muy interesante!—dijo la señora de Meyrens, que no perdía palabra de cuanto le decía Hubert—; pero no veo qué encierra ello para usted.

—Pues bien, va usted a saberlo. En el Libro de los Antepasados falta una página, la página que sigue a la profecía, y esa página estaba en poder del anticuario, en cuya casa me vió usted entrar hace poco...

—Y en la que vi entrar antes a Rouletabille...

—Exacto... Esa página está ahora en mi poder.

—Es magnífica; lástima que la haya usted doblado—observó la señora de Meyrens, que era una artista y sabía apreciar todo lo bello.

—¡Ay!, no me es posible llevarla con un marco; sería molesto y poco discreto; pero así como va hará su papel; y además, para mayor seguridad, esta noche me la coseré en el traje.

—¿Qué dice esa página? ¿Conoce usted el romancheo?

—Sí; y voy a traducírsela.

La señora de Meyrens fué a echar el cerrojo, mientras Hubert cerraba las dos hojas de la ventana recayente al palco.

La sala estaba en aquel momento sumida en obscuridad, y la nueva discípula de la Loie Fuller, envuelta en luz, pergeñaba flores, que eran llamaradas, entre las cuales corrían los dos tallos de sus piernas desnudas, arboladas por voluptuoso torbellino.

Hubert volvió al lado de la señora de Meyrens en el preciso instante en que se iluminaba de nuevo la sala y una tempestad de aplausos conmovía hasta los cimientos del teatro. Y en medio de aquel estrépito que sacudía las vidrieras, Hubert tradujo al oído de la señora de Meyrens el texto romancho arrancado al Libro de los Antepasados.

Hubert podía permanecer tranquilo; sólo la señora de Meyrens podía oírle.

Y podía estar también satisfecho del efecto producido.

—Ahora sí que comprendo—exclamó radiante de gozo—. Sí, comprendo... Gracias, gracias, querido...

Hubert aún le dijo unas palabras al oído. La señora de Meyrens movió la cabeza en señal de asentimiento y él se guardó el documento.

Un cuarto de hora después abandonaron aquel lugar de esparcimiento, en donde tan bien les fué a uno y a otro en sus respectivos negocios. Súbitamente, la señora de Meyrens preguntó recelosa:

—Pero ¿cómo supo Rouletabille que usted había ido a Innsbruck a casa del anticuario?

—A fe mía que no lo sé.

—Pero él siempre lo sabe todo.

—Sí; parece increíble.

—Le repito a usted que no se fie. El sabe que usted lleva consigo ese documento. Sin conocer el sentido, pues pidió al anticuario que se lo tradujese, sabe que esa hoja tiene para usted enorme importancia. Hará todo lo imaginable para quitársela a usted.

—Me la incrustaré en la piel.

El coche que los había traído aguardaba a la señora de Meyrens frente al vestíbulo del *music-hall*. La señora se despidió de Hubert diciéndole en voz alta:

—Allá abajo nos encontraremos.

Se estrecharon la mano y el coche se alejó.

Hubert se fué a pie al hotel, pensando en lo que acababa de ocurrir y seguro de no haber perdido la velada. No advirtió que una sombra le seguía.

La sombra era Juan.

Tomemos los sucesos de más arriba, o mejor, narrémoslos como se desarrollaron horas antes, valiéndonos para ello del cuaderno de Rouletabille.

Rouletabille y Juan no cesaron de espiar a Hubert. Inquietos se preguntaban qué sería aquella carta que

le enviaron al hotel, al cual sólo se decidieron a ir a última hora.

—Quizás fuese una carta del anticuario—insinuó Santierne.

—Eso es lo que hay que comprobar—respondió Rouletabille—. Mientras, voy a preguntar al botones.

Este le dijo que la carta recibida por el señor de Lauriac la trajo un recadero que no conocía.

Mientras el repórter quedó en el hotel espionando a Hubert, Juan se dirigió a casa del anticuario, le interrogó hábilmente y se percató de que no era él quien había escrito la carta. Volvió al hotel. Rouletabille le dijo:

—Hubert no ha salido del cuarto. Parece que está muy febril y desasosegado. Ha leído muchas veces la carta misteriosa.

En esto Hubert salió del cuarto y les propuso dar un paseo. Fuéronse, pues, juntos a visitar la antigua ciudad, a admirar los vetustos y abigarrados edificios de color amarillo, verde, rosa y azul con ventanas saliedizas; a extasiarse ante el célebre mausoleo de Maximiliano I en la iglesia de los Franciscanos, y luego emprendieron el regreso al hotel.

De vez en cuando, Rouletabille entraba en algunas tiendas para realizar algunas compras, pues desde el accidente del tren carecía de todo, por haber descuidado Andrés y Calixta de arrojar al repórter su maleta por la ventanilla.

Comieron juntos muy copiosamente, olvidados en apariencia de todas sus preocupaciones.

Después de comer, Hubert escribió una larga carta que fué a echar en Correos. Rouletabille y Juan le acompañaron.

El repórter dijo a Juan:

—Daría cualquier cosa por saber qué dice esta carta. Toma demasiadas precauciones. Debe de ser la respuesta a la que recibí ha poco.

A las nueve Hubert expuso que estaba molido, que tenía «sueño retrasado» y que iba a ver «si lo cogía». Se encerró en su cuarto. Un cuarto de hora después se le oyó roncar.

Juan sólo estaba separado de Hubert por un tabique. El cuarto de Rouletabille estaba sito frontero al de Juan en la otra parte del pasillo. Desde él podía el repórter espiar las dos puertas. En esto, al oír roncar a Hubert, creyó poder decir a Juan que la jornada había terminado.

No era éste el parecer de Juan.

—Puede muy bien ocurrir que simule el sueño.

—Pues bien, cuando ya no ronque, vienes a avisarme.

Y entró en su cuarto.

Juan se descalzó con estrépito, se arrojó sobre la cama, haciendo crujir el colchón de muelles, y luego calzóse muy quedamente y esperó los acontecimientos.

Instantes después cesaron los ronquidos y se entreabrió una puerta.

—Decididamente Rouletabille es el que baja—se dijo Juan, y, ufano de adivinar el trance, no se molestó en comprobar que era Hubert el que salía de su cuarto con el menor ruido posible, y era el que bajaba la escalera.

Juan salió a su vez, abrió bruscamente la puerta del cuarto de Rouletabille, que estaba en camisa, y le espetó estas palabras:

—Hubert se escabulle; voy a asegurarle.

Luego, sin esperar contestación, se lanzó tras los pasos de Lauriac, el cual aún no había tenido tiempo de salir del hotel. Así le siguió sin ser advertido hasta el Parque de las Rosas. Y así vio llegar, un cuarto de hora después, el coche en el cual subió Hubert.

Juan columbró una silueta de mujer, y se preguntó si no estaba perdiendo el tiempo en husmear una cita amorosa que para nada le interesaba. Pero reflexivamente pensó que el talante de Hubert en aquellas circunstancias no era a propósito para «correrla», como vulgarmente se dice, y apresuró el paso tras el coche, que lentamente se alejaba.

Otro coche vacío tras él venía; lo paró y recomendó al cochero (al cual prometió copiosa propina) que no quitase ojo del simón que les precedía... Así llegó cerca del *music-hall* y logró ver cómo entraron en él Hubert y la misteriosa desconocida.

Esta había bajado su velo, pero Juan, desde que reparó en la silueta, ya no se engañó.

—*El Pulpo*—se dijo—, es *El Pulpo*.

Se confundió entre la muchedumbre tras ellos.

Les vio subir a los cuartos reservados, y decidió esperarles «para cerciorarse».

Los vio otra vez a la salida. Sí; ¡era ella!

Presenció sus despedidas y se dispuso a seguir a Hubert, cuando el coche se alejó a una de caballo.

—Los miserables...—se dijo Juan—, ¿qué es lo que maquinan juntos? ¡*El Pupo* aquí y con Hubert! He aquí por qué Lauriac quiso venir a Innsbruck. Estaba citado con *El Pulpo*. ¡Y Rouletabille que no sospecha nada!

Hubert andaba lentamente, fumándose un gran cigarro.

—Quizás no vaya al hotel—se dijo Juan—, y el sitio adonde se dirija puede quizás darnos mucha y preciosa luz en ello.

Pero después de dar algunas vueltas por obscuras callejas, como si se hubiera extraviado, Hubert entró en el hotel. Cuando se encerró en su cuarto, Juan de un brinco se plantó en el de Rouletabille.

Le halló mirándose embelesado con el pijama que acababa de comprar y haciendo ante la luna del armario gimnasia respiratoria.

—¡Ah!, ¡tú aquí!—le dijo el repórter al ver a Juan—. ¡Dios mío!, traes el semblante descompuesto... ¿Qué ocurre?

—¿No sabes quién está aquí?

—No, a fe mía.

—*El Pulpo*.

—¡Hem!

—*El Pulpo*. Te digo que *El Pulpo* está aquí...

—Pero... no es posible... o es pura casualidad. A la postre, no tenemos por qué emocionarnos... ¿qué quieres que nos haga?

—Pregúntaselo a Hubert, con el cual ha tenido una cita esta noche en el Parque de las Rosas, y con el cual ha permanecido cerca de dos horas.

—Esto es más grave—dijo Rouletabille, que había interrumpido el ejercicio gimnástico—; sí, esto es más grave... pues no conocía esa señora a Lauriac, y claro está, no se citaron para charlar de frivolidades...

Pensativo, púsose a rellenar la pipa, como era en él costumbre hacer cuando alguna idea le obsesionaba. Henchíala, henchíala... indefinidamente... hasta que viese claro en el trance...; entonces la encendía y, como él solía decir, tenía *el humo jovial*..., pero aquella noche no encendió su pipa.

—Sí, no ando muy bien con *El Pulpo*—acabó diciendo—. Ya sabes que no fué de amigos la despedida...

—Te digo que esa mujer te perderá, como ha perdido a muchos. Ya te lo he avisado bastante...

—Entretanto no perdamos el tiempo en frívolas charlas—interrumpió Rouletabille—. Cosa mejor hemos de hacer esta noche...

—¿Qué?

—Dormir...

—¡He ahí todos tus descubrimientos! Cuando pienso en que estabas probándote el pijama mientras Hubert y esta mujer están urdiendo contra nosotros algún terrible contratiempo...

—Querido, no me hagas más tonto de lo que soy. Esto acaba ya siendo molesto... He de decirte que, cuando me anunciaste que Hubert había salido del cuarto, quedé encantado. Tú fuiste tras él; por esta parte estaba tranquilo, y a fe mía no hubiera hecho cosa mejor que tú. Durante nuestra ausencia, antes de hacer gimnasia respiratoria envuelto en mi pijama, visité el cuarto de Hubert.

—¿Tenías, pues, la llave?

—No; pero un rata, amigo mío, me enseñó a abrir las puertas sin llave. Visité, pues, el cuarto de Hubert, husmeé en su equipaje, en su maletín, por todas partes, busqué el documento romancho, sin dar con él, naturalmente, pues no debe de abandonarlo un solo momento... Pero volví a repasar el *Libro de los Antepasados*, lo cual es siempre muy instructivo, aunque no se comprende una sola palabra de las allí escritas.

—Ese *Libro de los Antepasados*, de que no cesas de hablarme, si es inapreciable para Hubert, debe de serlo igualmente para nosotros. Hubo un tiempo, no olvidado por mí, en que no hubieras titubeado, dado el personaje que tenemos enfrente, en...

—Di la palabra; en robarlo.

—O mejor dicho... en sacárselo como prestado, en quitárselo, para devolvérselo cuando ya no te hiciera falta...

—Tus fórmulas rebosan delicadeza... Tranquilízate: el Rouletabille de hoy vale tanto como el de ayer... Pero este libro ha venido a sernos tan útil como lo es para Hubert, que no lo ignora, y además resulta peligroso...; tanto que prefiero esté en su maleta que no en la nuestra...

—¡Explicatel!

—Es forzoso que me explique, pues aún no lo has entendido. Sígueme, apoyándote como yo en la cóntera de la razón. Cuando Hubert salió para Sever-Turn con el precioso libraco, esperaba alcanzar la recompensa ofrecida al que lo presentase. En su espíritu acariciaba la idea de lograr la intervención del Patriarca en favor de la liberación de Odette..., pero en el camino se enteró de que se festejaba a Odette como princesita cingara, e iba a ser proclamada reina... ¡Ya no esperó nada del libro! ¡Se daría cuanto pidiese, menos a Odette! Así, pues, a marchas forzadas, se dirige hacia Odette para intentar con sus propios medios libertarla.

—¡Y con el auxilio de *El Pulpo*...!— exclamó Juan—. Vas a ver cómo los dos se entienden para quitárnosla en nuestras propias narices, ante nuestras propias barbas.

—Olvidas que somos imberbes, y que yo tengo una nariz de perro de caza. Y ahora, dime: ¿no has oído siquiera una palabra de cuanto se han dicho?

—Sí; al despedirse, dijo a Hubert: *Allá bajo nos encontraremos*.

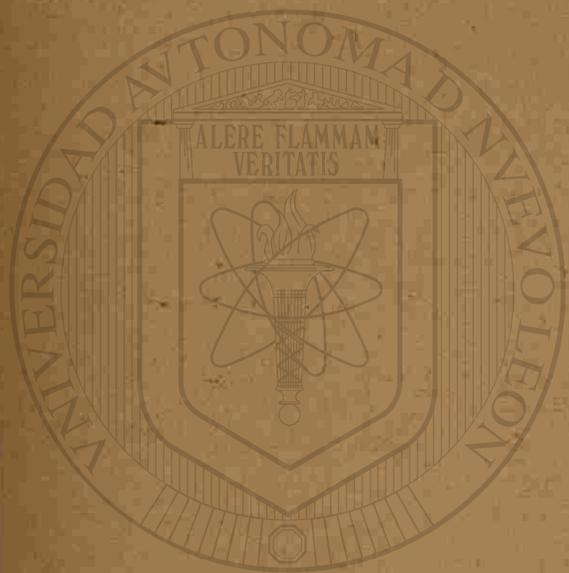
—Allá bajo, claro está, en Severn-Turn. Entretanto, tomaremos el tren mañana por la mañana para Temesvar-Pesth, y veremos si *El Pulpo* nos sigue hasta allí.

—Pero Odette no habrá aún llegado.

—Naturalmente, pero la esperaremos. Buenas noches, Juan.

—Buenas noches, Rouletabille... Mala jornada...

—¡Uff! ¡uff!—murmuró Rouletabille.



CAPITULO VI

Dices que necesito mandrágoras
Para acortar las horas, cuyo hastío me devora.
SHAKESPEARE.

Los bohemios acababan de levantar el campo de los alrededores de Temesvar-Pesth. Atardecía; negros nubarrones se corrían por las cimas de las montañas y el bosque sombrío oscilaba desde sus raíces. Nunca Odette estuvo tan triste, tan desesperada. Con la frente pegada al cristal de aquella pequeña choza rodante, ¿qué ensueños dormían en sus ojos? ¿Quién provocaba aquellos murmullos del bosque de abetos? ¿A qué el resonante gemido de la Naturaleza, si no era un lamento por su desgracia?

¡Tantos y tantos días arrastrada hacia un misterioso destino! ¡Tantos y tantos días retenida como prisionera!

¿Escapará un día a aquella horda que la rodea y de día en día acrecida conforme caminan hacia Oriente?

¿Escapará alguna vez de los brazos de la vieja Zina, cuyos besos le horrorizan ahora? ¡Ah! ¡Pronto, un caballo! ¡Si pudiese robar un caballo! ¡Como alado grifo se lanzaría fuera del bosque, se libraría de aquella pesadilla, volvería a ver las fronteras y las áureas llanuras de su Provenzal!

Bastante ha oído ya la voz lúgubre del viento en el ramaje y harto visto aquellos rostros maldecidos al resplandor de las hogueras de la noche... Era para taparse ojos y oídos... Por lo pronto, preferiría la muerte... Rouletabille no ha acudido... El mismo Juan la ha abandonado...

La puerta del carronato se abre... ¿Quién es? ¿Qué más quiere la vieja Zina, la puerca viejecita y amable bruja? ¡Trae en un puchero descascarillado humeante sopa! ¡Que se la guardel! ¡Que guarde aquella abominable bazofia!

—Vete, Zina; vete, o te pego. No quiero comer.

—¡Ay!—dice llorosa Zina—. ¡Dos días ya que no pruebas bocadol!

—Tuya es la culpa, desplumado mochuelo. ¡Me traes comida de carreteros! Lleva esa tu obra maestra a los que van detrás de los chirriones por los caminos... ¡Aguarda! Suco se dará con ella un banquete.

—¡Reina mía, mi *queyra!* Te haré lo que quieras. ¿Qué quieres comer? ¿Quieres un tazón de leche fresca?

—Tu leche es una porquería; tu leche es negra

como tus garras... ¿Lo oyes, maldecida? No comeré sino de los platos que tú sabes hacer, porque sabes aderezar muy buena comida... cuando quieres...

—Habla, regalo de Dios...

—Pues bien: prepárame las auténticas viandas del sábado, la comida de esas hierbas que tú sabes encontrar, puerca y amable bruja... de esas hierbas que hacen olvidar, que adormecen para siempre.

—Lograrás que muera...

—Revienta de una vez.

Y prorrumpió en sollozos de rabia, echándose sobre el camastro guarnecido de encajes. Zina, enloquecida, quiso acercarse y salió mal librada, pues recibió una fuerte coz que hizo rodar fuera del carronato a la vieja, al puchero y la bazofia...

A la misma hora, poco o más menos, un joven que vestía terno a cuadros y tocaba la cabeza con un casquete, se detenía ante una casa de Temesvar-Pesth, sobre cuya puerta con cancela estaba izada una bandera; guardaba aquella puerta un guardia de Seguridad, que quiso impedir la entrada al joven.

A la discusión entablada en un principio, siguió el atropello; el joven pasó, gritó el guardia y ambos llegaron al mismo tiempo a una salita maloliente, en la cual, detrás de una mesa, estaba sentado un empleado:

—¿Qué significa esto, señor?

—Señor, soy José Rouletabille...

—Aunque fuera usted el Papa, no le dejaría entrar en mi casa con ese desahogo.

—¡Oh!, bien sé que al Papa no se lo permitiría, señor. Pero yo no soy el Papa. Ya le he dicho que soy José Rouletabille y entro como puedo.

—¿Rouletabille? No le conozco.

—Es usted el único que no me conoce, señor.

—En fin, ¿qué quiere usted?

—Necesito la intervención de usted para libertar a una joven. Y como urge el asunto, perdóneme usted si...

—Queda usted perdonado... ¿De qué se trata?

—De un asunto de gitanos.

—¡Ah, ah!—dijo el empleado sentándose de nuevo—. ¡De gitanos! Esto es grave.

—Es grave para la joven a quien han raptado, señor, pero no para usted, a quien basta decir una palabra, tomar una actitud... ¿Ha oído usted hablar del rapto de la señorita de Lavardens por una cuadrilla de gitanos? Todos los diarios han relatado el suceso.

—Sí, señor, estoy enterado. Parece ser que los cíngaros recuperaron en la persona de la señorita de Lavardens a la princesita que *se les robó* siendo muy niña...

—Hem —exclamó Rouletabille un poco sofocado—. ¿Dice usted que *se les robó*?

—Por Dios, ése parece el cariz del suceso... Recien-

temente he mantenido a este propósito conversaciones con el cónsul de Transbalkania, pues ha sido, en efecto, muy sonado el acontecimiento en estas comarcas por nuestra vecindad con el patriarcado, y el cónsul me ha dicho que esa señorita era cíngara y princesa y precisamente va a ser proclamada uno de estos días reina de los romanchos... No me engaño...

—Señor—dijo ya enfadado Rouletabille, que a duras penas podía contener su indignación—; señor, ¿le ha dicho el cónsul de Transbalkania que esa princesita *fué raptada por su padre*?

—Sí, señor.

—¿Y a eso llama usted robo?

—Le diré, señor; eso a mí me tiene sin cuidado. Es el cónsul de Transbalkania el que lo llama «robo», y al parecer no sin fundamento...

—¡Ah!, explíquese...

—Me ha enseñado textos que determinan que una princesa cíngara es siempre cíngara, ocurra lo que ocurra, y si nace en el patriarcado no puede salir sin autorización del patriarca...

—De lo cual resulta...

—De lo cual resulta que el señor de Lavardens pagó mal la hospitalidad que le otorgaron en Sever-Turn...

—¡Al robar una princesa cíngara!—exclamó colérico Rouletabille—. ¡El señor de Lavardens es el ladrón!

—Esa palabra es muy fuerte, señor...

—Y los bohemios, al robar a su vez la señorita de Lavardens, ¿recuperaron lo suyo? Dígalo...

—Dígoles, señor, ya que usted me lo ruega y porque así lo pienso.

—¿Y, por tanto, usted se niega a intervenir?

—Señor, se lo ruego, no me haga responsable de nada... Tengo órdenes terminantes... Hemos de evitar todo choque con el patriarcado de Transbalkania...

—Pero, señor, eso es abominable...

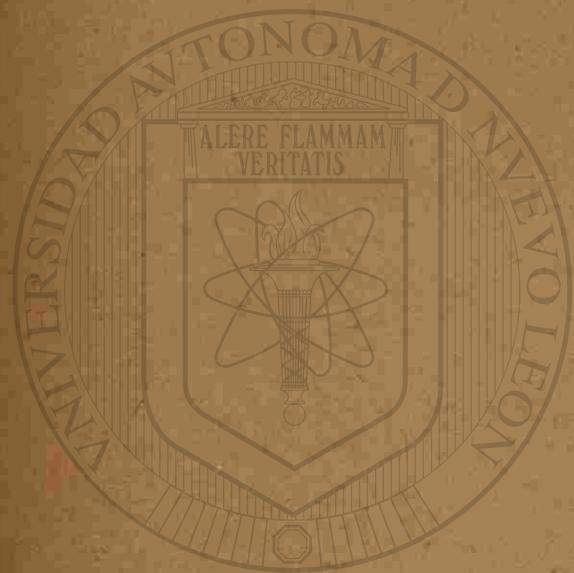
—No, señor; es política.

Y el empleado se levantó en señal de dar por terminada la entrevista.

Entonces Rouletabille prorrumpió en carcajadas. Le era forzoso estallar de algún modo para no perecer asfixiado.

—Pues bien, señor, no me anonada usted. No es la primera vez que solicito la intervención de la autoridad. Sepa usted que estos cíngaros que llevan secuestrada a la señorita de Lavardens han asesinado a mi criado. He de decirle a usted que mi criado era cíngaro de pura raza. Quise que las autoridades de aquel municipio practicasen diligencias y ordenasen detener e interrogasen a las bandas que atraviesan el país. ¿Sabe usted lo que me respondieron? «¿Cómo? ¿Detener las bandas que atraviesan el país? ¡Si les daríamos una prima para que se fuesen más pronto! En cuanto a su criado tan maltrecho... ¡bah!, riña de gitanos. No nos concierne.» Y usted, a su vez, me respon-

de: «¿La señorita de Lavardens? Asunto de gitanos; no nos concierne.» ¡Ah!, mal harán los gitanos en enfadarse, señor... Son los verdaderos reyes de la tierra... Bueno, pues, señor, prescindiré de usted... Prescindiré de todo el mundo. ¡Obraré solo!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

CAPITULO VII

NO TE APURES

(Sabiduría de las Naciones.)

LEGADOS días antes que los bohemios, según el nuevo plan de Rouletabille, que consistía no en seguirlos, sino en precederlos, nuestros tres mozos dedicaron el tiempo de espera en inspeccionar el país. En las comarcas en que suelen detenerse antes de la etapa final las carayanas que van a Sever-Turn o vuelven, las autoridades locales habían designado desde remota fecha los parajes, alejados de los centros urbanos, en los que los nómadas podían acampar, parar las carretas y levantar las tiendas.

Así, pues, les fué fácil a Rouletabille, a Juan y a Hubert estudiar las más leves sinuosidades del terreno y de antemano idear el partido que podrían sacar.

La sociedad se mantenía incólume, pero conforme el momento crítico se acercaba, crecía la desconfian-

na mutua en la pequeña comunidad. Juan hasta columbraba en la conducta de Rouletabille puntos oscuros, que sin cesar le desasosegaban. ¿A qué se obstinó, por ejemplo, desde un principio en querer obrar aisladamente, sin el apoyo que podrían prestarles las autoridades locales? ¿Por qué compartía respecto de esto el parecer de Hubert, partidario, por razones que ambos conocían, de mezclar el menor número posible de personas en aquella aventura, de la cual, al cabo, esperaba aprovecharse solo, por la astucia o por la fuerza?

Rouletabille había expuesto a Juan algunas razones basadas en la indiferencia de las autoridades o en su resistencia a intervenir en asuntos peculiares de los nómadas..., pero Juan no las estimó concluyentes.

Así decía con insistencia:

—Tú representas a uno de los primeros diarios del mundo; tú eres Rouletabille, una fuerza harto conocida, con la que todos han de contar... ¡En un asunto tan resonante, se te ha de escuchar! En todo caso es inadmisibles que, disponiendo del arma omnipotente de la prensa, no intentes nada por este lado. Si fracasamos por obrar aislados, cargarás con una gran responsabilidad.

—Está bien—acabó respondiendo Rouletabille—; ya que te empeñas, iré a ver a las autoridades. Pero entonces será inútil celar nuestra personalidad; se sabrá que estoy aquí. Repara en que los cingaros, sobre

todo en estos momentos, tienen espías en el lugar; yo soy el blanco, y sabes por qué. Inmediatamente recibirían el soplo...

—No hablemos más... Ya comprendo... Tiene razón de ser tu prudencia...

—Ea... - advirtió Rouletabille ya enfadado—. ¿Crees que soy prudente por mi persona? ¿Crees que tengo miedo?

—Cálmate, Rouletabille; no he dicho eso.

—Pero quizás lo hayas pensado... ¡Qué diablo! Es tu modo de proceder.

Así, en estas condiciones, fué como Rouletabille se presentó al jefe de Policía de Temesvar, vestido con su traje habitual, especie de uniforme peculiarmente suyo, para demostrar que no tenía miedo...

Realmente no esperó cosa buena de aquel paso y ya sabemos cómo no salió frustrada su sospecha. No quiso darle sino después de la llegada y acampamento de los bohemios, y después de cerciorarse de la presencia de Odette con su Zina, Andrés y Calixta, y de toda la banda, que constituía una especie de real cortejo. Ahora era preciso no dejar a nadie espacio para prevenirles. Al día siguiente, por la mañana, sería quizás demasiado tarde; los gitanos se enterarían de lo ocurrido en el despacho del jefe de Policía y seguramente tomarían sus precauciones.

Al salir de Temesvar-Pesth (que no hay que confundir con la plaza fuerte de Temesvar, en la orilla dere-

cha de la Bega; Temesvar-Pest es una antigua y pequeña ciudad sita en la meseta que domina al Danubio, frente a Puertas de Hierro; cerca de allí está el desfiladero que a través de los Alpes de Transilvania, entre Servia y Rumania, se enlaza con las primeras estribaciones de los Balkanes, detrás de los cuales se explaya Sever-Turn y el Patriarcado de Transbalkania); al salir, pues, de Temesvar-Pest, lanzó su caballo a galope a través de la puerta, camino del mesón en que los tres mozos establecieron su cuartel general. Era aquél el mismo mesón en que se detuvo Hubert recientemente con el cingaro que venía de Sever-Turn, y el cual le habló por primera vez de la *queyra*.

En este momento daba Juan la última ojeada a los dos caballos que estaban atados a la puerta de la sala común... Los tres socios habían comprado tres hermosos potros, llenos de nervio, capaces de aguantar largo esfuerzo y veloces como el viento. Prefirieron esto a comprar un auto en un país en que las pocas carreteras construídas están mal conservadas, y a mayor abundamiento, porque quizás habrían de moverse en los contiguos Balkanes, y en ellos, ante el primer obstáculo, no hubieran podido seguir adelante. En fin, con esta combinación podían a cada minuto, según las exigencias del momento, «trabajar» conjuntamente, o bien separarse para reunirse en seguida, según lo pidiera el interés de todos.

Después de comprobar que se había echado el

pienso a los potros, Juan entró en la sala común, vacía a la sazón. Casi al mismo tiempo se abrió una puerta recayente a la escalera y entró un hombre que Juan, de pronto, no reconoció, y tomó por cingaro...

Iba realmente vestido, poco más o menos, como Andrés, con armas al cinto y ancho pantalón enfundado en polainas; negro mostacho de enormes guías ornaba su atezado rostro. Era Hubert, y se echó a reír:

—Ea, señor de Santieme, ¿cómo me encuentra usted?

—Muy bien disfrazado. ¿Qué se propone?

Hubert se sentó, encendió un cigarrillo, cruzó las piernas y dijo:

—Soy de ustedes el único que habla romancho, el único que puede acercarse a Odette. Me creerán de la raza... Tenga confianza.

Juan se puso rojo como la grana al oír «soy el único de ustedes que puede acercarse a Odette». Miró ferozmente a aquel hombre que parecía escarnecerle y dijo:

—Lo malo es que no tengo confianza alguna en usted, señor de Lauriac.

—Hace usted mal—subrayó Hubert sin alterarse—. Realmente trabajo en provecho mío al querer salvar a Odette; pero no tema usted... no me casaré con ella por la fuerza... Además son ustedes dos para impedirme, si es preciso... Obre usted, pues, o más bien

déjeme obrar, como si tuviera usted confianza en mi señor de Santierne...

—No tengo confianza en usted—repuso Juan—, y voy a decirle por qué..., pues es ya precisa una explicación entre nosotros...

—¡Ah!, ¿lo cree usted? A mí no me urge..., podríamos aplazarla para luego.

—Señor de Lauriac..., usted quiere traicionarnos..., pero no lo logrará usted... Le seguí a usted la otra noche en Innsbruck.

Hubert no pudo disimular un gesto. Se repuso, sin embargo, al punto, y empezó a sonreír...

Juan siguió diciendo:

—Le he visto a usted con la señora de Meyrens.

Y luego repuso Hubert con presteza, volviéndose hacia Juan, y clavando en sus ojos la mirada:

—La señora de Meyrens es la peor enemiga mía y la peor de Rouletabille...

—¡Ah!, sí que es raro... Yo creí que era sólo enemiga de Rouletabille...

—Debió bastar esto, señor, para no acudir, en las circunstancias que arrostamos, a la cita que le propuso.

—Escuche, señor de Santierne—replicó Hubert cada vez más tranquilo—. Yo no conocía a esta señora, y le juro por la cabeza de la señorita de Lavardens, tan cara para mí, al menos, como para usted, que yo no sabía que esa señora estuviese en Innsbruck. Les

siguió a ustedes desde su salida de Francia, segura de dar con Rouletabille, al cual, en efecto, detesta, según me dijo, y me propuso una cita en Innsbruck para leerme una carta que realmente me ha sorprendido...

—¿Y qué?—preguntó Juan conmovido por el acento de sinceridad de su interlocutor.

—Pues, naturalmente, me picó la curiosidad de saber lo que había de comunicarme la desconocida.

—La conversación debió de ser interesante—dijo Juan con sorna.

—Muy interesante—recalcó Hubert con feroz sonrisa—. La señora de Meyrens sólo quería comunicarme que en este asunto el amigo de usted, Rouletabille, no trabajaba ni por usted ni por mí, naturalmente..., sino en provecho propio... ¡Ama a Odette!

Juan palideció.

—Eso es una infame mentira—profirió con voz enronquecida.

—Eso, poco más o menos, le repliqué yo también...

—Lo dudo, señor—expuso Juan, que mal contenía la cólera que ya corría por su sangre—... Lo dudo, porque si no recuerdo mal, en el proceso que estuvo a punto de serle fatal, si no hubiera demostrado su inocencia la persona que ahora usted acusa, declaró usted cosas que a poco infiltran en mi espíritu la duda de la buena fe y de la sincera amistad de Rouletabille... ¡Afortunadamente, ha tiempo que conozco su alma y le creo incapaz de semejante traición!...

—La situación excepcional en que me hallaba—replicó Hubert, cuya sangre fría contrastaba con el desasosiego creciente de su interlocutor—pudo inducirme a declarar cosas cuyo alcance no medi bien: era víctima de todos ustedes... y la injusticia que pesaba sobre mí, particularmente la proveniente de ustedes, señor, dió pie a declaraciones mías que seguramente no iban a serles agradables... De esto a acusar a Rouletabille media un abismo..., pero la señora de Meyrens sí que le acusa... Usted ha querido saber lo que me dijo. Y ya le he repetido fielmente sus palabras...

—Y ciertamente usted protestó...

—Pedí pruebas.

—¿Y se las dió?

—Cabales.

—Usted ha dicho mucho o no ha dicho lo bastante. Tengo ahora derecho a saberlo todo... ¿Qué pruebas son ésas?

—¿Sabe usted, señor, que la señorita de Lavardens, días antes del drama del *Vieil Caston Nou*, estuvo en París?

—¡En París! Vamos, hombre, lo hubiera yo sabido antes que nadie; supe, sí, que hizo un viaje...

—Pues bien; estuvo en casa de Rouletabille.

—¡En casa de Rouletabille! Si la señora de Meyrens le ha dicho *realmente* tal cosa, miente. ¡Ah, mujer abominable!—exclamó Juan, que sudaba copiosamente y

que se sentó, pues empezaba a marearle aquel horrible relato.

—Me abstuve, naturalmente, de creer a la señora de Meyrens por su palabra—replicó Hubert con la más cruel sonrisa—; pero me enseñó dos cartas de la señorita de Lavardens: una en la que anunciaba a Rouletabille su llegada, rogándole que nada dijese, y otra en la que le comunicaba la cólera de su padre en cuanto la vió al regreso. Termina esta última carta la señorita de Lavardens acariciando la esperanza de que pronto *vuelvan las horas felices que pasaron juntos*.

Juan conocía bien a Odette; conocía su entereza, su buena fe infantil. Era tan extraordinario, tan imposible lo que oía, que con toda su alma se resistió a creer en semejante ignominia. La acusación era tan excesiva que su misma proporción libró por el momento al joven de un ataque de locura. ¡Era aquello demasiado fuerte! La señora de Meyrens fué demasiado lejos. ¡Que cayese en el cepo el señor de Lauriac, que no conocía como él a Odette, pase!; ¡pero él! Entre la señora de Meyrens y Odette no cabía titubeo.

Súbitamente recuperó su serenidad.

—*Esas cartas son apócrifas*. Esta es, señor, mi única respuesta. Y ahora diviso a Rouletabille. No se hable más de este cuento alucinante. No le inferiré a mi amigo la injuria de mentarle... Y puesto que dice usted que ama también a Odette, olvide esas infamias... Es preciso por ella, por su honor, por el mues-

tro, por el de usted, señor, si aún le queda alguno...

—¡Caballero!

—¡Caballero!

Y se irguieron y encararon, midiéndose con las miradas, como si fueran a agarrarse... Pero Rouletabille llegó a tiempo para separarlos. Se apeó del caballo y, veloz, se interpuso entre ambos. Había inmediatamente reconocido a Hubert, a pesar del disfraz.

—Señores, ¿qué ocurre?

—Nada—replicó Juan, que intentó con sobrehumano esfuerzo recuperar un poco de calma.

Y bien la necesitaba ante Rouletabille; *sobre todo ante Rouletabille*, porque, a pesar de su caballeresco y noble gesto, Hubert le acababa de abrir en el corazón una herida muy difícil de cerrar.

—Creo que he llegado a tiempo—refunfuñó el repórter—. Saben ustedes que los duelos están prohibidos cuando se tiene enfrente al enemigo.

—El señor de Santierne reprueba—expuso Hubert fríamente—que me haya disfrazado de gitano para lograr el acceso al campamento a fin de hablar con la señorita de Lavardens y facilitar así su fuga... Yo hablo de corrido romancho y estoy seguro del éxito.

—Sí; pero yo no lo estoy de usted—le espetó de nuevo Santierne.

—Esta es, señor mío, la segunda vez que usted me lo dice.

—Juan, te lo ruego, cállate... Va en ello la salvación

de Odette. Ustedes me han reconocido como jefe. Sólo yo, pues, mando y decido. Las autoridades de Temesvár-Pest nada quieren saber... Hemos, pues, de reducirnos a contar con nuestros propios recursos. En tales condiciones, me parece excelente el plan del señor de Lauriac. Si no se hubiera disfrazado de gitano, le hubiera rogado que así lo hiciera. Ea, señor, en marcha, y buena y rápida suerte. Nosotros le seguimos... No le perderemos de vista... No porque dude de usted, sino porque conviene, en esta coyuntura que pide nuestro triple esfuerzo para salvar a una persona cara a los tres, estemos prontos a prestarnos inmediata ayuda. Bastará una llamada suya para lanzarnos y estar acordados... Ahora, señores, a las sillas.

Y montaron los tres a caballo. Había ya enteramente anochecido; por el cielo cabalgaban, impelidas por el viento frío de la sierra, bajas las nubes, cada vez más densas, que a largos intervalos celaban una brillante luna.

—No podríamos desear tiempo más propicio, señores. Podremos, alternativamente, ocultarnos y observar.

Juan, impaciente, picaba ya los ijares de su caballería.

Rouletabille se ladeó y le cogió las bridas.

—Espera, te lo ruego. Señor de Lauriac, buena suerte,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Hubert se adelantó y se sumió en la noche.

—¡Ah!—refunfuñó Juan, ya en el límite de su paciencia, y que rugía al verse detenido por Rouletabille—. ¿Pero aquí estás por él o por mí?

—¡Por Odette! Piensa menos en él y menos también en ti.

—Pero nos la va a quitar.

—¡Ojalá! Conviene primero que nos la quite para que podamos quitársela a él.

—Entonces, pues, sigámosle.

—No—exclamó Rouletabille—. Vente conmigo.

Y habiendo llegado en esto a una encrucijada, arreó el caballo en dirección a Oriente, desviándose así del camino que tomara Hubert.

—Te diriges hacia Sever-Turn—exclamó Juan—. Tomas el camino que va al hogar de los gitanos... pero Hubert huirá de los gitanos en cuanto les quite a Odette y no le veremos ya más; no veremos ni a él ni a su presa.

—Haz lo que te digo si quieres volver a ver a Odette.

—Rouletabille, estás loco; o más bien, no, no lo estás. Eres muy grande... demasiado grande para mí... Prefiero no decirte más. Quieres que nos separemos. ¿No es eso lo que pretendes? Pues bien, sepáremosnos.

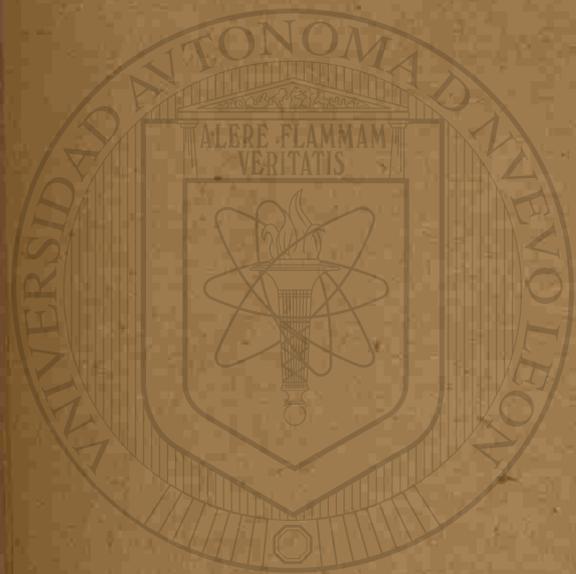
—Juan, te lo suplico, escúchame...—le espetó por última vez Rouletabille.

—Rouletabille, nunca tuve confianza en Hubert... y *ya no la tengo en ti.*

Y dando furiosas patadas en los ijares de su caballería, desapareció en la dirección tomada por Hubert.

—Pues bien, sólo faltaba esto—exclamó Rouletabille estupefacto—. ¿Qué mosca le ha picado? Y heme aquí ahora solo para dar el gran golpe. ¡Ah!, buenos amigos de otros tiempos, fieles compañeros de aventuras, señor Candeur, Vladimiro, ¿dónde estáis? En fin, querido Rouletabille, hay que triunfar a toda costa... a pesar de todo; «no te apures».

Y se alejó, llevando al paso a la caballería y llenando de tabaco melancólicamente la pipa.



CAPITULO VIII

VINO EL QUE NO ESPERABA

HUBERT llegó al campamento de los gitanos a galope y sin rebozo.

Rodeóle al punto toda la horda, hombres y mujeres, que le hicieron a la vez mil preguntas.

Dijo que quería hablar con el jefe; entonces el herrero Suco le llevó a la presencia de Sumbalo, al cual el jinete saludó a usanza gitana. Apeóse Hubert y, sujetando al caballo de la brida, explicó que venía de Sever-Turn, en nombre del patriarca, para hablar con la *queyra*.

Todos los que le rodeaban prorrumpieron en gritos de alegría y pidieron detalles de cuanto ocurría en la Santa Ciudad.

Describió el júbilo que en ella reinaba y la espera impaciente del pueblo. El Templo festejaba la vuelta; las casas lucían todos sus tapices; las campanas no cesaban de repicar; el gran Coesre (el que lleva el lá-

tigo en forma de aspa para flagelar al mundo) ordenó que le cosieran magnífico atavío; el patriarca había mandado correos a todas las capitales aledañas, y él traía del patriarca el encargo de saludar a la *queyra*... y luego debía reanudar su marcha hacia Occidente para comunicar la buena nueva al *pueblo de la ruta*.

El propio Sumbalo le llevó a presencia de Odette... Odette, desde la hora en que echó de su lado a Zina, yacía postrada en el lecho de la carreta. Había oído el murmullo que suscitó en el campamento la llegada del emisario de Sever-Turn; pero, habituada desde algunos días a aquellos gritos insólitos, ya apenas hacía caso. Eran siempre nuevas oleadas de cíngaros que acorrían a su encuentro para formar parte del cortejo, y en cuanto llegaban pedían verla.

Así, en cuanto sintió que la puerta se abría a sus espaldas, preparóse a recibir a los recién llegados con la misma gracia con que momentos antes recibiera a la vieja Zina.

Volvióse con gesto de rabia y quedó estupefacta al ver a aquel hombre, que, ciertamente, no le era desconocido. La lamparilla iluminó plenamente el rostro del nuevo visitante.

—¿No me reconoce usted, señorita? Soy Hubert de Lauriac.

De un brinco se incorporó:

—¡Usted... usted aquí!

Lauriac había dicho a Sumbalo, invocando la auto-

ridad del patriarca, que le era preciso hablar a solas con la reina, y el jefe de tribu no vió inconveniente en dejarle solo con ella un instante.

—Si, yo—contestó—. ¿No tiene usted confianza en mí?

Odette no contestó nada de pronto. Pero bien presente tuvo que Hubert la adoraba, y sólo pudo haber venido con el intento de substraerla a los gitanos. ¡Luego, ya se vería!... Muy emocionada y anhelosa pidió noticias de su padre...

—Vengo por encargo suyo—repuso Hubert, sacando inmediatamente partido de la ignorancia de Odette.

—¿Y Juan? ¿Y Rouletabille? Ya sé que Rouletabille vino a New-Wachter...

—Juan quedó en Francia—expuso Hubert—... Y Rouletabille fué gravemente herido en New-Wachter, al querer librar a su criado Ojajai de la venganza de la horda que le rodea a usted.

Esta exposición concordaba tan exactamente con los hechos de Odette conocidos, que no puso en duda lo que Hubert decía... Pero cómo se conmovió su pobre corazón al saber que Juan permanecía en Francia y nada había intentado para salvarla! ¡En fin, sólo podía contar con Hubert, que, a pesar de todos los obstáculos y con peligro de la vida, había llegado hasta ella! ¡Sólo en él podía esperar, y esto le causaba mucha penal... Permaneció callada.

Hubert le dijo:

—La evasión será difícil... Habrá que prodigar valor.

Odette estaba resuelta; con voz que vanamente trató de mantener segura, expuso:

—Señor, no me faltarán alientos...

—Gracias, Odette—susurró Hubert muy emocionado—; seré digno de su confianza. Sabe usted que mi vida le pertenece... Le juro ahora que venceré.

Estas palabras hirieron el oído de Odette, pues al punto les dió un sentido inequívoco para ella.

—Señor—le repuso—, nada de ambigüedades... mi vida, mi vida no le pertenece a usted.

Hubert palideció, e inclinándose dijo:

—Señorita, no pido nada, nada que no sea el honor de devolverla a su padre.

Odette le tendió la mano. Hubert se la besó con tanto respeto, que logró tranquilizarla.

—Apenas me haya marchado, he aquí lo que le toca a usted hacer—empezó diciendo Hubert, después de mirar tras sí la puerta, por si se les estaba escuchando.

Pero no estaban allí, para espiarlos, ni Calixta ni Andrés...

En efecto, no se hallaban allí cuando Hubert llegó al campamento... Acababan de irse... No es que Calixta invitase a Andrés a seguirla, sino, por el contrario, se fué huyendo de la vigilancia insoportable del gitano, y paseando se internó en el bosque, aprove-

chando el momento en que Andrés, monopolizado por Zina, oía de sus labios las desdichas que le ocurrían con Odette...

Absorbía la vida entera de Calixta el acre goce de la venganza. Mientras fué «parisién», nunca creyó que podría tan fácilmente revivir su antigua vida andariega entre las promiscuidades de la horda. Se había plegado de nuevo sin empacho ni repugnancia a las costumbres cingaras, como si nunca hubiera probado los delicados goces de la vida civilizada. A ratos ella misma se asombraba, si bien atribuía tan excesiva docilidad a la prodigiosa satisfacción que le producía el saberse vengada. De todo le compensaba el espectáculo de la desdicha de Odette... Nunca se hartaba de verla llorar, y el corazón le saltaba de gozo al pensar en la desesperación de Juan... ¡Ahl! ¡Cómo la había engañado! ¡Cómo burládose de ella! ¡Y en cuán poco la tuvo! Nunca la había amado en el fondo... Ella siempre fué para él juguete de placer, que se abraza y luego se deja como el suceso más natural del mundo, al cual ella debía someterse... Para Juan siempre fué la vagabunda de los caminos, a la cual se hace el favor de sonreír un momento, para dejarla de nuevo caída en el polvo de la carretera... ¡Ahl! Sí, pero arrastró consigo a Odette... Que venga ahora a recuperarla... Contra él se levantarían los cingaros de todo el mundo... El hado singular que convertía a toda la horda en cómplice de su ven-

ganza, la seducía cual si fuese sonrisa de los dioses... ¡Estaba escrito!

Ya internada en el bosque, un viento frío, que soplabá de la lejána sierra, acarició su frente...

Caminaba hollando con sus sandalias de mimbre finos y secos tallos de soberbias plantas salpicadas de flores silvestres. Era la hora en que la tierra echaba su vaho y cada planta su perfume. En las alturas, por la parte de Oriente, se expandían anchas fajas de color oro y rosa, que parecían dibujadas torpemente por un pincel gigantesco. Por la parte de Occidente se iluminó de pronto la lóbrega oscuridad del cielo con el resplandor del incendio de los juncos secos que crecen al borde de ríos y lagunas. Luego se cerró de nuevo la noche.

El viento rugía con fuerza, y las ramas, por encima de su cabeza, doblábanse con gestos de amenaza. Calixta pensó que era hora de volver al campamento; también ella, como muchas, sólo temía esas cosas misteriosas y sin nombre que ocurren en el seno de las tinieblas, siempre en trance de aprisionarnos en la red de la desdicha.

Volvióse y se encaró con una sombra inmóvil.

Pronto vió que era la silueta de un hombre y se puso al instante de su emoción.

—¡Ahl ¿Eres tú, Andrés?—dijo en tono colérico—. ¿Qué más quieres? ¿No me dejarás en paz un segundo?

—Oye, Calixta—dijo Andrés, con voz dulce y temblorosa—: sabes lo convenido entre nosotros y sabes que te quiero... He hecho cuanto has querido... Es preciso que te apiades de mí... Vuelvo a decirte que te quiero...

—Pues yo... no te quiero.

Siguió un paréntesis de silencio; Calixta le oía resoplar en la sombra... con ronco bufido de bestia pronta a saltar sobre la presa. Se echó a un lado y quiso huir en dirección al campamento, cuyas hogueras, que columbraba allá abajo, tenían de luz los troncos hasta el nivel de sus raíces corpulentas.

Peró Andrés le echó su terrible garra y la trajo hacia sí de modo brutal.

—Basta de cuentos... Si no me quieres, me querrás... Ya te has burlado bastante de Andrés.

Calixta pretendió alejarle...

—En Sever-Turn—le espetó—. Ya sabes lo que te dije: ¡en Sever-Turn!...

—Tú no verás ya nunca más Sever-Turn, si no eres mía esta noche...

Parecía una bestia salvaje... Calixta se resistía ferozmente... De pronto, vió brillar en su mano la hoja de un cuchillo...

Aquello no era broma. Se hizo cargo. Amaba la vida y cesó de forcejear.

Entonces, cuando Andrés la vió sumisa entre sus brazos, la invitó a sentarse apaciblemente a su lado.

Empezó a acariciarla, a abrazarla, a jugar con sus cabellos. Le dijo palabras ardientes y dulces, a usanza gitana...

Calixta cerró los ojos para no verle. Su docilidad era sólo aparente... Andrés entonces estampó un beso en la nieve de sus labios.

De pronto, surgieron del campamento recios clamores y se percibieron carreras desenfrenadas por la selva.

Se irguió al oír aquellos gritos desesperados. Alguien, al pasar, gritó envuelto en la noche:

—Nos robaron la *queyra*.

CAPITULO IX

EN SEVER-TURN

En estos tiempos de desconcierto siempre hay motivo para temer oscuras traiciones de malvados.

OTWAY.

El hecho se realizó tal como Hubert lo preparara. Ya dijimos que los tres jóvenes emplearon el tiempo de espera en amojonar el terreno antes de la llegada de los gitanos. Solapadamente, Hubert trabajó por su cuenta y maquinó raptar a Odette en determinada forma. La joven asintió a todas sus sugerencias. Por lo demás, el plan era bien sencillo.

Al salir de la carreta mantuvo corta conversación con Sumbalo, el cual le invitó a quedarse a cenar y a pasar la noche en el campamento; pero Hubert se escudó en las órdenes recibidas y declinó todas las ofertas. Debía marchar en seguida... Subió, pues, a caballo y se fué a prudente marcha camino de Occidente,

Empezó a acariciarla, a abrazarla, a jugar con sus cabellos. Le dijo palabras ardientes y dulces, a usanza gitana...

Calixta cerró los ojos para no verle. Su docilidad era sólo aparente... Andrés entonces estampó un beso en la nieve de sus labios.

De pronto, surgieron del campamento recios clamores y se percibieron carreras desenfrenadas por la selva.

Se irguió al oír aquellos gritos desesperados. Alguien, al pasar, gritó envuelto en la noche:

—Nos robaron la *queyra*.

CAPITULO IX

EN SEVER-TURN

En estos tiempos de desconcierto siempre hay motivo para temer oscuras traiciones de malvados.

OTWAY.

El hecho se realizó tal como Hubert lo preparara. Ya dijimos que los tres jóvenes emplearon el tiempo de espera en amojonar el terreno antes de la llegada de los gitanos. Solapadamente, Hubert trabajó por su cuenta y maquinó raptar a Odette en determinada forma. La joven asintió a todas sus sugerencias. Por lo demás, el plan era bien sencillo.

Al salir de la carreta mantuvo corta conversación con Sumbalo, el cual le invitó a quedarse a cenar y a pasar la noche en el campamento; pero Hubert se escudó en las órdenes recibidas y declinó todas las ofertas. Debía marchar en seguida... Subió, pues, a caballo y se fué a prudente marcha camino de Occidente,

con la confianza de hallar en aquel derrotero a Juan y a Rouletabille.

Un silbido le retuvo y quedó asombrado al ver a Juan completamente solo.

Este le dijo que Rouletabille quiso otear el campo por otra parte, y pidió ansiosamente noticias de Odette.

—Todo va bien—respondió Hubert—; los gitanos nada recelan y voy a volver a campo traviesa hacia el campamento para esperar en cierto paraje la llegada de Odette, que allí acudirá acompañada, sin duda, de la vieja Zina. Me la llevo e iré a buscarles...

—Le acompaño a usted—repuso Juan.

—Esto es comprometerlo todo... El campamento está muy vigilado... puedo ser descubierto. Por lo que a mí toca, nada arriesgo. Contaría que he vuelto para decir algo que se me había olvidado a la reina, y pasaría la noche en el campamento esperando una coyuntura propicia...

—Vaya usted, pues—dijo Juan—, y que Dios nos auxilie.

Una vez que Hubert se marchó, Juan, a su vez, se acercó al campamento, dispuesto a seguir y espiar de lejos a su rival. Pero pronto perdió la pista. Se detuvo en un altozano, desde el cual podía divisar toda la purta, hasta las lindes del bosque, cuando la luna asomaba entre dos nubes.

Media hora después de la partida de Hubert, Odette

abrió la puerta del carromato. Resguardados, detrás de sus chozas trashumantes, del viento que soplabá con fuerza, los gitanos cenaban tranquilamente. Zina la vió y corrió hacia ella.

—¿Quieres por fin comer, resplandor de mi existencia?

La vieja se alborozó al oír que Odette se avenía a mojar un poco de pan moreno en un cazo de leche.

La joven expresó luego el deseo de pasear un poco por los alrededores del campamento antes de irse a acostar. Zina la echó una pañoleta a los hombros y se dispuso a acompañarla. Los gitanos no las molestaron. Sabían bien que no podrían salvar el cordón de centinelas, todas las noches apostados para vigilar a su reina.

Odette fué internándose cada vez más en el bosque con paso indolente y entreteniéndose en arrancar en torno altos helechos.

—Quiero dormir esta noche en lecho de hierbas; estoy harta ya de tu puerco camastro de vieja y adorable bruja.

Zina, esclava de sus caprichos, se apresuró a amontonar a su vez helechos...

Y de pronto, al levantar la cabeza, ya no vió a Odette.

Frente a sí percibió el remolino del ramaje. Gritó. Llamó. Le respondieron con otros gritos, que se trocaron luego en abominables juramentos. Le gritaron.

—¡Han robado la *queyra!*

Siguió un tumulto y desorden indescriptible. Los gitanos brincaron sobre las armas. Por todas partes carreras desenfundadas... y la llegada enloquecida de Calixta, seguida de Andrés. ¡Ah! ¡Cómo se irguió Calixta! Con qué grito de rabia arrojó de sí al gitano:

—¡Me juraste que no la perderías ojo! Ya nada te debo.

Realmente, la que pasó el peor cuarto de hora después de la terrible algarada, fué la pobre Zina... ¡Ah, la *udsheial!* (la perra). Fué apaleada, hecha trizas y maltrecha con ardor incomparable. Mientras la contigua llanura resonaba con estruendo al galope de los gitanos, el campamento se henchía de clamores de la vieja. Algunos no titubeaban en hacerla cómplice de la evasión de Odette, y se cobraban la traición con harta crueldad. Las mujeres, rabiosas, se prendían de su moño. Seguramente la vieja hubiera perecido si no interviene a tiempo Sumbalo, que consiguió soltasen la presa aquellas harpias.

Juan, al oír los gritos y los tiros, dedujo que Hubert salió triunfante de la empresa. Se dispuso a reunirse con él, tanto para ayudarlo como para evitar que se fuese solo con el precioso botín.

Quedó un momento erguido sobre el pezón del altozano que le servía de observatorio y trató de husmear a través de las densas tinieblas que amurallaban la perspectiva. Entre dos nubes apareció la faz de la

luna, y a su luz vió la carrera desenfundada de los cingaros, que instintivamente tomaron la dirección del Este; pero si él los vió, ellos también le vieron.

Grandes clamores acogieron su aparición. Indudablemente, le tomaron por el raptor, y apenas tuvo tiempo de volver el caballo y escapar con la mayor ligereza.

Pero los gitanos corrieron tras él, alentándose con feroces gritos. No disparaban sus armas contra aquella sombra ecuestre fugitiva por temor de dar a la que era objeto de todas sus ansias.

Juan pudo llegar a la carretera; pero vió que iban a alcanzarle, y de pronto, desesperadamente, se escondió en el saucedal contiguo a una laguna.

Allí, sin titubear, abandonó el caballo y se echó al agua, ganando a nado la otra orilla después de mil esfuerzos para no hundirse en el fango.

Entonces, extenuado, se acostó en el cañaveral y esperó los acontecimientos, imposibilitado por el momento de nuevas resistencias.

No lejos de aquel paraje percibió los pasos de los que le perseguían con alocado tumulto y el oleaje revuelto de los hierbajos. Por acá y acullá danzaban antorchas... Cerró los ojos...

Hemos de decir que Hubert apenas dió señales de vida. Permanecía con Odette en un árbol. Su caballo, atado al pie de una barranca, se entretenía en devorar el pienso de avena que llenaba la bolsa que su dueño

le ató del cuello antes de abandonarlo, y no daba tampoco señales de existencia.

Cuando empezó a amortiguarse el tumulto por la parte del campamento y los jinetes se abismaron en la noche, como locos que cabalgasen en las tinieblas, bajó de su refugio y se llevó a Odette en brazos.

Pronto dió con el caballo; montó en él a Odette y de la brida guió al animal. Mil rodeos dió en el bosque. No titubeaba. Sabía bien adónde iba.

De vez en cuando, reconoció un hito y aceleraba un poco el paso.

Era aún de noche cuando salió de la puerta en dirección del Norte, por donde nadie seguramente le buscaría.

Entonces, de un salto, montó a caballo. Con un brazo retenía a Odette, que iba delante, y su corazón saltaba al sentir junto a su pecho a aquella joven vida.

—Como antaño—le susurró al aromado cuello; e hincó las espuelas en los ijares de la bestia. Esta, en su carrera, despedía al espacio las piedras del camino con sus ardientes cascos.

Sí, como antaño, cuando Odette, niña aún, iba a la grupa con él en alas del viento de Camargue. Como antaño, cuando no podía prescindir de él, cuando le consideraba el más hermoso de «los mayores». Como antaño, cuando le amaba con su corazóncito sencillo y salvaje...

¿Cómo no amarle aún? ¿Había acaso él cambiado? ¿No era él tan fuerte como antes? ¿Qué temía en el mundo? ¿A Juan, que durante su ausencia se había subrepticamente introducido un momento en el corazón de aquella niña? ¿A Rouletabille, que a su vez le había también reemplazado... breves instantes? La verdad—se decía—es que Odette continuaba siendo muy niña y pronto se borrarían los sentimientos pasajeros que habían conmovido un momento su corazón ingenuo: en cuanto no le viese más que a él, a Hubert.

Al amanecer llegaron a una honda calzada que a poco trecho terminaba en una torre antigua, medio destruida, y al acercarse a ella echó a volar una bandada enorme de palomas.

—Aquí es—dijo Hubert.

Odette no había aún desplegado los labios.

Se deslizó del caballo y Hubert la llevó a una sala del piso bajo con muchos y sonrientes cumplimientos.

—Este es su palacio, mi reina.

Pero Odette no se sonrió.

Las gracias de Hubert la atemorizaban sobremedida.

Le miró un segundo y volvió la cabeza, avergonzada: ¡así Hubert la devoraba, al parecer, con la llama de sus ojos!

En los primeros momentos Odette había visto en Hubert a su libertador; pero al verse sola con él en el recinto de aquella vieja torre perdida en un desierto,

donde no podía esperar socorro alguno, pensó con angustia si no hubiera sido preferible seguir secuestrada por los gitanos, que la prodigaban tantas muestras de adoración y de respeto.

En el fondo, ninguna confianza le inspiraba Hubert, pues harto conocía su brutalidad, célebre en la Camargue; y si se avino tan fácilmente a seguirle, fué porque él se aprovechó del aturdimiento, o más bien de la depresión moral que le produjo el saber que Juan permanecía en Francia sin haber intentado nada para salvarla.

¿Por qué le había creído? ¡Quizás mintiera! ¡Seguramente había mentido! Harto conocía a su Juan. ¡Era incapaz de semejante traición! El traidor, el malvado, era Hubert... Y allí estaba, a solas con él... La pobre niña tembló de miedo.

No se atrevía a mirarle. Para tranquilizarla, Hubert se había alejado un poco, y ahora, al parecer, sólo atendía «a los cuidados de la casa». De antemano había preparado aquel reducto para poder pasar en él unas horas de reposo y de respiro. Aquella parte del recinto estaba relativamente aseada, pues recientemente se la había limpiado de toda clase de residuos y ruinas, que por doquier la obstruían. Cascotes desprendidos del techo fueron agrupados en forma de hogar donde encender unos tizones con que se calentara Odette si le hiciera falta. Una cama de helechos, cubierta con una manta, estaba dispuesta para ella...

En fin, había ya encendido una lamparilla de alcohol para hervir agua con que hacer té.

En esto le preguntó si quería unos sorbos de alcohol para entonarse, y le presentó el vaso de su cantimplora; pero Odette no lo aceptó. Entonces sacó de un agujero de la muralla algo guardado allí de intento, y la dijo:

—¿Una tortilla? ¿Comerá usted una tortilla?

Eran huevos de paloma. Odette sonrió. Hubert ya no la miraba y la niña recuperó la confianza.

—Sí, una tortilla; usted ha pensado en todo... No sé cómo agradecersele.

—Yo debo darle las gracias— contestó Hubert— por haberse avenido a seguirme.

Hablaba sin levantar la cabeza y de rodillas, en disposición de batir los huevos en un plato de estaño.

—¡Vaya comidita que vamos a hacer!

—¿Cree usted que estamos fuera de peligro?— preguntó por decir algo, pues advirtió que el silencio mutuo la pesaba más que la conversación.

—¡Ya lo creo!— afirmó Hubert—. Hemos despistado a esos diablos de cingaros... Para mayor seguridad viajaremos sólo de noche. Mañana daremos con una ciudad, tomaremos el tren y en dos días nos plantamos en Francia.

—¡En Francia!

Odette pensaba en Juan; pero no se atrevía a pronunciar su nombre. Mencionó a su padre.

—Sufre mucho—le dijo Hubert—. Su rapto le ha anonadado... Y luego, ¡qué escena terrible se desarrolló la víspera entre nosotros! Si cometí el error de escribir a usted aquella carta, usted cometió el de enseñársela... En fin, cuando me enteré de su increíble rapto, me apresuré a pedirle perdón y me puse a su disposición. Se hallaba a la sazón con el señor de Santierne. Hubo entre los tres mutuas explicaciones. Ya en el punto a que habían llegado las cosas, su padre no nos ocultó el origen de usted...

—Los gitanos la han apresado —nos dijo— porque es una princesita cingara. ¡Su madre fué una romancha de Sever-Turn!

—¡Dios mío, pues era cierto!—exclamó Odette con voz apagada—. ¡Soy hija de una gitana!

—¿Por qué le avergüenza su origen?—subrayó tranquilamente Hubert—. Su madre, al parecer, fué de noble linaje, y ello motiva su desgracia... ¡Pero yo he jurado de hacer a usted feliz!... ¡Yo...!

A estas palabras siguió un silencio horriblemente abrumador. Odette percibía los latidos sordos y acelerados de su corazón en el pecho.

Hubert repuso:

—El señor de Santierne ya no esperó el final de la conversación. Nos dejó, luego de manifestar que un Santierne no se casaría jamás con una gitana, con una niña de la carretera...

Odette, apoyada en el muro, ocultaba el rostro con

las manos... y se hubiera desplomado si Hubert no la sostenía.

—Era indigno de usted —agregó éste—. ¿No le ha juzgado usted aún? Odette, sólo yo quiero a usted... Siempre la amé, Odette.

La niña sollozaba. Ni siquiera advirtió que estaba en sus brazos; él entonces, desasiendo bruscamente el abrazo, con un gesto maquinal cogió aquella cabecita adorada, bañada de lágrimas, y besó locamente sus labios, entreabiertos por la desesperación.

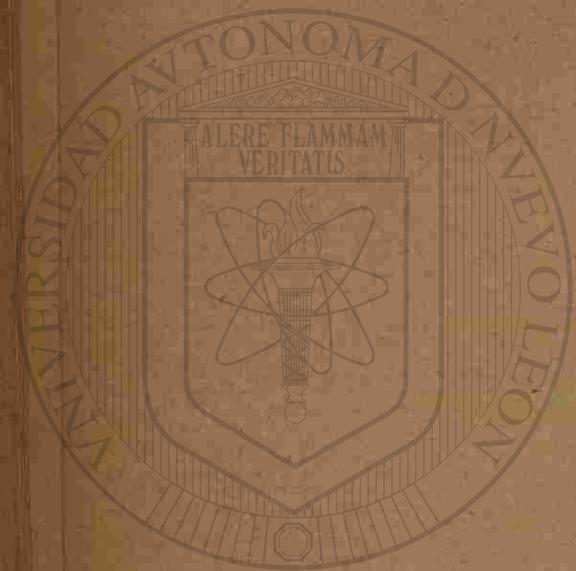
El fuego de aquel beso devolvió a Odette de repente todas las fuerzas. Con ademán irresistible tiró a Hubert con tal ímpetu, que si no se apoya en el muro cae el mozo ridículamente en tierra.

—¡Para esto me ha salvado usted!—le escupió ferozmente a la cara—. ¿Sabe usted? Prefiero a los gitanos.

Parecía una leona. No la reconocía.

Odette, de un brinco, se plantó en la puerta; pero Hubert se le adelantó, y, cogiéndola con sus horribles manazas, la arrojó con brutalidad sin nombre al fondo de aquel cubil por él elegido, y le dijo con sorna henchida de amenaza:

—¿Prefieres a los gitanos? Que tu destino se realice, Odette.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO X

TODA LA CULPA DE ROULETABILLE...

JUAN, vencido por el sueño, acabó por dormirse. Se despertó al amanecer. Los recuerdos de los acontecimientos del día anterior irrumpieron en tropel a su cerebro. Se arrastró con cautela breve momento entre las cañas... Ningún ruido en torno... Ya tranquilo, se levantó... Ya no corría peligro... Pero ¿qué había sido de Odette? ¿La habían alcanzado los bohemios? Y si Hubert logró salvarla, ¿qué era de Hubert?

Más que nada le atosigaba este último pensamiento.

Dió unos pasos y contempló una llanura envuelta en el vaho de los primeros resplandores del día... Toda la superficie de la tierra parecía un océano de dorado verdor con esmaltes de otros mil colores... Entre los tallos delicados y secos de altas plantas crecía un piélago de campanillas silvestres azules, encar-

nadas y de color violeta. La escordia erguía su pirámide de flores amarillas. Las amapolas dejaban caer bajo su huella manchas sangrientas... El espacio se llenaba de mil cantos de pajarillos... Se percibía a lo lejos el agudo clamor de una bandada de patos silvestres, que como espesa nube volaba sobre algún lago perdido en la inmensidad.

—Esto es el paraíso—dijose Juan—, y me muero de hambre.

Iba desprovisto de todo... Su caballo fué sin duda apresado por los gitanos... A lo lejos, hacia el Oeste, se divisaba la humareda de un villorrio..., pero no se dirigió hacia él. Le absorbía enteramente la obsesión de Hubert y de Odette... ¿Dónde se refugiaron para escapar de los cingaros? Paseó la mirada por la llanura y atisbó a algunos centenares de metros hacia la derecha un bosquecillo que con el saucedal contiguo a la laguna, salvada por él a nado, constituía el único paraje adecuado para esconderse.

A toda costa quiso, antes de abandonar aquellos parajes, revisar aquel bosque, y a poco se internaba en él.

Iban buscando sus ojos por la vereda huellas reveladoras, como había visto que solía hacer Rouletabille..., pero nada de particular atrajo su atención... ¡Ah! ¡Ese Rouletabille! Toda la culpa era suya... ¿Por qué los dejó? En primer lugar, y por muchas razones, no debieron nunca separarse los tres...

El recuerdo de la conversación que mantuvo con Hubert surgía despiadado en su espíritu.

Cada vez le parecía más sospechosa, más incomprendible la actitud del repórter... Juan ya no creía en nada, y ciertamente no tenía confianza en Rouletabille...; por lo demás, el repórter no le había enviado recado alguno...

Juan, en medio de la soledad del bosque, se sentó en el tronco derribado de un árbol, con el que tropezó su inseguro paso, y púsose a reflexionar... ¿En qué?... En el fondo sólo sabía una cosa... una cosa con entera certeza... ¡que era el más desgraciado de los hombres!

De pronto levantó la cabeza: había oído un ruido; se abrió el ramaje y apareció un hombre; era Andrés...

—Al fin te encuentro—le dijo el gitano...

Así se presentó también a Rouletabille en el bosque de New-Wachter, pero allí fué para espantarlo... Ahora no parecía ansioso de separarse de Juan.

—¿Me reconoces?—le dijo.

—No—le respondió el mancebo—... ¡Tengo en tan poco a la gente de tu raza... pero recelo que no eres un amigo...!

—Soy el que amaba a Calixta y a quien tú se la has robado—replicó Andrés con aspereza...

—Pues bien, estamos en paz... Yo no quise a Calixta, sino que quiero a una joven que tú me has arrebatado. Andrés, pues así te llamas, ¿quieres ganar una

fortuna? Por lo que toca a Calixta, vive ya tranquilo: no la cogeré de nuevo; pero ayúdame a recuperar a Odette y te haré rico...

Andrés contestó a la oferta con sonora carcajada, a la cual se agregaron otras no menos expresivas...

Juan volvió la cabeza y comprobó que estaba rodeado de una docena de gitanos armados que le observaban con caras de empedernidos criminales.

Dió unos pasos para franquear el círculo que le envolvía, pero chocó con pechos sólidos como murallas, y con acres gestos de rechazo.

—Eres prisionero nuestro— declaró Andrés.

—No vamos a volver de la cacería con las manos vacías— expuso el estañador Monoko con el más puro acento de Pezenas.

Juan se volvió hacia él:

—Eres paisano y quizás lleguemos a entendernos si eres algo menos salvaje que éstos; por lo que acabas de decir, deduzco que no habéis hallado a la joven de Camargue. Infórmame y no te arrepentirás.

El otro levantó los hombros y le volvió la espalda.

—Ea, síguenos— dijo Andrés...

Y hubo de seguirles. En una palabra, él fué el que se arrojó en sus manos. Al no hallarle entre las cañas le buscaron en el bosque y allí se apostaron en espera de la aurora. Desde allí pudieron otear el llano y divisaron a Juan. Evidentemente, al parecer, Odette logró escapárseles.

La idea de haber sido salvada por Hubert no le alborozaba ciertamente.

Estaba cansado... Cada vez más abrumado por la insoportable obsesión de aquel Hubert libre de disponer de Odette... Para colmo de desdicha, había de renunciar por lo pronto a unirlos...

¿Qué pretendían hacer de él aquellos bandoleros? Acababan de desarmarle y caminaba cautivo, rodeado por la partida.

Cosa rara: este último lance le dejó casi indiferente respecto de la suerte que le esperaba. Realmente no pensaba sino en Hubert para odiarle y también de vez en cuando en Rouletabille para maldecirle...

Los gitanos le llevaron por caminos impracticables para esquivar la carretera y toda vereda y sendero. Al anochecer llegaron al campamento.

Profunda consternación reinaba allí. Cuando los que en él se quedaron vieron que no les devolvían a la *queyra*, prorrumpieron en rabiosos gritos y horribles amenazas contra Juan, seguidas de mil lamentos.

Las mujeres cubrieron de ceniza sus cabezas... Zina parecía presa del demonio. Invocaba a todas las divinidades cingaras en loca algarabía.

Por no saber qué hacer, volvieron otra vez todos contra Juan con feroz algarabía. Calixta apareció de pronto y no fué la menos enfurecida, y hubo de intervenir Sumbalo en el momento en que excitaba a los

demás a una venganza inmediata... Juan no reconocía a aquella furia.

¿Cómo? ¿Era aquélla la queridita caprichosa y descuidada que él ataviara durante dos años cual a una muñeca y de la que creyó hacer una parisién? Toda la fuerza salvaje y primitiva de la raza ascendía a sus ojos en llamaradas coruscantes y a la garganta en forma de amenazas e injurias, en las cuales se mezclaba el pronóstico de los peores suplicios a las aseveraciones más ofensivas a la virtud de la madre que había engendrado semejante monstruo.

—El patriarca sentenciará—expuso Sumbalo—. Sólo él puede fallar tan horroroso crimen.

Y terminó pronunciando un discurso para apaciguar a la turba.

La propia Calixta se alejó, dejando a Juan tranquilo un instante.

Sumbalo se acercó y le dijo:

—Sólo hay un medio de zafarte, rumí, y es decirnos dónde está nuestra reina... Tú debes saberlo.

Juan no le contestó. Entonces también Sumbalo se marchó muy enojado. ¡Aquél era el trance más funesto de su vida! ¡Haber dejado escapar a la *queyral*! Afortunadamente, llevaba a *Sever-Turn* a un *gacht*. ¡Sobre él caería la cólera de todo el pueblo!

Procuró que llegase vivo. Así, mandó que le diesen algún alimento.

En las horas siguientes, otros gitanos que se entre-

tuvieron largo rato buscando la pista de Odette volvieron intensamente deprimidos. No podía consolarles la nueva de la captura de un rumí. Le enseñaron los puños y luego fuéronse a acostar.

Las hogueras languidecían.

Juan se envolvió en una manta de caballo que le echaron. Sabía que estaba rodeado de centinelas y era imposible toda tentativa de fuga, al menos en las primeras horas.

Cerró los ojos y trató de dormir.

Una mano le tocó la espalda. Volvió la cabeza. Vió a Calixta tumbada a su lado, la cual empezó a hablarle con la boca casi pegada a su oído.

Le expuso que su rabia contra él fué pura comedia para engañar a los cingaros.

—Si quisiese... si quisiese...; una palabra que dijera y todo estaba salvado.

—Perdiendo a Odette—susurró Juan, que sabía cuánto iba a hacerle sufrir—..., lo he perdido todo.

Calixta le hundió las uñas en la mano hasta hacerle gritar...

—¡Estás loco!—le espetó en voz baja—. ¿A qué me excitas? Tú sólo en mí puedes cifrar tu esperanza.

Juan sonrió con solapada befa. Rara satisfacción era para él, en medio de su desgracia, ver a aquella mujer tan desesperada como él y sometida, como siempre, a su capricho.

—Una palabra—le repitió acercándosele—, y huiremos juntos.

De nuevo sonrió burlonamente. Calixta, tapándole la boca con la mano, agregó:

—Tú no sabes lo que van a hacer contigo. Tú no sabes lo que te aguarda allí abajo, en Sever-Turn. Si lo supieras, reflexionarias, o más bien me dirías: «Vámonos, vámonos en seguida.» No te pido que me quieras; sólo te pido una cosa: déjame salvarte, dime que sí.

—¿Y huirás conmigo?

—Deberé hacerlo, créelo. ¿Qué te lo impide? ¿No hemos sido felices juntos? Recuerda con qué orgullo me enseñabas a tus amigos. ¿No decías que yo no era una mujer como las demás? Acuérdate, Juan, acuérdate. No; yo no soy una mujer como las demás... y sabré, sabré lograr que olvides a tu Odette.

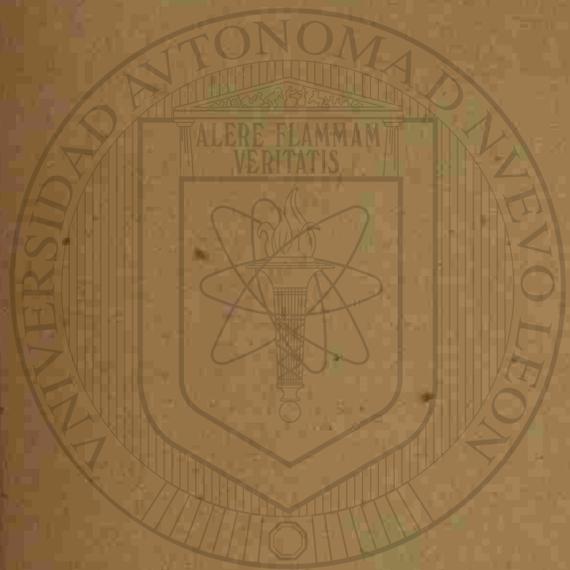
Juan no la atendía. Se había vuelto para indicarle que estaba cansado de oírla; pero Calixta le estrechaba aún más, excediéndose al verle de mármol bajo el calor de su aliento, con el cual le acariciaba los oídos. De pronto se sintió cogida brutalmente y arrojada como un trapo lejos de Juan.

—¡Ah, *ushela!* Perra buena con los rumíes.

Y llovió sobre ella un chaparrón de injurias cingaras, acompañadas de puntapiés que la incorporaron casi, hirviente de rabia. Una espantosa bofetada la echó por el suelo, sollozante, vencida.

Habiase aprovechado del sueño de Andrés para aproximarse a Juan; pero el cuchicheo de sus súplicas acabó por despertar al gitano, que en seguida intervino a su manera. Nada había que reprochar. Era la orden. Calixta pagó su merecido. Por tanto, juzgó inútil la protesta.

Por la mañana se levantó el campo. Juan fué encerrado en la carreta que sirvió de cárcel a Odette, y toda la banda se encaminó hacia Sever-Turn.



CAPITULO XI

HISTORIA DE UN ESPANTAJO Y DE UNA MOSCA

Lo primero que vió Juan en la carreta fué la inscripción grabada a cuchillo indudablemente por Odette: «Socorro, querido Zo.»

Fué aquel momento el más atroz de los sufridos desde que empezó la horrenda aventura.

Así Odette, en su infortunio, sólo *en Rouletabille* había pensado y sólo a él llamó.

El nombre de Juan no parecía por ninguna parte. ¡Querido Zo! ¡Querido Zo! Esa era la locución familiar que con aparente inocencia usara en Lavardens, porque le hizo gracia ese diminutivo infantil de José, que era el nombre de Rouletabille. Y el candor de él, de Juan, había considerado todo eso natural y corriente. ¡Cómo se habían burlado de él!

¡Y él, Juan, sin preocuparse más que de Hubert! ¡Pero si Hubert era un ángel al lado del cazurrón de Rouletabille!

Así son los sentimientos de los poetas, en todo exagerados, que van del entusiasmo a la execración, a merced del influjo de cualquier miserable suceso. Aquellas pocas letras inscritas en la madera le convencieron más de su desgracia que todos los relatos que Hubert le trajo a raíz de su entrevista con la señora de Meyrens. En todo caso, la inscripción, de modo singular, los confirmaba.

¡Ah! ¡Que se hiciera ahora con él cuanto quisiesen en Sever-Turn! El mundo entero, toda la creación, le producía, a consecuencia de su desastre, invencible tedio. Sólo pedía que le librasen de la vida, de este gran error de Dios.

¡Cuánto más se hubiera convencido (si aún le hiciera falta) de la mentira de la amistad, si hubiere sabido que Rouletabille, precisamente en el momento en que Juan maldecía su traición, le vió pasar prisionero de los gitanos, pegado el alligido rostro al cristal de la carreta; y le vió sin emocionarse, al parecer, sin contraer una sola arruga de su rostro! Ni siquiera hizo ademán de seguirles... En efecto, subrayemos los siguientes renglones referentes a esta fecha:

Cuaderno de Rouletabille.—Juan acaba de pasar cercano de cingaros. ¡El idiota se dejó atrapar! ¿No le hubiera sido mejor seguirme, como le rogué, como le supliqué? Pero el señorito quiso hacer su antojo, hartó del mío. Buen final: heme reducido a la mínima expresi-

ción. Sin tropas, me las he de ver quizás con un mundo de enemigos.

Todo depende de lo que pase dentro de un instante.

Ha treinta y seis horas que espero a Hubert. No puede ya tardar. He venido hasta aquí apoyándome, como siempre, en mi cara «contera del buen sentido», que me ha enseñado el camino de Sever-Turn. Diga lo que quiera ese pobre Juan, *allí* acudirá *con ella*. Por aquí pasará; estoy seguro.

No podría decir a Juan las razones de mi certidumbre. Lo he pensado bien y, conociéndole como le conozco, aquello sería radicalmente imposible. Debíó creerme por mi palabra; pero para creerme es preciso amarme. Y Juan no me quiere.

Me consuela que me adoraré dentro de quince días. Entretanto, esto carece de *confort* moderno. Me he refugiado en una vieja choza hecha de adobe. La llanura se extiende ante mí. Detrás se yergue la montaña, y tras la montaña el patriarcado... Estoy en el dintel que no conviene que Odette franquee. Para ella es el dintel de la tumba, como diría el poeta.

Afortunadamente, Hubert no me espera por aquí y no puede sospechar que le aguardo. Tengo la ventaja de la sorpresa. Es menester que yo triunfe antes de que se dé cuenta del ataque. Sin esto, ¡cáspital, será para él cosa baladí. Mata las golondrinas al vuelo, de un capirotozo obliga a los toros a morder el polvo, y

gobierna el caballo como el mismísimo Centauro. Si; pero yo soy más astuto que él... y esto le matará, como decía el padre Hugo.

Desde el punto en que estoy veo ante mi más de una legua de carretera. Veré venir al apuesto jinete... con Odette delante, más o menos sujeta.

Seguramente no tiene que molestarse. Ahora no corre otro riesgo que el de topar con gitanos, con cingaros de Sever-Turn, que en caso preciso le auxiliarán eficazmente.

Sí, pero... He aquí que he urdido una gallardía.

Si no temiera matar o herir a Odette, dispararía mi revólver a bulto (su crimen es patente esta vez), y no creo que el recuerdo de su muerte turbe mis noches. Ahora bien; por consideración a Odette he de asegurar el golpe, esto es, *no he de errar el tiro*. Y he aquí la dificultad. La carretera empieza a encajonarse, pasada la frontera del patriarcado. Hasta aquí va ampliamente descubierta por derecha e izquierda; mi choza se halla al pie de la primera estribación de la montaña, muy lejos para que pueda allí permanecer oculto. Y he aquí el problema. *Es menester que esté al borde del camino y aquí no puedo esconderme, y, sin embargo, es de todo punto preciso que me vean. ¿Qué hacer?*

Lindante con la carretera hay un campo de trigo. ¡Oh!; pero el trigo, sin sazón aún, tiene escasa altura. Ahora bien; dominando el trigal, y muy cerca del camino, *hay un espantajo*.

¡Sí! Un espantajo para los gorriones.

¡Magnífico! El espantajo viste una extraña casaca, o más bien una levita despedazada que le da cierto tono de elegancia. Tiene los brazos extendidos en cruz, como si fuera a bendecir la mies naciente. En fin, lleva un sombrero de alas caídas que da a toda su persona cierta gallardía...

¡Comprendido!

Me enfundo en el espantajo, me encasqueto el sombrero hasta los ojos para que me cele la cara, abro los brazos en cruz, y por fin oculto en la manga, felizmente muy larga, del espantajo mi seguro revólver, dispuesto a disparar. El señor pasa por mi lado indiferente, rozándome, sin saber lo que soy, y... ¡zas!, a quema ropa le deshago la cara... ¡y todo concluído! R. I. P. Este querido Hubert muerde el polvo... Salvo a Odette... Ya se verá luego si Hubert quedó muerto...

—¡Atención! Columbro a lo lejos polvareda en el camino... Pronto, ¡al espantajo!

Las notas del cuaderno se reanudan con fecha del día siguiente... Pero hemos de destacar estas líneas con que termina la extraordinaria historia del espantajo.

Rouletabille pinta en ellas los hechos como si ocurrieran en aquel momento:

«Hace ya un cuarto de hora que estoy con los brazos en cruz, y sin moverme, como si realmente fuese

de madera. Empiezo ya a sentir calambres. ¡Ese animal que iba a llegar en seguida! Me refiero al caballo que Hubert lleva al paso, para que descanse de la larga carrera... Aquí se siente seguro... Deja al animal que respire a sus anchas... Entretanto, estoy en una postura fatigosa... De todos modos, debiera apresurarse un poco...

«Estos calambres... estos calambres...

«¡Ah! Y cómo anda el caballo... Ahora el animal (esta vez me refiero a Hubert) hace trotar a la bestia... Bueno... Siento un hormigueo en los pies. ¡Chist! Hubert lleva al paso al caballo...

«¡La paciencia que ha de tener un espantajo!

«Ahora trota ligero... Por fin ya está aquí... Empuño el revólver con la diestra... Pasan unos segundos; percibo ya el jadear del caballo...

«¡Mil diablos! No me bastaba el hormigueo de los pies, cuando he aquí que, en este preciso momento, una mosca, mosquito o pulgón, cualquier cosa, viene a posarse en la punta de mi nariz, y con una palmada inconsciente de mi mano izquierda me propino un resonante sopapo. ¡Un tirol! La bala hace saltar mi sombrero...»

CAPÍTULO XII

*Será nuestro combate el de dos torrentes,
o el choque de dos vientos que vengan de puntos diferentes...
Seremos dos hogueras cuyas llamas enemigas
se lancen a devorarse con furia inaudita.*

(Obras completas de Rouletabille.)

ROULETABILLE llevó tan a mal este ridículo incidente, que pudo costarle la vida, que sus notas sobre el combate que siguió son muy concisas, y sería muy difícil sólo con ellas reconstituir los episodios.

Afortunadamente, Rouletabille era a ratos expansivo y hablador, y he aquí cómo contó el suceso antes de tener el capricho de ponerlo en verso, cierto día de melancólica tristeza...

«Sentí el soplo de la bala, pero la conciencia de mi propia estupidez me dejó tan atontado, que me quedé con la cabeza descubierta, expuesto a los bríos de Hubert, que, naturalmente, me reconoció en seguida. Pudo, pero no creyó conveniente asesinarme. Y lo

de madera. Empiezo ya a sentir calambres. ¡Ese animal que iba a llegar en seguida! Me refiero al caballo que Hubert lleva al paso, para que descanse de la larga carrera... Aquí se siente seguro... Deja al animal que respire a sus anchas... Entretanto, estoy en una postura fatigosa... De todos modos, debiera apresurarse un poco...

«Estos calambres... estos calambres...

»¡Ah! Y cómo anda el caballo... Ahora el animal (esta vez me refiero a Hubert) hace trotar a la bestia... Bueno... Siento un hormigueo en los pies. ¡Chist! Hubert lleva al paso al caballo...

»¡La paciencia que ha de tener un espantajo!

»Ahora trota ligero... Por fin ya está aquí... Empuño el revólver con la diestra... Pasan unos segundos; percibo ya el jadear del caballo...

»¡Mil diablos! No me bastaba el hormigueo de los pies, cuando he aquí que, en este preciso momento, una mosca, mosquito o pulgón, cualquier cosa, viene a posarse en la punta de mi nariz, y con una palmada inconsciente de mi mano izquierda me propino un resonante sopapo. ¡Un tirol! La bala hace saltar mi sombrero...»

CAPÍTULO XII

*Será nuestro combate el de dos torrentes,
o el choque de dos vientos que vengan de puntos diferentes...
Seremos dos hogueras cuyas llamas enemigas
se lancen a devorarse con furia inaudita.*

(Obras completas de Rouletabille.)

ROULETABILLE llevó tan a mal este ridículo incidente, que pudo costarle la vida, que sus notas sobre el combate que siguió son muy concisas, y sería muy difícil sólo con ellas reconstituir los episodios.

Afortunadamente, Rouletabille era a ratos expansivo y hablador, y he aquí cómo contó el suceso antes de tener el capricho de ponerlo en verso, cierto día de melancólica tristeza...

«Sentí el soplo de la bala, pero la conciencia de mi propia estupidez me dejó tan atontado, que me quedé con la cabeza descubierta, expuesto a los bríos de Hubert, que, naturalmente, me reconoció en seguida. Pudo, pero no creyó conveniente asesinarme. Y lo

pudo hacer sin exponerse, pues la manga del espantajo envolvió completamente mi mano derecha, que así la browning y no podía desenredarla. Hubert estaba a caballo y yo a pie; sin duda, pensó que había yo perdido o dejado en alguna parte la cabalgadura y podía desentenderse de mí picando espuelas, lo que hizo sin más tardanza.

»Odette, que iba delante en la silla, no lanzó un grito. Creí que iba amordazada o quizás desvanecida...

»Desembarazado, a costa de mil esfuerzos, de aquel funesto espantajo tenido por mí un momento como el más ingenioso hallazgo de mi vida, puse los pies en polvorosa. Hubert, viéndome correr detrás de su caballo, veloz como el viento, echóse a reír... con insultante sonrisa, que me espetaba a guisa de postre adiós.

»Así llegó el bandido a la montaña. Allí pudo respirar después de la correría... Media hora después, poco más o menos, reanudó la marcha a todo correr. Repito que podía respirar tranquilo, pues la frontera estaba cerca, y además todos los habitantes de aquellos parajes le habrían socorrido a la primera llamada. De pronto sintió como un crujido de desplomamiento a su izquierda. Volvió la cabeza y me vió llegar hacia él con el ímpetu de un torrente.

»Esta vez iba yo también montado.

»Había escondido mi caballo entre dos repliegues

del terreno, detrás de los primeros contrafuertes, en un paraje admirablemente estratégico, me atrevo a decir, pues un escabroso atajo me llevó a él en línea recta, y otra vereda venía un poco más lejos a cortar la carretera que, en gran rodeo, flanquea el monte... Así, que nos encontramos cara a cara y chocamos en cuanto de nuevo empuñó las riendas...

»El ridículo desenlace de la anterior aventura me había vuelto loco de rabia. Iba dispuesto a acabar con tan insoportable sujeto.

»El choque fué brutal: nuestros caballos se encabritaron relinchando y babeantes como si fuesen a comerse, y esto, por lo pronto, me salvó.

»Yo esperaba derribarle, pues no me atrevía a disparar por consideración a Odette... Pero Hubert me tiró a quema ropa, y allí me dejara deshecho si mi caballo, empujado sobre las patas traseras, no me hubiera servido de escudo. El potro recibió en el pecho tres balazos y los demás sólo me rozaron, mientras con mi caballo fui rodando, hasta dar en el lecho polvoriento de la carretera. Tuve la fortuna de no caer debajo del caballo, y en un segundo me puse de pie: en seguida salté a las narices del caballo de Hubert... Le llevaba esta vez ventaja, pues agotada por mi adversario la cartuchería, se hallaba desarmado ante mí. Le grité que se rindiera, disparando a mi vez el arma a la cabeza de su cabalgadura; pero, ¡ay!, un furioso puntapié que me dió en el pecho, me desvió

el arma y me arrojó brutalmente contra la roca, aturcido y ensangrentado...

»Escupí sangre y enloquecí de rabia. Para nada me sirvió la picardía, pues acababa de ser vencido en estúpido combate. ¡Hay días de mala suerte! Por lo demás, nada me salía bien desde mi *percance* en el ferrocarril, desde que la bruja Zina vino a *curarme*... ¡Seguramente me aojó!

»En esto Hubert desapareció con Odette, que parecía muerta, entre sus brazos.

»Luego les vi aparecer en otra cima... Una bandada de cingaros corrió hacia él...; les habló indicándoles con el brazo extendido mi dirección; gritos de furor llegaron a mis oídos, y, reuniendo todas mis fuerzas, me deslicé como un reptil por un hoyo abierto en la roca, cisterna o antro, cuya entrada celé apresuradamente con zarzas.

»Llevé conmigo hasta allí mi bagaje, mi *neceser de viaje*, como le llamaba, envuelto en la manta. Estaba decidido a perecer en aquella madriguera; si fuese acaso descubierto, vendiendo, claro está, mi vida lo más cara posible. Pero me dejaron tranquilo. Pasaron junto a mi cueva sin recelar siquiera mi estada; pero yo no estaba contento de mi mismo. No rayé a mi altura *por una mosca*.

»Y todavía dice un señor en una de sus obras que siempre se necesita de algo más pequeño que uno.»

CAPÍTULO XIII

Nuestros abuelos fueron
los que le construyeron
este obscuro calabozo.

Авосько.

SEVER-TURN! Tus viejas casas, húmedas y decrepitas; tus murallas vacilantes; tus calles profundas; tus fachadas leprosas; tu palacio ruinoso; tu antigua basílica; los torreones melancólicos, que defienden el santuario, en el cual, desde siglos atrás, a despecho de las revoluciones, invasiones y azotes devastadores del mundo, se conservan la tradición y el rito. ¡Cómo cambiasteis de aspecto al primer anuncio de la buena nueva!

¡Eras un sudario y en un momento te has convertido en colgadura de fiesta!

¡Eras una queja y te has trocado en himno!

¡Trasladémonos a las primeras horas de hechizo!
¡Qué de tapices, de banderas, de estandartes! ¡Las campanas al vuelo, el pueblo alborozado! ¡De tejanas

campiñas llegan presurosos los aldeanos, acelerando el paso de los borricos cargados de niños, cuyas manecitas blanden ramas floridas!

Los cingaros disparan sus armas en las murallas, mientras que en las plazas públicas aglomeran las jóvenes aromadas cestas.

¡Ante el arco de la puerta occidental, una muchedumbre conmovida espera incansable a *La* que ha de venir!

¡Todo, hasta el nuevo «barrio europeo» (así le llama este pueblo, como si continuase siendo una horda asiática), rebosa de viajeros, esto es, de turistas excepcionales, que desviáronse de su ruta y vinieron a Sever-Turn para asistir a tan extraordinario y grato suceso!

El hotel de los Balkanes, contiguo al parador de las Caravanas, ha revocado de verde los ventanales, de rosa las paredes y limpiado el pavimento del gran comedor de gala; parece un palacio con su vestíbulo enlosado de pizarra bruñida como el mármol y su gran bandera, recién estrenada, del cónsul de Valaquia, gran personaje que mora en el más lujoso cuarto del primer piso, como corresponde al que reconcentra en su persona toda la representación del cuerpo diplomático.

Aquí se vive en plena civilización, y poco más allá de esta calle, en plena Edad Media.

No dejan de apreciar este *sabroso contraste* los que

recorren nuestro anchuroso mundo con un librito rojo en la mano...

Entremos en el templo. Salvemos los torreones de esta fortaleza, en la que sacerdotes y fieles se aglomeran en masa multicolor en torno del tabernáculo. Los ricos lucen sus más bellas camisas rojas y sus túnicas amarillas y taraceados cinturones..., pero no carecen tampoco de color los andrajos en aquella gama deslumbrante de esplendor.

Bajo un sol tórrido pasan los popes vestidos de negro, y arrastrando largos velos como mujeres enlutadas, llevan iconos áureos... Los hombres se apoyan pensativos en largos báculos y las madres descubren el seno flácido para amamantar al hijo... Un gran alborozo baña todas las caras... Ya llegaron por fin... ¡Van a ver a la adorada reina! Musitan versículos proféticos del Libro de los Antepasados que se les robó...
Aguardan a la *queyra*.

En fin, se les abren las puertas férreas del gran santuario. Penetran en tropel.

Allá bajo, al fondo, el patriarca Feodar, enaltecido con la tiara fabricada antaño en el país de Assur (según reza la tradición), se adelanta seguido de un coro de ancianos. Todos se sientan en sillones de mármol. Los rezos van a empezar tan pronto como se anuncia la llegada de la *queyra* y de su cortejo, al frente de cual va el gran *Coesre* (el que blande el látigo en forma de aspa para flagelar el mundo, especie de minis-

ro de la Guerra). De pronto irrumpe bajo las bóvedas sagradas inmenso clamor al mismo tiempo que llega jadeante y cubierto de polvo el mensajero de la desgracia.

Se arroja a los pies del patriarca.

—La *queyra* nos fué robada por los rumies.

Y aun pudo agregar:

—Pero te traemos a uno de los raptos.

Entonces reinó en el templo espantoso silencio, silencio más terrible que cuanto pueda imaginarse y que formó horrible contraste con los alaridos de desesperación que empezaban a surgir en los cuatro puntos cardinales de la ciudad maldita.

El patriarca no se dignó siquiera mirar al mensajero que ante sus pies desfallecía de dolor. Se había levantado y esperaba de pie, inmóvil como una estatua y rodeado del coro de viejos, estatuas a su vez, que llegase hasta él con el rumí prisionero el gran Coesre que acababa de entrar en el templo.

—Pues bien: que señale sus huesos—musitó desde detrás de un pilar el señor Nicolás Jounesol al ver pasar al cautivo seguido de una turba con aires asesinos.

El señor Nicolás Jounesol era «representante comercial», el único comisionista ambulante quizás que viajó el patriarcado, donde realizaba gran negocio con su marca de champán y sus latas de conservas.

Representaba en Sever-Turn y sin competencia a

todo el comercio de Europa, como el cónsul de Valaquia, por otra parte, representaba a la diplomacia de ambos mundos. Vendía de todo y había comprado terrenos en el barrio europeo, que al parecer iba desarrollándose con rapidez desde que una compañía inglesa construyó una carretera que daba fácil acceso a la comarca del petróleo. Era copropietario del «hotel de los Balkanes», palacio sucedáneo del antiguo parador de las Caravanas, cuyo condueño seguía religiosamente sus consejos para atraer y alternar clientela.

Pero volvamos al rumí prisionero, o sea a Juan de Santierne, allí presente y en lamentable estado.

Al entrar en la ciudad estuvo a punto de morir apuñalado y hubo necesidad de llevarle, dando un rodeo, por la muralla, y penetrar con él en el recinto del templo por un acueducto en seco que daba a un patio del santuario, y aun allí hubiera sido lapidado sin la protección del gran Coesre, ministro de la Guerra temido y venerado del pueblo; no porque hubiese ganado muchas batallas, sino porque su manera de blandir el látigo (el látigo que flagelaba al mundo) imponía inmediatamente respeto.

El gran Coesre era, sobre todo, célebre por haber sofocado en días aciagos la rebelión de los *Lingurari*, fabricantes de cucharas y vasos de madera; la de los Liessei, la hez de las tribus nómadas, verdaderos vagabundos que, so pretexto de devoción y ejercicios

de piedad, acudían a Sever-Turn para ser alimentados de «gorra», como decía el señor Nicolás Journesol, por los sacerdotes y guardianes del templo.

En fin, conoceremos toda la historia del gran Coesre recordando que se distinguió notablemente en el asunto de los Balogards, clan omnipotente en Sever-Turn, oligarquía conservadora que intentó sobrepoderarse a los poderes del patriarca. La palabra Balogards quiere decir «ladrones», pero no debe darse a esta palabra ningún sentido peyorativo. Estos Balogards eran elevados personajes, antiguos timadores, que después de haber amasado pacientemente una fortuna recorriendo todos los mercados del mundo, vuelven a su país para gozar tranquilamente del fruto de sus ahorros y de la consideración general.

Tenían mayoría en los consejos de la nación, alardeaban de costumbres austeras y les parecía que el patriarca era demasiado querido del pueblo. Pero un día, en plena sesión municipal, el gran Coesre desplegó el látigo que siempre llevaba cruzado, y blandió la correa de modo tan singular, que los Balogards «supieron a qué atenerse».

Desde entonces dejaron en paz al patriarca, y el patriarca adoraba al gran Coesre, con el cual provocaba la lluvia y el buen tiempo en Severn; aunque bien es verdad que en la lluvia, las más de las veces, influía la vecindad de la montaña.

Juan estaba ensangrentado. Con la ayuda del gran Coesre subió acosado por la rechifla de la muchedumbre los peldaños hasta llegar al estrado en que se mantenía erguido el gran sacerdote rodeado del coro de ancianos sentados ya en sus sillas curules.

Detrás iban Sumbalo, Andrés, Suco el calderero y otros que contribuyeron a la captura del rumí. No se vio allí a Zina, que parecía cadáver desde la desaparición de Odette...

Calixta quedó a la zaga y lo presenciaba todo sin mezclarse en nada. Sufrió horriblemente, pues en el fondo de su espíritu luchaba con su odio hacia Juan el remordimiento de haberle llevado con sus propias manos al borde del abismo, en donde iba a arrojarle. Aquel odio tiene mucho de amor. ¿Qué había logrado hasta entonces? ¿Estar segura de la condena de Juan? Sin duda..., pero no gozará de la alegría soñada en el feroz e implacable momento de su primer rencor. Todos saben cuán lleno de contradicciones está siempre el corazón de las mujeres...

—He aquí el culpable—dijo el gran Coesre empujando a Juan ante la presencia del patriarca...

Al punto rompieron el formidable silencio del templo mil voces de muerte, secundadas por el griterío de fuera. Aquel estruendo de trueno, tras el pavoroso silencio con que poco antes se acogiera la nueva del rapto de la reina, erizaba de espanto los cabellos de los más bravíos.

El propio Nicolás Tournesol, hecho a ver otras muertes, susurró entristecido:

—¡Pobre joven!

Calixta desfallecía por momentos.

—¡A muerte, a muerte...!

¿De veras se iba a matar a su Juan? Súbitamente le inundó de horror su obra. Ella soñaba con la muerte de Odetta, y era su Juan el que iba a morir.

Impelida por inconsciente impulso, se fué hacia Feodor y se arrojó a los pies del patriarca, gritando, a pesar de ser el único verdugo de Juan:

—¡Piedad para este hombre!

Mil formidables voces de protesta se alzaron mientras que Andrés le tapaba la boca con los puños. El cingaro la arrojó brutalmente por la escalera hasta hacerle morder el pavimento.

Entonces el patriarca, dirigiéndose a Juan, le preguntó:

—¿Niegas haber sido cómplice del rapto de la queyra?

Juan no contestó porque no entendió palabra, pues el patriarca le formuló la pregunta en la lengua sagrada de los cingaros de Transbalkania. Pero Andrés tradujo la frase, y entonces Juan contestó que hizo cuanto pudo, en efecto, para salvar a su novia de las garras de los ladrones, y agregó que, de estar libre, reanudaría su obra. Eso era superfluo, pues no se le preguntaba tanto.

Se acogieron esas palabras con ensordecedor griterio. El tumulto fué tan serio que los guardias apenas pudieron contenerlo.

El patriarca levantó la mano y se le oyó decir:

—Considera que tú y los tuyos habéis cometido contra este pueblo el mayor crimen que pueda imaginarse, y si no nos ayudas a repararlo sobre ti caerá toda su pesadumbre.

—No tengo apego a la vida—replicó Juan—; pero para su gobierno, señor patriarca, le advierto que soy ciudadano francés, y vosotros habéis de responder de mi muerte.

—Responderemos que tu muerte fué un acto de justicia... Vamos, reflexiona; escucha las amenazas de este pueblo, que ya se impacienta. Hemos de dar con nuestra reina, se haya ido o la hayan ocultado. Su destino está escrito, pero el tuyo se está escribiendo... ¿Quieres ayudarnos?

Juan alzó los hombros. Este gesto era un insulto a la majestad del sacerdote y del lugar.

La injuria del rumi desencadenó de nuevo la tempestad. A los gritos de muerte se agregaron ahora otros gritos:

—¡El suplicio, el suplicio!

Unos pedían que se le quemase a fuego lento; otros, que se le cortasen primero los miembros y luego la cabeza; otros exigían que se le crucificase... Los guardias luchaban con la multitud para impedir que asal

tase la tribuna sagrada, y estuvieron a pique de ser atropellados.

El patriarca, impelido por los viejos atemorizados, se apresuró a dictar la sentencia:

— *Te condenamos a morir de hambre.*

Consideraron casi todos blanda la sentencia y muchos protestaron; pero otros la juzgaron muy cuerda y decían que, además de ser muy dolorosa, daba a Juan margen para reflexionar y quizás se decidiera a revelar dónde estaba la *queyra*.

En seguida arrastraron al rumí hacia los subterráneos del templo, y por pasillos oscuros y sofocantes abiertos en la roca le llevaron a la mazmorra del palacio y franquearon una puerta enrejada y entreabierta, largos años en desuso indudablemente, pues un tropel de ratones, que solía aglomerar en este seguro escondite el fruto de sus rapiñas, huyó a la desbandada.

Era horrible este reducto. El gran Coesre lanzó allí a Juan. Allí había de morir el desgraciado joven.

CAPITULO XIV

EN EL CUAL NICOLÁS TOURNESOL CORTEJA A LAS DAMAS

Al entusiasmo que había levantado en vilo a la ciudad, sucedió lúgubre consternación. En segundos cambió la decoración de nuevo. Como por encanto, desaparecieron las brillantes colgaduras con que se atavió la ciudad un momento, y pesó nuevamente su ceño triste, marchito y agrietado sobre el pueblo dolorido. Patearon con rabia las flores del trayecto. Ya no más cánticos ni más banderas. Desde las torres del templo, brazos enhiestos imploraron la misericordia de Dios; pero el cielo, despiadado, de pronto se cubrió con una capa de ceniza, en la cual, al parecer, enterraba complacido todas las esperanzas de la tierra.

El señor Nicolás Tournesol entró en el hotel con paso lento y semblante muy melancólico. Había contado con el júbilo de la coronación para dar a su ne-

gocio un vuelo capaz de asegurarle definitivamente la fortuna. Solía cobrar grandes comisiones, sobre todo en la venta de champán, y esperó con fundamento un desenfadado consumo de este artículo. ¡Ay! El negocio se frustró y todos sus cálculos se derrumbaron.

Con estos tristes pensamientos entró en el gran vestíbulo del hotel, a la sazón casi desierto, pues todos los turistas habían salido para presenciar los acontecimientos; pero Nicolás Tournesol odiaba la tristeza. Decidió, pues, combatirla con unos fuertes *cocktails* de ginebra, como los enseñó a aderezar a Ladislao Kamenos, condueño del hotel y al mismo tiempo jefe del bar.

Se puso sobre un alto taburete detrás del mostrador de caoba que llenaba el fondo de la sala, y blandiendo una larga cuchara de metal, se disponía a tocar una sonata en los vasos de cristal, cuando apareció en la entrada una señora de porte atractivo, sencillo, pero elegante.

Los dos se miraron.

La mujer continuó su camino y él bajó del taburete:

—Me parece recordar que he visto esa cara en alguna parte...

La extranjera fué a sentarse frente a una mesita provista de escribanía, y cuando iba ya a escribir sus cartas, vió ante sí, erguido, a un muchachote de faz regocijada que la saludó muy rendidamente:

—Perdóneme, señora; pero en Sever-Turn, como en todos los Balkanes, no hay quien me presente; me presento, pues, a mí mismo: soy el señor Tournesol; Nicolás Tournesol...

—¡Dios mío!—dijo sonriente la señora—, no veo en ello inconveniente.

—¿Usted no me recuerda? Tournesol, el corredor de champán, el amigo de príncipes y grandes duques y... sobre todo de los grandes bares... Pasamos una tarde juntos, en compañía de sus amigos, en un suntuoso palacio...

—Cierto, señor; pero yo no frecuento esos establecimientos.

—Al menos esa vez, si que fué usted. Recuerde, hace cinco años... Usted es la señora de Meyrens.

—¡Ah!, sí, sí; tiene usted razón. Perfectamente me acuerdo. ¡Qué gracioso era usted! Se declaraba a todas las señoras...

—¿Y a usted, señora, me declaré acaso?

—No; a mí, no.

—Pues aún es tiempo—expuso tranquilamente Nicolás Tournesol sentándose sin más remilgos junto a la señora de Meyrens—. Ladislao, dos *cocktails*... Perdón, señora. ¿Sabe usted que es usted muy encantadora?

—¿No tiene usted miedo, señor Tournesol?

—No tengo miedo de nada, con tal de divertirme. Perdón, señora, no quiero ofenderla. Sé a qué ate-

nerme y no seré yo quien le falte al respeto, si le gustan estas bromas.

—¿Qué hace usted aquí?

—¿Y usted?

—Se lo diré en seguida.

—Pues yo también se lo diré al punto: Desde la guerra, que me arruinó, me dedico a todo y vendo de todo. Soy el elemento arterial, por decirlo así, del fabricante, del almacenista y del comerciante al por mayor. Soy el proveedor querido de cajeros y embaladores, de ordinarios y empresas de transportes; el mesías de los fondistas, el déspota de las mesas redondas, el privilegiado del fumadero y el querido de las señoras.

—No espere más—dijo la señora de Meyrens—. Se prohíbe fumar la pipa...

—¡Oh! Bien se ve que es usted mujer de mundo.

—¿Ha mucho que llegó?

—Hace un momento; he venido por ver a la reina; pero parece que no hay reina.

—*Se encontró*—les espetó Ladislao, que venía corriendo de la calle.

Y ordenó con urgencia que se pusiesen de nuevo colgaduras en los balcones, banderas en las ventanas y flores por todas partes.

Tournesol, encendido, brincó sobre el consocio:

—¿Es cierto o no?

—Te digo que se halló a la reina. Un jinete nos la trae, sentada en la silla. La robó a los rumies. La ciu-

dad está de nuevo cambiada de arriba abajo. Aguarde, oiga las campanas...

En efecto; empezaban a repicar a vuelo. Era un repique inaudito, un canto broncíneo de extraordinaria alegría, por encima de inmenso rumor de fiestas.

—Voy a verlo—dijo la señora de Meyrens dirigiéndose presurosa hacia la puerta.

—Espere; iremos juntos... ya no nos separamos—expuso Nicolás Tournesol enlazando su brazo con el de la señora de Meyrens, que no se defendió demasiado.

Minutos después se le escapó entre la multitud; pero él se juró encontrarla.

Ladislao salió veloz hacia el templo. Tras él, toda la dependencia abandonó el hotel.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XV

LA PÁGINA ARRANCADA DEL LIBRO DE LOS ANTEPASADOS

No trataremos de dar una idea de la llegada triunfal de Hubert a Sever-Turn... Entró rodeado de un tropel de bohemios, que vociferaban la noticia antes de franquear los muros. Habían dado a beber a Odette un cordial de los suyos, capaz de resucitar a un muerto. La joven, sin señales de reacción, continuaba en los brazos de Hubert, que desde lo alto de la silla iba enseñándola a todos, como un paladión recién hallado. Algunas palabras cíngaras, oportunamente aducidas al exhibir a la virgen anunciada por las Escrituras, avivaban el delirio de las muchedumbres.

Todos creyeron a Hubert auténtico gitano de pura raza, un hermano.

—¡Se halló a la *queyra!* ¡Se halló a la *queyra!*

La primera persona que se arrojó a los pies del idolo al entrar en el templo, fué Zina. Odette fué, más bien que conducida, llevada ante la presencia del

sumo sacerdote Feodor, que la recibió en sus brazos temblorosos de emoción y de respeto; devotamente la fué sosteniendo hasta sentarla en el trono de marfil que le habían deparado, y, ya sentada, el sacerdote se arrodilló ante ella tres veces, murmurando fórmulas tradicionales.

Tres veces a su ejemplo se arrodilló también el pueblo, y tres veces se levantó, entonando el hosanna de victoria con que termina el himno a Debla, el dios de la luz.

Entonces Hubert se acercó al patriarca, y, al pedir que le concediese la palabra, Andrés a su vez se adelantó y dijo:

—Este es un impostor y un sacrilego. No es un gitano. Es un noble rumi de Santas Marías del Mar, y Sumbalo y Suco, el calderero, reconocerán en él al auténtico raptor de la reina.

Dicho esto, dejó caer su mano brutal sobre el rostro pintarrajeado de Hubert, y le arrancó la barba, de lo que provino gran alboroto y confusión.

Pero Hubert, impasible ante el ultraje, cruzó los brazos y dijo:

—¡Yo conocía la conjura urdida contra la *queyrat*. Entré en ella para frustrarla y traerla personalmente a *La* que esperabais.

—Y ¿cuál era tu propósito al obrar así?—preguntó el patriarca, que desde el principio del incidente tenía clavada su mirada severa en el extranjero.

—¿Y tú me lo preguntas?—exclamó Hubert—. ¿Has olvidado el texto sagrado *es menester que las profesas se cumplan?*

El patriarca entonces extendió los brazos y levantó su hermosa cabeza encanecida, su frente iluminada por súbita inspiración.

—Este hombre no miente... Este hombre es el enviado de Santa Sara—exclamó.

—Miradme, ancianos—repuso Hubert—. ¿Ninguno de vosotros me reconoce? Ha dos años, uno de vosotros, víctima de la peste, me confió *El Libro...*; si vive, que se adelante... y si ha muerto, que salga de la tumba.

—¿Eres tú, eres tú, pues, aquel de quien me habló, antes de expirar, mi viejo amigo el pope Antisquines? ¿Eres tú a quien confió el libro?

—¿Dónde está el libro?—preguntó el patriarca.

—Me lo robaron—respondió Hubert—los rumies fugitivos del país... En vano lo busqué, pero logré hacerme con la página más apreciada, que le arrancaron.

Apenas pronunciadas estas palabras, presentó la página sagrada al patriarca y al consejo de ancianos que en torno suyo se apretujaba.

Entonces el patriarca leyó con voz resonante, oída hasta en los confines del atrio sagrado:

La Hija de la Raza, señalada con el signo de la corona, será raptada por los rumies...

Pero un rumi la devolverá a la ciudad para que sea proclamada queyra y él rey. Y así, por esta unión, se regenerará la raza.

Estentóreos clamores acogieron la lectura del texto sagrado... Diez mil voces gritaron:

—¡Estaba escrito! ¡Estaba escrito!

El patriarca, cogiendo de la mano a Hubert, le llevó al lado de Odette, que presenciaba la escena formidable de la que era protagonista como un icono, tan insensible, al parecer, como el marfil de su trono.

—¡Es el Rey del mundo el que le proclama rey de la Tierra!—exclamó el sacerdote—. ¡Este será tu esposo!

Ahora bien; en este momento estallaron gritos, protestas, lloros de niños, lamentos de mujeres atropelladas, que se levantaron amenazadoras contra el vendaval que las había tumbado.

El vendaval no se detuvo hasta que llegó ante el patriarca.

El vendaval era Rouletabille.

—Perdón, señor patriarca—dijo—; necesito decir algo antes de que se celebre la ceremonia.

CAPITULO XVI

LA SEÑAL DE LA CORONA

El tumulto que surgió fué inmenso. La asamblea prorrumpió en anatemas, y los guardias hubieran caído sobre Rouletabille si un gesto augusto del patriarca no le ampara.

Andrés, Calixta, Zina y toda la banda de Sumbalo, hablaban o, mejor dicho, vociferaban a la vez enseñando los puños a Rouletabille.

Odette, despertando del sueño en que parecía anadada, se levantó, tendiendo los brazos hacia aquel rayo de salvación, ¡Rouletabille!, pero cayó de nuevo al punto en el sopor, como si hubiera sólo rozado la realidad, como si aquella imagen, surgida del fondo de la pesadilla, fuese también vano humo.

El gran Coesre, con el ceño de los días aciagos, corrió a ponerse junto al joven audaz que se había atrevido a violar el recinto sagrado.

En fin, cuando se apaciguó un poco el tumulto, se

llegó a oír, pero no a entender. Rouletabille se expresaba en la lengua de los *gachis* (viles extranjeros), desconocida por casi todos. El patriarca apeló a las luces de un docto anciano, con antiparras, que se pasó la vida en las bibliotecas y era casi poliglota. Por este intérprete oficial pudo todo el pueblo aprehender la significación de la conversación entablada.

Rouletabille, cual fatídica Casandra o como otra Zina, predijo al pueblo cingaro las peores calamidades, si el patriarca y el consejo de ancianos daban remate a la obra criminal por otros empezada... Y declaró con acento de profunda convicción que el Dios de los romanchos, que era el mismo de los rumies cristianos y sobre todo de los rumies de Francia (que fueron los primeros en erigir un templo a Santa Sara, la más gloriosa sierva de Dios y protectora de la raza), infundió demasiada cordura al sumo sacerdote y demasiada inocencia al corazón de su consejo para que se hiciesen cómplices de un sacrilegio.

—Este joven habla como un diplomático—dijo confidencialmente el gran sacerdote al consejo de ancianos—. Hemos de desconfiar.

Y en alta voz repuso:

—Hablas de sacrilegio... y hasta ahora sólo veo el que tú has cometido penetrando en el recinto vedado...

—Santa Sara me lo perdonará, pues sabe que he venido aquí para traer la verdad.

—Me parece muy bienavenido con Santa Sara—replicó Feodor, mordaz—, y eres para mí un solemne parlanchín. En Sever-Turn se aprecia la concisión. ¿A quién acusas de sacrilego?

Rouletabille, volviéndose hacia Calixta, Andrés y Zina, dijo:

—A estos tres.

Inmediatamente los tres protestaron como energúmenos.

—Hay sacrilegio—repuso Rouletabille, inmovible—cuando tres granujas, invocando un texto sagrado, abusan de la credulidad de un pueblo dándole gato por liebre...

—¿Gato por liebre? ¿Qué quiere decir esto?—preguntó gravemente el patriarca...

El docto viejo, ratón de biblioteca, hubo de confesar que escapaba a su saber el cabal sentido de tan rara expresión. Nunca la leyó en libro alguno. Además, nunca la había oído en los medios diplomáticos que frecuentaba (esto es, en casa del cónsul de Valaquia).

—Esto quiere decir—acabó Rouletabille por esperarles—que os han hecho tomar a la señorita de Lavardens por la *queyra* anunciada por las Escrituras. Ahora bien: la señorita de Lavardens es víctima de los celos de esa Calixta, que está enamorada del novio de la señorita de Lavardens...

—¡Mentira! ¡Mentira!—exclamó Calixta.

—Si vienes a decir tales *sobradas*... (al pie de la letra, semejantes patrañas)—empezó a decir un noble anciano.

—¡Que la *zarapia* se te lleve! (la peste).

—No soy muy docto—repuso con amargura y en tono de fingida humildad el ratón de biblioteca, que tenía una voz de barítono capaz de llegar hasta lo más recóndito del templo—. No soy muy docto... (aún le estaba dando vueltas en el magín a la frase *gato por liebre*), pero creo que esto se llama en francés *potins* (chismes).

—Es preciso de todos modos que sepáis por qué se os ha engañado, y no puedo decíroslo por parábolas—subrayó Rouletabille muy enojado y molesto en el fondo por el desprecio con que se acogían sus acusaciones—. Sin aquella añagaza, la señorita de Lavardens seguiría hoy viviendo en Francia, su patria, que le reclama, y a la que no tenéis el derecho de hurtarla.

—La señorita de Lavardens es cingara, según la ley cingara.

—Es francesa, según la ley francesa.

—Su madre era cingara—proclamaron cincuenta voces.

Los ancianos testificaron a su vez:

—Yo conocí a su madre.

Y uno dijo:

—Tuve en mis brazos a su madre, siendo niña.

La más encolerizada era Zina, que señalaba su flácido seno, que amamantó a la *queyra*.

—Cuando su *raya* murió, yo fui su *raya* (su madre). Pero el extranjero nos la robó, y yo seguí al extranjero...

—*Tú seguiste al extranjero*—aulló Rouletabille—, y en tantos años no dijiste palabra, sabiendo que los cingaros, tus hermanos, buscaban por todas partes a su princesita... Si hubieras sabido que era realmente la *queyra*, ¿permanecieras muda tanto tiempo?

A este argumento fulminante sucedió asombroso silencio. Todos los ojos se clavaron en Zina, que permanecía callada y anhelante. La vieja sabía que aquel silencio la condenaba. Ocultó la frente con sus manos enloquecidas, y advirtió cómo hasta su cabeza ascendía amenazador murmullo...

—Empiezo a asirme a buen cabo—se dijo Rouletabille—. Aprovechémonos... Peguemos fuerte con la contera de la razón.

—Vuelvo a decir—dijo con voz lo más atronadora que pudo—por qué has permanecido callada tantos años. Callaste porque sabías que esa joven no era la princesa esperada, pues no llevaba en la espalda la señal predicha, la señal pronosticada por las Escrituras... *La señorita de Lavardens no tenía el signo de la corona.*

Un inmenso lamento ascendió, lúgubre, hasta las bóvedas.

El pueblo empezó a gemir desesperado.

—No tiene la señal; no tiene la señal—murmuró dolorosamente.

—¿Que no tiene la señal?—exclamó Calixta, interponiéndose entre Rouletabille y Zina, cuya debilidad temía—. ¿Has dicho que no tiene la señal?

En este momento se percibió una dulce vozecita, áureo acento, que parecía salir de boca marfileña. Otra vez se anunció el icono y Odette se irguió. Con paso seguro, con paso de sonámbula, se dirigió la vieja, y la vozecita exclamó:

—¿Una señal? No tengo ninguna señal.

Entonces Calixta, como una furia, se abalanzó sobre la joven y, con gesto feroz, le arrancó el tul que flotaba sobre su espalda...

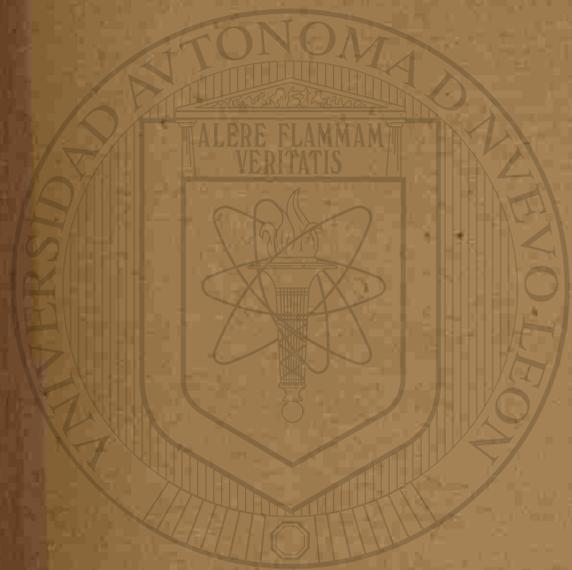
—Ved—exclamó—; ved si no tiene la señal de la corona.

El único que no parecía muy conmovido por este incidente, contra lo que era de esperar, fué el propio patriarca, pues antes de sentar a Odette en el solio real, tuvo la precaución de comprobar rápidamente por sí mismo si tenía la señal sagrada... Creyó deber suyo no mostrarla al pueblo sino en el momento solemne de la coronación; pero los acontecimientos se le adelantaron y ahora comprendía que era preciso someter inmediatamente la impostura al fallo del pueblo.

—Tiene la señal—proclamó—; regocijate, pueblo: tiene la señal.

Todos se abalanzaron. Todos querían ver con sus ojos la sagrada marca. Todos querían tocar aquel sello de la alianza con la divinidad y comprobar también que el signo no era un embuste más..., que no era tatuado ni hábil fabricación, sino el signo más natural del mundo, uno con la carne y nacido con la carne...

Entonces, comprobada la impostura, todos se volvieron hacia el impostor; pero el impostor había desaparecido.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO XVII

Cual una flor cortada, que al sufrir
sólo sabe exhalar aromas y morir.

SAMAIN.

ODETTE fué llevada al gineceo. Rendida al peso de la formidable aventura; espantada del misterio horriblemente milagroso que hacía a la Naturaleza cómplice de su realza abominable..., dejóse perfumar por las mujeres, como insensible muñeca con que se divierten las niñas.

Ahora estaba muellemente tendida sobre almohadones, cobijada en la penumbra del antiguo palacio, de nuevo silencioso.

Sólo se oía el murmullo argentino del surtidor, cuya crencha brotaba como un lirio del profundo cazo columbrado en la claridad del patio de mármol entre dos columnitas bizantinas.

Odette sólo pensaba en este chorro de agua, cuya voz fresca le atraía. El agua parecía decirle: «¡Ven! Yo calmo todos los dolores. Yo apago toda clase de

sed... Cuando estés conmigo..., *si no me tienes miedo*, ya no desearás nada más... Ya no pedirás más saber... Y sobre todo, tu corazón olvidará el nombre de Juan... de Juan, que te ha traicionado, que te ha abandonado, como se deja sobre el polvo de la carretera a una gitanilla como tú.»

Se levantó y se fué hacia el surtidor, cuya melodía quejumbrosa la hechizaba. Sus pies desnudos, cuyos dedos las esclavas acababan de ensortijar, se deslizaron por el bruñido pavimento, y maquinalmente la llevaron a la fuente encantada.

El pilón era espacioso, con peldaños de mármol negro, y el agua era también negra como las losas que iban en seguida a encerrarla, inmóvil y fría, mientras que el tallo liriáceo del agua continuaría cantando sobre su cabeza la argéntea melodía: «Murió Odette, murió la joven ardiente de las Camargues, que el sortilegio de una buena vieja hechicera trocó en lánguida muñeca de Oriente... Murió porque no la amaba aquel a quien dió su corazón.»

Esto también estaba escrito y Odette posó el pie en el primer escalón que conducía al fondo del hermoso tazón negro, rebosante de agua sagrada del olvido. ¡Ah! ¡Qué fresca estaba el agua!... ¡Qué fría! ¡Y qué olor de muerte! ¡Parecía de lejos tan hermosa! Evidentemente, se necesitaba valor.

¡Y valor siempre tuvo!

Dió un paso más, balbuceando con dulce gemido

el nombre de Juan. Su corazón latía con tal fuerza, que parecía escapársele a saltos del pecho, como el pajarillo que, en el estertor de la agonía, se agita por última vez en el fondo del nido. Ella también, ella iba a morir, pues Juan no la quería... De pronto, una mano la tiró hacia atrás, y la joven percibió un sollozo...

Era la buena vieja hechicera, que le dijo:

—Ven, no quiero que mueras. Voy a llevarte a la presencia de tu amado.

Odette abrió desmesuradamente los ojos, como si en ellos abrigase todo el asombro del mundo.

—¿Vas a hacerme ver a Juan?

—En seguida vas a verle.

—¡Ah!—dijo Odette en seguida—. No me fio de ti puerca vieja hechicera... Sé que puedes mucho, porque llevas en ti al Beka (al diablo) y tienes la costumbre de decir la buenaventura. Me harás ver a Juan en el bagazo del café o en el fondo de un vaso de agua. Vete... ¡Aguarda! ¡Juan! Helo ahí... en el fondo de este tazón. Ahí veo su imagen de otros días... de cuando me amaba... Voy a reunirme con él.

—¡Ah, palomita!... Nunca dejó de amarte... Júrame que no te matas si te lo enseño.

—Te prometo vivir, si me lo enseñas con vida y si me quiere, Zina—dijo Odette anhelante y juntando las manecitas con un gesto de ruego y esperanza.

—¿Cómo no ha de amarte?—repuso Zina precipitadamente y atrayéndose a Odette y mareándola con

un aluvión de palabras—. ¡Si supieses cuánto he hecho!... ¡cuánto he hecho por ti!...

—Pero ¿dónde está, dónde está?

—Aquí.

—Llévame a él en seguida... ¡Oh, Dios mío! Creo ahora que voy a morir de alegría... ¿He de creerte? ¿He de creerte?

—¡Chist! ¡Modera tu alegría, palomita del Espíritu Santo! ¡Ay! ¡Está aquí, en un calabozo!...

—¡En un calabozo! ¡Ay, desgraciado! ¿Pero cómo está en un calabozo?

—Porque voló a libertarte como un loco, como el más valiente de los rumies, y lo apresaron... Veas cómo te quiere...

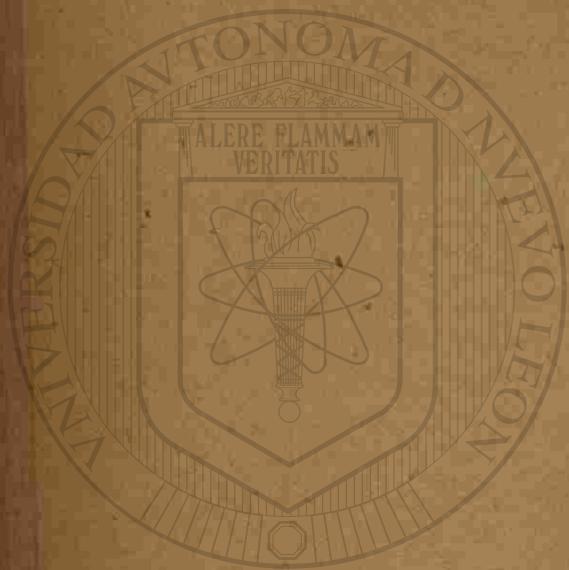
—¡Oh, Juan mío! (y prorrumpió en sollozos; esta vez en sollozos de felicidad)... ¿Le salvarás, di? (ya no dudaba de nada); si no se le salva, quiero yo también ser encarcelada... Además, soy la reina, soy la *queyrá*... Es preciso que se me obedezca... Deja, querida, de besarme los pies, querida y buena bruja..., y llévame a Juan... Quiero que salga del calabozo... Dime... ¿es cierto que se le metió en un calabozo, en un verdadero calabozo? ¿No te burlas de mí?

No cesaba de hablar... Había recuperado la vida; de nuevo circulaba por sus venas, de modo extraordinario. Se llamaba esclava de Odette y hacía de la niña cuanto quería... Con una mirada, con una frase

la cambiaba totalmente... Zina tenía el poder de trocarse en estatua o en piedra al conjuro de su fría mirada de bruja..., o bien se sentía atraída hacia ella con todo su corazón inocente, como si fuera su verdadera *raya*. Las rebeliones de la joven eran juegos de niño, baladías frente al poder oculto que la dominaba, incluso cuando estaba la vieja ausente, o bien se interponían muros entre ambas.

Zina la cogió de la mano y Odette se dejó guiar dócilmente por los oscuros y tortuosos pasillos, que muy pocos conocían aun entre los iniciados en los misterios de aquel palacio. Hubo de encorvarse, bajar y subir peldaños y volver a bajar hasta las entrañas de la tierra, bordeando las monstruosas hiladas del templo, piedras apiladas por los antiguos Pelagos, sobre las cuales, civilizaciones desaparecidas desde millares de años atrás erigieron sus primeros altares. Por fin, Zina y Odette llegaron a los calabozos de los condenados a muerte, enjaulados allí entre barrotes.

Ante una de las jaulas Andrés vigilaba.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO XVIII

EL BESO EN LA TUMBA

HASTA este momento Odette fué intrépida, si bien su valor en el fondo era más bien alegría: ¡iba a volver a ver a su Juan! Por sí sola esta ilusión la hubiera llevado a través del infierno con la sonrisa en los labios. Quizás alguna vez se había imaginado el infierno como estas mazmorras, en que se veía a ras-tras espectros humanos o fantasmas que se incorpo-raban para ver cómo pasaban los vivientes envueltos en luz azufrada que parecía surgir del seno vertiginoso de la tierra por grietas cuya profundidad nadie sondó nunca tal vez.

Aquella tierra volcánica apestaba como la solfata-ra. La luz del cielo viene de arriba; la del infierno, de abajo.

Lo malo para los que arrastraban sus vagas som-bras detrás de aquellas rejas, era que no morían asfi-xiados por la diabólica y pestilente humareda... No: ¡allí se moría de hambre!

Algunas sombras esqueléticas aparecían agarradas a los barrotes como si hubieran terminado su suplicio en un postrer espasmo que las dejaba boquiabiertas... Zina desplegó un velo sobre la cabeza de Odette y la arrastraba con creciente celeridad, pero la reina no toleró que le celasen los ojos precisamente en el momento anhelado en que iba a ver a Juan...

Se quitó el velo, y al mirar lanzó un grito de horror... Vió allí a Andrés... Parecía el guarda omnipotente de aquel infierno... El espanto de Odette provocó aquel grito... Zina la apretó contra su pecho y la envolvió entre sus brazos, mientras que Andrés, adelantándose con paso amenazador, preguntó a la vieja con terrible acento:

—¿Qué vienes a hacer aquí con la *queyra*?

—Vengo a pedirte que la franquees la entrada del calabozo en que está encerrado el rumi—le respondió impávida la cingara.

—¡Estás loca, Zina!—repuso Andrés con siniestra befa, si bien algo sobrecogido—... Y ¿qué pretendes al solicitarlo?

—Quisiera que le abrazase antes de que muera. Es obra de caridad con los dos y Santa Sara quedará satisfecha...

Esta vez Andrés prorrumió en carcajadas... Pero Zina, pegando su boca al oído de Andrés, le murmuró unas palabras...

Ya no vió más Andrés, pero se sonrió y su sonrisa

era aún más horrenda... El gitano sacó del cinto un manojo de llaves, indicó una a Zina, se la puso en la mano y se alejó precipitadamente...

Cuando ya no oyó sus pasos, la vieja dijo a Odette:

—No tengas miedo. Ya se fué...

Y la arrastró, más bien que la llevó, hacia el calabozo de Juan.

Ahora es Zina la que vigila, hundida en las tinieblas del fatal pasillo que conduce a tantas agonías... Vigila mientras Juan y Odette mezclan sus lágrimas de dicha y desesperanza.

—Y yo que creía que ya no me amabas—suspiró la joven infeliz, desfallecida—... Esto es un crimen, Juan; ¡ay!, el más horrendo de los crímenes.

—No ha sido ella sola—pensó Juan lleno de remordimientos—la que ha cometido crimen semejante. Y quizás por ello lo esté yo purgando.

Pero ahora, al calor de aquel fresco aliento, ante la pureza de aquella frente, todas las horribles sospechas nacidas de la perversidad de Hubert y de los rasgos singulares de Rouletabille se esfumaban, se disipaban para siempre... Juan no tenía otro temor sino que Odette llegase nunca a sospechar que él abrigó alguna vez semejante pensamiento...

—Figúrate—le dijo Odette, estrechándole entre sus brazos—, figúrate que ese abominable Hubert me dijo que tú ya nada querías conmigo desde que supiste que era una gitanilla...

—Y ¿tú lo creíste?—le reprochó Juan con dolor...

—¡No!, ¡no!, ¡no le creí..., pero Hubert acudió con presteza, y acudió Rouletabille..., y de ti sólo oía hablar a ese miserable que me decía que ya te era yo indiferente! Mi dolor fué inmenso desde entonces... No sabía ya lo que pensaba... Me volvía loca... Sólo quería morir...

—¡Querida, querida mía!

—No podía ya soportar a ese Hubert; me apartaba de él con horror...; me devolvió a los bohemios... Y preferí esto a continuar con él. Pero lo terrible es que me ha devuelto para que los gitanos me obliguen a casarme a su modo y según esté escrito. Con todo, no tengo miedo, pues soy la *queyra*, y la *queyra* hace lo que quiere... Zina me lo ha explicado... Así, pues, es preciso, pues yo lo quiero, que estas gentes nos casen... Y Hubert será encerrado como se merece en este calabozo... Después de unas semanas de reflexión, le dejaremos que se vaya, y creo que ya no oiremos hablar más de él para siempre.

Juan oía aquella charla de pájaro con tan divino embeleso que lo olvidaba todo... Pero las últimas palabras le trajeron al horror de la situación presente y sonrió con tristeza:

—Amor mío—le dijo—, ¿ignoras acaso que cuando se entra en uno de estos calabozos ya no se sale?

—Pero como te hago rey...— exclamó Odette...

—Amor mío, embeleso mío, ¿nada te ha dicho Zina?

—¿Pero qué? ¿Qué pasa? Nada me ha dicho... Pero tú dímelo todo... Es menester que lo sepa todo... Soy la reina... Tengo derecho a saberlo todo...

—Pues bien: me han enterrado para siempre.

—No digas eso, no digas eso... Es absurdo... Aquí sólo mando yo...; ¿a qué te han condenado...?

—A morir...

Odette lanzó un grito:

—Cállate... Cállate... Eres mi Juan... Eres mi amor...

Pudieron condenarte no estando yo aquí... Pero ahora que estoy... todo va a cambiar... Basta que diga una palabra... Si supieses cómo me adora este pueblo... Se prosterna a mis pies... Besa mi ropa... Grita cuando paso: «¡Hosannah!»... Sólo con levantar el dedo... ¡Ah! Tuvo Hubert la excelente idea de traerme aquí... Como ves, así plugo a la Providencia... Dios está con nosotros... Estaba escrito como dicen los viejos ahí arriba en la catedral... Estaba escrito que te salvaría, Juan adorado... ¡Vamos! ¡Te han condenado a morir... ¡Pues bien! ¡Cómo los voy a coger! ¡Ya estoy viendo aquí la cabeza de Hubert! ¡Pero abrázame y no pongas esa cara tan triste! ¿Acaso estoy yo triste? ¡Ah! Dime..., por curiosidad, ¿a qué género de muerte te han condenado esos señores?

Le preguntó esto sonriendo muy valerosa.

—Me han condenado a morir de hambre.

—¡Horror!, ¡querido mío! ¡Y yo aquí charlando y bromeando!... ¡A morir de hambrel! Y no has comido

aún... ni almorzado... ¡Dios mío! ¿Desde cuándo estás aquí? ¡Esto es horrible! Y ¿cómo no me lo has dicho en seguida? ¡Zina, Zina!

Se precipitó a los barrotos llamando a la vieja y empezó a patear el suelo...

—Deja ya a Zina—le dijo Juan—... ¡Estamos tan bien solos!, y además son preciosos los minutos. Te digo que no tengo hambre...

—¡Zina!

La vieja acudió como alocada, indicándole con gestos que callase.

—Vete corriendo..., busca pan, leche..., trae lo que encuentres... dulces... ¿Qué quieres comer, querido?

—Nada, amor mío... Estás tú aquí... No tengo hambre de más...

—Te prometo—dijo la vieja, espantada, a Odette—que iré a buscar cualquier cosa cuando te marches... Ahora es preciso, ante todo, que te lleve a tus habitaciones... Ven, ven sin tardanza... Aun es tiempo... Quizás te hayan oído gritar...

—Pero yo no puedo irme en seguida... Y además no puedo irme sin mi Juan... Vete y busca al patriarca y al gran Consejo...

—¡Silencio!—ordenó la vieja pegando el oído al sótano—. Alguien se acerca... Oigo pasos...; bajan la escalera... ¡Cuidado!

Le hizo aún una señal y se sumergió en la sombra para el acecho.

Odette se echó de nuevo en los brazos de Juan...

—¡Morir de hambre!...—le dijo vertiéndole el llanto por el hombro—... ¡Ah!, querido mío... Te juro que no he de comer mientras tú no comas... Si mueres, muero yo también... Que mi padre me perdone...

Juan se estremeció:

—Tu padre, querida Odette..., tu padre... ¿Es posible que aún no sepas nada?

—¿Qué? ¿Qué ha ocurrido a mi padre? Háblame de mi padre...

Y como Juan callase, agregó:

—Tu silencio es para mí el peor agüero... Si no fuese así, no callarías... Habla, Juan—dijo con voz entrecortada—... Creía que ya no podía herirme ninguna desgracia más...

Entonces Juan le enteró del espantoso suceso. Por fin Odette conoció el drama de Lavardens.

—Ya no nos queda en el mundo—dijo derramando nuevas lágrimas—más que nuestro amor.

... Andrés había ido a entrevistarse con Calixta. La gitana no podía esperarle a aquellas horas. Sabía que a petición propia vigilaba a Juan y había cargado voluntariamente con la responsabilidad de la guardia del rumí condenado a muerte...

Tendida sobre la alfombra, se embriagaba con los perfumes que ardían en los pebeteros. Pensaba en el sentenciado a muerte y no en su guardián, al cual cada día temía más y cuyo amor violento la sobre-

saltaba, o más bien la llenaba de singular inquietud que la estremecía en cuanto le veía ante su presencia. No cesó un momento ciertamente de detestarlo, pero no le despreciaba..., no. Aun le estaba viendo en el bosque de Temesvar, blandiendo el cuchillo y dispuesto a matarla si se le resistía... El azar la salvó entonces..., pero aquel día, en aquel minuto, fué su dueño...

—¡Ah! Eres tú...—le dijo con bronco acento al reconocerle en la sombra por la que avanzaba—. ¿Qué me quieres?

—Mal recibes a tu prometido—dijo Andrés fríamente sentándose al lado de la gitana, cruzando las piernas y cogiendo y llenando la larga pipa turca.

—Aún no llegó el día de la boda—replicó secamente Calixta.

—Apostemos lo que quieras—repuso Andrés—a que mejor me hubieras recibido de saber que venía a decirte: «El rumí no quiere morir sin verte de nuevo.»

Calixta, como galvanizada, se irguió:

—¿Ha dicho eso?

—Que no me vea nunca la faz de Debla Temeata (la madre de Dios) si miento—dijo el cingaro—. El rumí me lo ha suplicado tres veces. Sin duda cifró en ti, Calixta, todas sus esperanzas... o bien te quiere sinceramente—agregó con risa burlona—y desea pedirte perdón antes de morir por la pena con que logró emponzoñarte el corazón. ¡Sólo por ti suspira el maldecido!

—No más discursos, Andrés. ¿Y qué le respondiste cuando pidió esto?

—¿Qué había de responderle, si llamó a mi buen corazón? Un camello, si apelase a mis sentimientos, me haría llorar. Le contesté que te transmitiría su ruego y se haría lo que te pluguiese. Bien sabía que ello iba a complacerte. Estás triste como para enterrar al diablo. Ya me lo pagarás con una sonrisa... Y por una sonrisa tuya, Calixta, inmolaría a mi *raya*.

—Bien, bien... Ya veremos eso después. ¿Entonces me consientes que le vea?

—¿Te he negado nunca nada?

—¿Verdad que me llevarás hasta él?

—Sí, pues va a morir—contestó Andrés secamente, levantándose y tomando la delantera.

Calixta le siguió febril. ¡Ah, si fuese cierto que Juan la amaba! Vense estas cosas a veces en los momentos supremos, allá en los últimos repliegues de la conciencia... ¡Quizás entre los dos no hubo nunca sino lamentable incompreensión, choque de dos orgullos en mortal combate! Bastaba que hiciese sólo un gesto para que ella, Calixta, hallase el medio de sacarle de aquella tumba.

De pronto se paró... Era hábito en ella que el pensamiento y el acto fuesen por polos opuestos, con espontaneidad contradictoria que tejía la desesperación y el desorden de su vida. Andrés se volvió y la contempló inmóvil y anhelante.

—¿Qué más?—preguntó bruscamente.

—¿Y si me llama para insultarme por última vez?
—expuso con timidez, bañadas las sienes de sudor.

—Es posible—contestó Andrés imperturbable—. No me ha comunicado sus proyectos. ¿Qué decides, pues?

—Si me llama para esto, no te lo perdonaré jamás
—le espetó mirándole con fiereza.

—Esta es la justicia de las mujeres—fué la consecuencia de Andrés—. Pues bien, quédate.

Pero bien sabía que no se quedaría. Y hasta simuló que se iba, como si aquel asunto no le concerniese.

—Andrés, ¿qué opinas tú que le has visto, tú que le oíste?

—Palabra de *balogard* (esta clase de bohemios, que sacamos anteriormente a colación, es harto conocida, en efecto, por sus principios austeros, su respeto a los tratados y hasta a la palabra empeñada una vez para siempre). ¡Palabra de *balogard*! Creo (y le dijo lo que creía inclinándose sobre ella y quemándola con la mirada, en que ardía el negro tizón del deseo), creo que cuando se tiene la dicha de abrazarte es cosa que difícilmente se olvida.

Acababa de decir lo que hacía falta.

—Pues bien; vamos, Andrés—dijo con imperativa impaciencia.

Pero Andrés cada vez se inclinaba más hacia ella:

—Y ¿cuál es el pago de mi trabajo?

—¿Qué quieres?

—¡Abrazarte!

No esperó el permiso. Calixta se defendió vacilante; pero le mordió al sentir pegada a sus labios, de modo salvaje, la boca de Andrés. Este la devolvió el mordisco. Ni el uno ni el otro gritaron; pero si llega a tener Calixta un puñal a mano, de seguro le atraviesa el corazón. Andrés, secándose el labio ensangrentado, se limitó a decir:

—Tomé mi parte; ahora te toca tomar la tuya. ¡Ven! El rumí tendrá mis sobras.

Y bajaron a los sótanos.

Sus pasos fueron los que Zina oyó en la escalera; pero creyó que Andrés volvía solo. La vieja, diabólicamente, le inspiró la idea de dejar solos a Odette y Juan un momento en el calabozo como excelente venganza contra Calixta, que no había dejado de amar a Juan, y como jugarreta cruel con la que se divertiría más tarde, contándole a la gitana este episodio, capaz por sí solo de curarle para siempre de la afición a los rumies. Pero Zina no sospechó un solo segundo que Andrés tuviera la audacia de ir a buscar a Calixta para que viniese a presenciar la escena... En este intervalo, Andrés corteja a Calixta, riéndose de la pasada que le está jugando.

La vieja quedó anonadada al columbrar a Calixta; pero no tuvo tiempo de avisar, y Andrés la echó a rodar después de hacerse con las llaves y... pasaron.

Misterioso resplandor, filtrado por invisible ventanal, se deslizaba por los muros variolosos y encajaba un rayo entre dos barrotes. Detrás de la reja, dos cabezitas en plena juventud se besaban con pasión... Aquello era un aguafuerte sobre fondo negro, algo extremadamente violento e infinitivamente delicado: un beso impreso por Reynolds; algo, en fin, que sobre todo causará hondo disgusto a Calixta...

CAPITULO XIX

LOS DOS RECURSOS DEL PATRIARCA

Hubo de desmayarse la gitana, pues es posible desmayarse de rabia como de dicha; pero, pasado el primer momento de sorpresa, recuperó todos sus bríos; y, animada por el sentimiento que le impedía, se abalanzó contra los barrotes y empezó a sacudirlos alocada.

Ante ella aparecía el cuadro de los amantes, sorprendidos y atemorizados, y detrás el de la risa de Andrés y los gritos de Zina, y, finalmente, la carrera de los guardias, que acudieron veloces al oír el tumulto.

Andrés se apresuró a abrir la reja del calabozo. Creyó, sin duda, que el furor de Calixta caería entero sobre Juan. ¡Error de rudimentaria psicología, pues la rabia de la mujer se dirige siempre contra la mujer en la primera arremetida! Calixta se abalanzó contra Odette; pero tropezó con los brazos de Juan, que se

interpuso... Odette no huyó, no; al contrario: sus uñas se clavaron, abriendo rojos surcos, en el rostro de Calixta, momentáneamente reducida a la impotencia por los puños de Juan, que la gitana mordía con saña. Los guardias dieron remate a la gresca haciendo salir a Odette, llevándosela a pesar de sus gritos, de sus arañazos y patadas.

Juan quedó de nuevo encerrado en el calabozo... Calixta volvióse airada y rugiente de venganza contra Andrés, que señalaba a Zina como única culpable de aquella despiadada intriga... Pronto se oyeron los gritos de Zina, tan desesperados como si la cortasen a trozos (y a pique estuvo de perecer desollada). En esto encerraron a Odette en sus habitaciones, y fue avisado el patriarca. Una hora después se presentó ante la reina, creyéndola ya calmada. Fue a verla con Hubert.

Viéronla acurrucada en un ángulo del diván, como bestezuela enfurruñada y rabiosa. Cerca se veía sobre la alfombra, en revuelta mezclanza, vajilla y cristales rotos. Fueron rodando por doquiera las bandejas en que le trajeron rosadas confituras y el *borj a la smítán*.

El patriarca contempló los estragos de la cólera real con mirada complaciente, y con inmenso respeto preguntó a su soberana, por mediación de Hubert, si tenía hambre.

—¡Sí, ¡tengo hambre!—respondió Odette—, pero

no comeré... ¡Que me dejen en paz! ¡Quiero morir de hambre, como Juan!...

E irguiendo la frente contumaz para destacar su adorable mueca, espetó a Hubert estas frases para que de una vez para siempre conociese a fondo el estado de espíritu de su amada:

—Y sepa usted que moriré dichosa, pues he visto ya a Juan y sé que no ha dejado nunca de amarme... Y ahora márchese usted... ¡Váyase, le digo!... ¡Le mando que se vaya!... No tengo más que decirte a ti y a tus patriarcas... Ea... fuera... Quiero que se me obedezca... ¡Soy la *queyral*!

Hubert, bastante maltrecho, iba traduciendo. El patriarca lo había comprendido todo. Adivinaba el sentido por el tono y por el gesto. Levantó la cabeza y dijo con gran calma:

—Tú vivirás, pues es preciso que las Escrituras se cumplan.

Dicho esto, salió de la estancia lleno de admiración por la reina.

—Es una auténtica gitana— dijo a Hubert cuando estuvieron solos—. ¡Ah, es de la raza! Da gusto verla y oírla.

—A usted, que no a mi—replicó Hubert con amargura—; y permítame que me asombre de su embeleso, pues no veo a la postre en todo ello cómo podrán las Escrituras...

—Veo con satisfacción—interrumpió gravemente

el sumo sacerdote —que le preocupan a usted las Escrituras... Pues bien, hay dos medios para evitar que las Escrituras no se cumplan... El primero depende de usted...

—Dígalo usted—expuso Hubert con celeridad bien comprensible.

El patriarca no contestó, pero depositó en la mano de Hubert la llave con la que acababa de cerrar el cuarto de Odette.

Hubert inclinó la cabeza sonrojado, pues era aún novicio. Sin embargo, dió unos pasos hacia el cuarto de la *queyra*, se detuvo un segundo y, volviéndose hacia el patriarca, subrayó:

—No me ha dicho usted el segundo recurso.

—Ya se lo expondré—contestó el patriarca—, si falla el primero...

Hubert entró en el cuarto de la *queyra*, pero no con alegre ilusión. Fácilmente se percató de que la llave que acababa de entregarle Feodor no era aún la de la dicha tan esperada. Aun sin la reciente conversación con Odette, conocía demasiado a la joven para no abrigar esperanza alguna de que se le entregase, dijérase lo que le dijere.

¿Emplearía la violencia? Era el último recurso, y le repugnaba, a pesar de su índole poco escrupulosa.

¿Daríale algo un momento de debilidad u ofuscación causadas por el espanto, por el miedo? Pero

bien sabía que Odette sólo en apariencia era débil y frágil. Entonces...

Pero no había venido de tan lejos ni hecho tanto para retroceder ante el primer obstáculo. Entró, pues, pero no hay que decir que no fué a banquete de boda...

Odette permanecía tumbada en el diván en que se echó, rabiosa y sollozante, en cuanto salió el sumo sacerdote.

No pensaba en Hubert, a quien de una vez para siempre le dijo su resolución, y bien podía comprender que nunca sería su mujer, sino en Juan, a quien a toda costa quería salvar. Al abrirse la puerta, Odette creyó que era Zina, su aliada en las últimas horas, y quedó aterrada al ver que era Hubert... Este, ya dentro, cazurrón y callado, cerró cuidadosamente con llave la puerta, y luego, lentamente, se volvió hacia Odette... Y lentamente Odette se incorporó y retrocedió hasta el ángulo del muro.

Hubert dió unos pasos con la frente baja y el ceño duro. La joven le gritó con voz enronquecida:

—No sigas..., no des un paso más.

Entonces Hubert levantó la cabeza y la vió como negro fantasma envuelto en el velo negro que Zina le echó por la espalda al penetrar en los sótanos del palacio.

Aquella fúnebre envoltura sólo dejaba ver una cabcita de cera con ojos inmensos, agrandados por la zozobra de lo que iba a ocurrir. Hubert dijo:

—No me tema usted.

—No le temo—le replicó Odette. De espanto le castañeteaban los dientes—. No, no le temo.

—Odette, si usted quiere, no tendrá esclavo más sumiso que yo.

—No quiero esclavos. Márchese usted. ¿Por qué ha vuelto? ¿No le despedí? No quiero volverle a ver nunca. Váyase, o grito.

Hubert sonrió con malicia.

—Sonríe usted, cobarde... ¡Ah!, ¡no dé un solo paso!; no... no pase de esa alfombra... o le juro...

Una larga aguja con cabeza de rubies sujetaba su velo. La desprendió y, abriendo la ropa que cubría su seno espléndido de juventud, apuntó al corazón el tallo sutil de acero. ¡Ya no temblaba!... Ya nada temía... Sobre todo, bien claro se veía que no temía a la muerte... Sus ojos quedaron extáticos, como si realmente entrasen en la agonía. Hubert se paró y se sentó, ahogando un sordo gemido.

—¿Cómo me odia usted!—dijo—. ¿Por qué? ¿Qué he hecho? Antaño, sin embargo, me amó usted...

—Es usted el más miserable de los hombres—le espetó Odette, sin cesar de oprimir el arma improvisada—. ¿Qué ha urdido usted para engañarme? ¡Inventó una conversación con mi padre...! Y mi padre murió, ¿Y lo que me dijo usted de Juan? Abominable, abominable. Es usted un criminal...

—Cierto—confesó moviendo la cabeza—, pero es

usted la que me hizo obrar así... No era yo tal en otros tiempos, cuando usted me amaba.

—¡Está usted loco! Yo no le he querido jamás.

—No diga usted eso; no diga eso, Odette. Recuerde usted mi partida. ¡Recuerde cuán triste quedó usted! Recuerde cuán felices éramos cuando corriamos solos por los campos y lanzábamos nuestros caballos a carreras desenfrenadas; cuando la Camargue era enteramente de nosotros dos... Usted entonces sólo se complacía conmigo... Luego todo cambió... ¿Cómo quiere usted que no cobije malas ideas? Escúcheme, Odette; ruégole perdone mis mentiras y mis intrigas... Bien las he pagado... No podía albergar en mi cabeza la idea de perderla a usted. Y aun ahora se lo digo: no la albergaré jamás... Se prevalieron de mi ausencia. Si yo hubiera estado allí, no hubiese ocurrido todo esto... Pues bien: haré por ganar el tiempo perdido... ¿Qué pido? Volver a ser su buen camarada de otros tiempos, el amigo en quien tenía usted puesta toda su confianza, el que la protegía a usted y hubiera dado por usted la vida... Mi vida es enteramente suya. Por la fatalidad de su nacimiento, arrostra usted una terrible aventura de la cual se me quería hacer responsable y en la cual me he enzarzado tan sólo para salvarla.

—¿Se atreve usted a decir eso? ¿Usted?—exclamó Odette indignada.

Hubert inclinó la cabeza abrumada y dijo con apagado acento:

—Hubiera huido con usted al fin del mundo si usted lo hubiese querido. Pero usted me rechazó... Entonces la traje aquí, convencido de que la hubieran hallado a usted de todos modos, y usted nada puede hacer para esquivar *lo que está escrito*...

—Igualmente no olvidaría usted en ese caso que está escrito que se dé en casamiento mi persona a quien me devolviese a los gitanos.

—¡Odette, Odette, así es! Escrito está que nos casemos; pero yo no necesitaba leer el Libro para saberlo... Grabado en mi corazón llevaba el hecho desde el día en que sus manecitas aplaudieron mi éxito en la herrada de Santas Marías... ¡Sí!—repitió sin levantar la cabeza—, hemos de casarnos... Nada puede usted contra este sino.

—Jamás, jamás; se lo juro.

Hubert, yendo de rodillas y tapándose los ojos con las manos, exclamó:

—Y yo, Odette, le juro que, una vez casados, la respetaré como el más humilde de sus criados... Le juro que sólo me presentaré ante usted para hablarle como esclavo sumiso; se lo juro yo, Hubert de Lauriac, rey de los mayores de la Camargue... Un gesto de usted me eclipsará completamente.

—¿Desaparecerá usted en seguida? —le espetó Odette harta de aquella declaración, capaz de conmovérsela, pero en la que sólo quiso ver, con crueldad infantil, hipócrita palabrería, sin más objeto que desarmarla.

Entonces Hubert se levantó con duro ceño:

—¿Esas son sus últimas palabras?

—Sí—repuso Odette—; las últimas antes de mi gesto final.

Y púsose a blandir la larga aguja.

Hubert lanzó a la joven feroz mirada; ronco estertor brotó de su garganta; se cerraron sus puños y, de pronto, una oleada de sangre tiñó su faz de encendida púrpura.

Odette temió que se abalanzase sobre ella, pero de pronto Hubert se volvió bruscamente y salió. Andaba como borracho. Pidió que le llevasen a ver al patriarca, y ante éste se presentó en tan lamentable estado.

—Bien veo—repuso Feodor mirándole con piedad—que ha fallado el primer recurso. Déme la llave, joven amigo—agregó con indefinible sonrisa.

Hubert le echó la llave, con un gesto nada respetuoso.

—Cálmese usted—insistió con dulzura Feodor—, pues si en este estado le pone el primer recurso a que hemos apelado, ¿qué será de usted cuando se entere del segundo?

—He venido a preguntarle a usted cuál es ese segundo medio...—murmuró Hubert—y si de mí depende...

—Desgraciadamente para usted, de usted no depende, querido...

El sumo sacerdote, pronunciadas estas palabras enigmáticas, se levantó, haciendo una señal.

Entró un guardia y se llevó a Hubert, por momentos más deshecho y singularmente desasosegado por las últimas palabras de su patrón.

Cuando entró en el cuarto de palacio en que se le tenía alojado, vió allí a Calixta.

La gitana llevaba alzado el velo para que al punto se la reconociera.

—Señor de Lauriac—le dijo en voz baja y después de percatarse de que nadie les oía—, ya sabe usted quién soy. Usted quiere a Odette, y yo la odio... Yo haré en favor de usted, por odio, lo que usted desea por amor... Quiero que usted se case con Odette... Es preciso, pues, que usted no me oculte nada de lo ocurrido entre usted y el patriarca... ¿Qué le ha dicho a usted?

Hubert remiró un segundo a Calixta. De nuevo otra asociada... Lo que *El Pulpo* le prometiera hacer por Rouletabille, Calixta se ofrecía, a su vez, realizarlo por causa de Juan. Pero ni una ni otra, al cabo, le servían para nada. Ya no supo más de la señora de Meyrens; y al fin, ¿qué podía hacer en favor suyo Calixta?

Levantó los hombros, y tuvo aún valor para chancearse.

—Todos quieren casarme con Odette—dijo—, pero lo malo es que Odette no quiere casarse conmigo... y

contra esto nada podemos ni usted, ni yo, ni las Escrituras...

—Y ¿el patriarca?, ¿qué le ha dicho el patriarca?—repitió con impaciencia.

—¿El patriarca? Al parecer dispone de dos medios para lograr que se cumpla la profecía de las Escrituras...

—¿Y qué?

—Pues puso a mi alcance el primero, pero... sin éxito—declaró con siniestra mofa.

—¿Y el segundo? ¿Le ha dicho algo del segundo?

—Me dijo que ése no me concierne...

—Pues bien..., he venido a hablar con usted..., pero antes necesito saber...

—Sepa usted que Odette está dispuesta a suicidarse antes de entregárseme... Este es mi trance... Escúchelo a usted.

—Ha de saber usted que, antes de franqueársele a usted el cuarto de Odette, los ancianos celebraron consejo y convinieron en dar a la *queyra* el esposo anunciado por el *Libro de los Antepasados*... Si el señor Hubert de Lauriac no puede ser su esposo, lo será otro... Esto hay...

Hubert se irguió, y con gesto brutal asió la mano de Calixta.

—¿Otro?, ¿qué otro?

—El que ama Odette.

—¡Juan!

—¡Sí, Juan!, pues no quiere a otro.

—Pero eso es imposible—murmuró Hubert—. ¡Ah!, ¿vino usted aquí a burlarse de mí? ¡Cuidado!

—Nada lo impide, si Juan consiente en vivir aquí en calidad de «príncipe consorte»... Ya se arreglará todo para que Odette se escape y Juan se lleve a Odette... Tan sencilla es una cosa como la otra... Usted comprenderá que no titubearé entre Odette y la muerte...

Hubert estrujó la mano de la gitana.

—¡Calixta! ¡Calixta! Usted no ha venido a decirme estas cosas sin un plan..., sin un propósito...

—¿Mi plan? Es tan sencillo como el suyo—susurró friamente—. Es preciso que Juan muera mañana al amanecer.

CAPITULO XX

Haremos cuanto mal se nos ordene,
y aún más quizás...

SHAKESPEARE: *El mercader de Venecia.*

CUADERNO de Rouletabille: «¡Qué dedalo este de Sever-Turn! Suerte tendremos, y no poca, si salimos de él algún día. Bien sé que tengo la joya cingara, que es como un «ábrete, Sésamo» de este laberinto diabólico, pero la he gastado ya mucho, y, además, nadie ignora que es mucho más fácil entrar en un laberinto que salir de él.

»Lo malo es que hay en esta horrible historia otro *signo* que nos es tan fatal como propicio, el que saco de mi bolsillo, y es el *signo* de la corona. Realmente existe y hermoso, ¡digase lo que se quiera!, y que no es menudo: mayor aún que un garbanzo. Es una corona real, perfectamente dibujada, no menor que la yema del dedo meñique; una corona que nuestra infeliz Odette tiene debajo del omoplato izquierdo.

•Se comprende que no se la haya visto nunca, pues

—¡Sí, Juan!, pues no quiere a otro.

—Pero eso es imposible—murmuró Hubert—. ¡Ah!, ¿vino usted aquí a burlarse de mí? ¡Cuidado!

—Nada lo impide, si Juan consiente en vivir aquí en calidad de «príncipe consorte»... Ya se arreglará todo para que Odette se escape y Juan se lleve a Odette... Tan sencilla es una cosa como la otra... Usted comprenderá que no titubearé entre Odette y la muerte...

Hubert estrujó la mano de la gitana.

—¡Calixta! ¡Calixta! Usted no ha venido a decirme estas cosas sin un plan..., sin un propósito...

—¿Mi plan? Es tan sencillo como el suyo—susurró friamente—. Es preciso que Juan muera mañana al amanecer.

CAPITULO XX

Haremos cuanto mal se nos ordene,
y aún más quizás...

SHAKESPEARE: *El mercader de Venecia.*

CUADERNO de Rouletabille: «¡Qué dedalo este de Sever-Turn! Suerte tendremos, y no poca, si salimos de él algún día. Bien sé que tengo la joya cingara, que es como un «ábrete, Sésamo» de este laberinto diabólico, pero la he gastado ya mucho, y, además, nadie ignora que es mucho más fácil entrar en un laberinto que salir de él.

»Lo malo es que hay en esta horrible historia otro *signo* que nos es tan fatal como propicio, el que saco de mi bolsillo, y es el *signo* de la corona. Realmente existe y hermoso, ¡digase lo que se quiera!, y que no es menudo: mayor aún que un garbanzo. Es una corona real, perfectamente dibujada, no menor que la yema del dedo meñique; una corona que nuestra infeliz Odette tiene debajo del omoplato izquierdo.

•Se comprende que no se la haya visto nunca, pues

en Lavardens no se gastan los juegos de espejos que en París suelen verse en las salitas de aseo de algunas coquetas...; pero que nadie le llamase la atención sobre ello, que su camarera no le dijese palabra, que Estefanía me mintiera... he aquí lo que se presta a prolija reflexión...

»Reflexionemos, pues, ya que dispongo de tiempo. Apenas tuve el preciso para desaparecer después de la famosa escena del templo... Seguramente, si a los gitanos no le absorbe la obsesión de su *queyra*, me triturar; pero, como se dice en estrategia, tomé la precaución de asegurar mi retaguardia, y así me fijé en una escalerilla que bordea el tercer pilar de la izquierda, por la cual me fué fácil llevar a cabo con rapidez una hábil retirada.

»Sabía que por ella podía llegar a un terradillo, del cual me descolgaría a un patizuelo en comunicación directa con el exterior...

»Sólo tenía que subir unos veinte peldaños. Quiso mi buena o mala estrella que en cuanto me lancé a subir oyese lentos pasos por encima de mi cabeza, y en vez de subir, bajé... bajé tanto, que pronto me vi en los cimientos del edificio, y, como seguía oyendo cada vez más cerca los pasos, eché a correr por el primer pasillo que vi... De pasillo en pasillo y de sótano en sótano, al cabo de unos minutos me vi en el palacio de los patriarcas. Este enorme edificio debe de ser tan viejo como el mundo... En todo caso com-

prueba cuánto se ha escrito sobre la arquitectura subterránea de las fortalezas de la Edad Media y sobre las precauciones tomadas por los dueños para poder vivir en los sótanos en momentos aciagos, o bien disponer de fácil huida a la campiña de los alrededores.

»Corre parejas con la lobreguez infausta de la mazmorra un hedor particular de azufre, que sólo he percibido aquí. Los subterráneos de Sever-Turn son la madriguera del diablo. No iba a ceder a la impresión de este laberinto, por lóbrega que fuese, después de haber pasado *con dignidad* por los calabozos del señor Gaulow. De trecho en trecho, una lamparilla arde en una linterna adosada a la pared... De pronto, una puerta, o más bien una reja, tras la cual veo una escalera, de lo que colijo que es frecuente el tránsito por aquí. Con tal esperanza aguardo los sucesos escondido en un vano, al que me he acogido.

»Hace una hora ya que espero... Sí; espero que alguien me abra esta cancela *que me separa de Odette*... Espero apoyándome con firmeza «en la buena conciencia de la razón», que hace un momento por poco se me escapa, y a la cual ahora me agarro con más decisión que nunca.

»También sujeto con no menor fuerza la browning... que al fin... Oigo de nuevo pasos...

»¡Hola, hola! He ahí un noble anciano que no me es

»Miercido... ¡Vamos!, es nuestro querido bibliote-

cario, el ilustre poliglota, el mayor sabio de Sever-Turn. Sin duda va a su cuarto después de la ceremonia, pues aún ostenta su uniforme de gala... su dalmática de anchas mangas y un birrete con ínfulas, traje con el que parecen estos ancianos del gran Consejo diablos bizantinos... Estos suntuosos oropeles no deslucirían una colección del barrio de Poissonnière y podrían serme útiles para alimentar más adelante un grato recuerdo... ¿Llegaremos a entendernos? Por él, lo espero...

»Es notable que estos encopetados dignatarios, a pesar de la solemnidad de sus funciones, conserven en su cara y en sus modales cierto aire astuto y chancero peculiar de la Raza... Ya observé esto en el mismo Feodor... Por patriarca que sea, no hay que olvidar que es el patrono de los *Balogards*, que en el género humano no tienen iguales y semejantes en el arte de la superchería. Este que se acerca no parece temible, a juzgar por su cara. Más bien parece truhán que malvado: delata más astucia que ferocidad. Sus ojos negros y vivos, su mirada cinica, la sonrisa sardónica, perenne en sus labios, le dan cierto tono *sutil*, que me tranquiliza... Quizás fué chalán antes de ser bibliotecario. En todo caso dió, sin duda, mucho que hablar en ferias y mercados. Ea, trabemos con versación.

»¡Bien! Este querido bibliotecario nos ha entedebe en seguida a mí... y a mi browning... Sólo meo com-

dido que le ate de modo adecuado... de suerte que nadie pueda acusarle de complicidad en mi empresa, y me ha suministrado con su traje un poco complicado y sus ínfulas los lazos precisos para ello... Me ha obligado a prometerle también, cuando le hube dejado en el vano que fué hasta ahora mi refugio, que vuelva a buscarle allí lo más pronto posible, que le devolviese la dalmática, que tiene en gran estima, al parecer, y que a nadie contara el lance, si la trama de los sucesos permitía no divulgarlo...

»Cuando todo se lo concedí, me recompensó dándome, además de la llave de la cancela, algunas útiles instrucciones para que no me perdiera en aquel dédalo... ¡Hasta la vista y gracias!...

Aquí hay un blanco en el cuaderno, y luego siguen las notas:

»No tropecé con ningún obstáculo... Gran agitación en el palacio; la instalación de la *queyra* lo puso todo en vilo... Me aprovecho del desorden para escurrirme por los cuartos... Sorprendo a Calixta en el momento en que desuella a Zina... La dejo allí medio muerta al pie del gineceo... ¡Con tal de que no la haya rematado! No...; respira aún... Estas viejas gozan de una vida resistente a toda prueba... La levanto... la acaricio... Abre los ojos y procuro que me reconozca...

»—Ahora me toca curarla a usted. Acuérdesse de New-Wachter...

»Mientras restaño sucintamente sus heridas, trabo

con la vieja una conversación muy interesante... Me entero de lo que acaba de ocurrir en el calabozo de los condenados a muerte... ¡Pobre Juan! Pero, como siempre, primero Odette. Y la vieja, apoyándose en mí y a rastras, me lleva al cuarto de la *queyra* por los pasillos de la servidumbre... ¡He visto a Odette!

(Hay aquí unas líneas cuidadosamente tachadas, como frecuentemente hacía el repórter cuando confiaba al cuaderno, al correr de la pluma, impresiones sobre la señorita de Lavardens.)

«Dejo a Odette con Zina... a pesar de sus ruegos, pues la vieja de nuevo la infundió pavor. Realmente, aquella vieja desgredada, ensangrentada, con su mirar de loca, que hipnotiza a Odette, causa espanto... Quise quedarme, pero me arrojó: «Vete, vete; necesito quedarme sola con ella.» Y huí para no oír más el *suspiro angustioso, el extraño jadear de la pobre niña, tan incapaz de oponer resistencia a la mirada de Zina, como la paloma al ojo circular y fijo del gavilán...*»

(Otro blanco, y más abajo estas líneas:)

«¡Esa Calixta! La columbré en la puerta al salir de un conciliábulo con Hubert, que parece aquí ya hospedado. Se le acercó una vieja parecida a Zina, que besó los pies y manos de Calixta y le masculó al oído unas palabras con voz enronquecida, que salía de su boca desdentada como el canto de un sapo... «Esté usted tranquilo—dijo Calixta a Hubert—. Esta colma nuestros deseos... ¡Si pudiese matar al rumi dos veces!»

»Decididamente es preciso que me ocupe de Juan al punto... Si; es menester, cueste lo que cueste, ganar unas horas...»

(Otro blanco, y luego:)

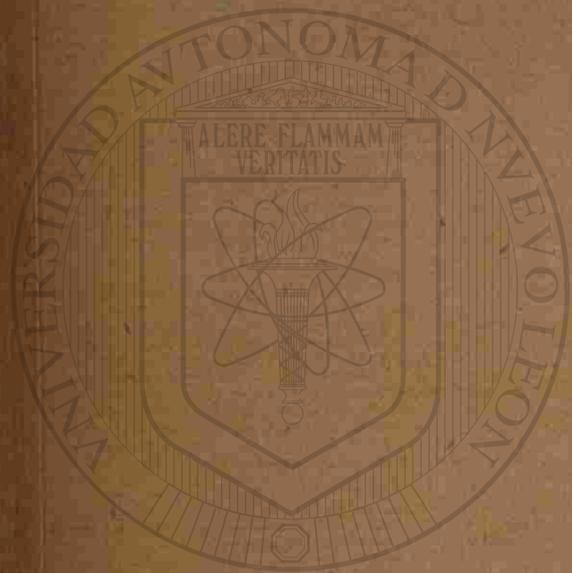
«No he perdido la noche... Me lo he jugado todo para decir dos palabras a Juan a través de la reja de los condenados a muerte... dos palabras muy provechosas...»

»Por la mañana he visto que el botones del hotel de los Balkanes llevaba un pliego para Hubert... ¡Ojo! ¡Ojo a *El Pulpol*!»

ANIL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DE BIBLIOTECAS



CAPÍTULO XXI

UNO DE LOS MODOS USADOS EN SEVER-TURN DE SUMINISTRAR PAN A LOS ENCARCELADOS

EN la mañana siguiente al día en que vimos la realización de tan magnos sucesos en Sever-Turn, el señor Nicolás Tournesol estaba afeitándose en su habitación del hotel de los Balkanes, cuando de pronto se abrió bruscamente la puerta y apareció Rouletabille...

— Señor Nicolás Tournesol, ¿me permite?

— Señor Rouletabille...

— ¡Ah, señor! ¿Me conoce usted?

— Señor, conociendo, como conozco, a todo el mundo, sería sorprendente que no conociera al más célebre repórter de Europa... Siéntese usted, pues, mientras termino mi aseo... no me molesta usted... Ya le vi a usted... Le vi ayer en la basílica de Sever-Turn, y a fe mía que celebro verle hoy aquí, pues creí que no le vería ya más... Ha de saber usted, señor, que

estas gentes le llevan a usted entre cejas; debo aconsejarle a usted que tome las de Villadiego.

—¿Villadiego?

—Sí... Un país hipotético... ¿No me entiende usted?

—¡Oh, sí, sí; encantador! Dispéñeme usted.

—No hay de qué... Esa es una expresión como los chistes provincianos que hacían los Gaudissart... Señor, yo soy el último viajante de comercio... Y vendo de todo... Soy el elemento arterial, me atrevo a decir, del fabricante, del consignatario, del comerciante al por mayor, el *vade semper de todo, de los desechos* y de los saldos... Permítame, señor, que le convide a algo... ¿Puedo saber a qué debo el honor de su visita?

—¡Se trata de un grave asunto, señor! Vengo a buscarle a usted como francés. Usted es aquí el representante de Francia, señor Tournesol...

—Dios mío —exclamó Tournesol, modesto por primera vez en su vida—, yo represento más bien una buena marca de champán...

—He aquí, señor, de qué se trata, y usted me comprenderá en seguida... Ya que usted presencié los sucesos de ayer, huelga subrayarle que un francés, el señor Juan de Santierne, ha sido condenado por el Consejo Supremo a ser encerrado en un calabozo, para morir allí de hambre...

—Señor, esto no ha ocurrido en mi presencia; pero en fin, lo creo por su palabra... No., no asistí a la con-

denación de ese desgraciado joven, pues llegué al templo en el momento de la proclamación de la reina, contra cuyo acto le vi a usted protestar con energía...

—Señor Tournesol... Se está perpetrando un doble y abominable crimen.

—Es posible —repuso el señor Tournesol anudándose la corbata y haciendo visajes en el espejo—. Todo es posible *en política*.

—Señor, vengo ahora de casa del cónsul de Valaquia, que me ha contestado exactamente lo mismo que usted; esto es, que todo es posible en política; respuesta que, ciertamente, no me ha sorprendido.

—¡Cuánta razón tiene usted, señor! Si nosotros interviniésemos en la política interior de los pueblos, no habría posibilidad alguna de relaciones internacionales... El comercio se paralizaría...

—Se suspendería la venta de champán...

—¡Ay, señor! ¡A quién se lo dice usted! A poco la política me arruina... *¡Si no se llega a encontrar a la reina!*

Rouletabille se levantó para marcharse. Tournesol le detuvo.

—Pero no se vaya usted así... Le aseguro que si en algo puedo servirle...

—No; no puede usted servirme. Al salir de la casa del cónsul de Valaquia, pregunté en el hotel si había aquí un francés. —Sí—me dijeron—, hay uno: el señor

Tournesol. > Pues bien, señor, me engañaron; aquí no hay un francés, sino un viajante internacional de comercio. Como no he de comprarle nada, me marchó... Adiós, señor Nicolás Tournesol.

—Señor Rouletabille—exclamó el comisionista, desconcertado ya por los remordimientos, porque en el fondo, bajo sus apariencias un poco cínicas, el señor Tournesol tenía el mejor corazón del mundo—, por Dios, no me deje usted así... Sí; lo que se está urdiendo es abominable... y yo quiero ser su amigo... y quiero ayudarle, por funestas que sean las consecuencias para mí. ¿Qué he de hacer?

Rouletabille se volvió y le estrechó la mano.

—Es usted un valiente—le dijo—y ya no dudo en confiar en usted. ¡Comprendo su situación! El caso es que, sin culpa por parte de usted, sus intereses son opuestos a los nuestros.

—No me hable usted de mis intereses, señor. Me avergüenzo de haber reparado un momento en ellos tratándose de dos desgraciados jóvenes... de dos franceses. A fe de Nicolás Tournesol... soy el hombre que usted busca.

—Señor, me entrego enteramente a su buena fe... ¿Es cierto que está aquí una señora de Meyrens?

—Sí; una mujer encantadora, exquisita, con la que ando muy bien por cierto y con la que espero... En fin, señor, sin ser indiscreto... al cabo un parisién me dis-

culpará... no he de ocultarle que si me ve tan atareado en mi aseo... (y al decir esto el señor Nicolás Tournesol, un poco sonrojado, echó unas gotas de esencia en el pañuelo).

—Pues bien, señor Nicolás Tournesol, la señora de Meyrens es mi peor enemiga.

—¡Diablo! Sí que es un contratiempo.

—Si usted conociera mejor a esa señora—siguió diciendo Rouletabille—, ya se habría preguntado qué ha venido a hacer en Sever-Turn.

—Por Dios, señor Rouletabille, no soy tan curioso; y tratándose de una mujer encantadora, me basta con que acepte...

—Comprendido, comprendido... Pero como sé que ha venido aquí para perderme y perder a mis amigos, usted, a su vez, comprenderá que yo he de ver las cosas en otro aspecto... No se encele usted, pues, señor Tournesol, si le ruego que me indique el cuarto de esa sugestiva señora y si entro en él para obtener una explicación quizás definitiva.

—Señor—replicó el comisionista con gracejo un poco triste, pues Rouletabille, a la postre, acababa de trastornar muchas cosas—, si usted para entrar aquí no tuvo más que empujar un poco la puerta, ello fué así porque estaba sólo entornada, y estaba entornada porque, mientras me afeitaba, no quitaba ojo de la puerta del cuarto de la señora de Meyrens... ¿Estamos? En ese segundo del pasillo, ahí enfrente.

—Gracias, señor—dijo Rouletabille—. Oiga lo que oiga, le ruego que no intervenga.

—¡Oh!, señor, nada diré, pues voy a bajar en seguida... Me desesperaría estorbarle. Sólo le ruego que no diga a esa señora, para mí sugestiva, se lo repito, que yo le he indicado su cuarto. En realidad, no creo, señor, que sólo por obtener de mí este informe, que le hubiera podido facilitar cualquier camarero, haya venido usted a buscarme.

—No, señor Tournesol; vine para confiar a usted este precioso depósito.

Y Rouletabille le entregó un paquete, bastante voluminoso y cuidadosamente cerrado, en cuyo sobre se leía:

«Para remitir a París y entregar directamente al ministro de Estado.»

—Sepa usted, señor Tournesol—empezó a explicar con calma el repórter—, que desde que llegué al patriarcado me ha sido imposible comunicarme con otro país, y en el combate decisivo que vamos a entablar con la vieja barbarie, tenemos mis amigos y yo, de ciento, noventa y nueve probabilidades de perecer. Merced a usted, señor, mi país se enterará del crimen cometido contra tres compatriotas, y el mundo sabrá cómo murieron el señor Juan de Santierne, la señorita Odette de Lavardens y su servidor, José Rouletabille.

Conmovido por tal confianza, iba a decir el señor

Tournesol algunas memorables frases, cuando Rouletabille llamaba ya a la puerta del cuarto de la señora de Meyrens.

El comisionista le vió entrar.

—¡Caramba! Va a ocurrir alguna villanía que no me concierne. En espíritu estoy con este joven; pero el corazón me arrastra a la señora... ¡Y qué cosas más desagradables me ocurren esta mañana!

Y huyendo de mezclarse en este negocio, al cual le ataba demasiado, según él, su buen corazón, bajó al bar, después de dejar bajo llave el precioso depósito de Rouletabille.

Había ya apurado varios *cocktails*, rumiando sus pensamientos, cuando por la ventana recayente a la acera del parador columbró, bajo la bóveda de una serdía y ante un escaparate de muestras, a la señora de Meyrens, que estaba comprando telas a un judío sirio.

—¡Tatel!—se dijo Tournesol—. Ya caigo...

Y cuando se disponía a ir al encuentro de la citada señora, vió cómo ésta se despedía del judío sirio y fué a dar una palmadita en la espalda de un joven extranjero que a duras penas se abría paso entre la muchedumbre... El joven parecía encaminarse hacia el hotel. El hombre y la mujer entraron juntos. La señora de Meyrens, con el velo desprendido, andaba con rapidez.

Iban tan preocupados que pasaron junto al comisionista sin reparar en él. En fin, vió claramente el se-

ñor Tournesol que la señora de Meyrens llevaba al extranjero a su cuarto.

—A mí solo no se franquea esa habitación—se dijo el infortunado Tournesol.

Y de pronto, golpeándose la frente, agregó:

—Pero si yo conozco a ese fantoche... Si es el que ha devuelto a la *queyra*... ¿Qué ventilará la señora de Meyrens con este aventurero?

Lo primero que dijo a Hubert la señora de Meyrens cuando estuvo a solas con él en el cuarto, cuya puerta cerró cuidadosamente, no fueron gratas cortesías:

—Le he llamado porque sé lo que ocurre en palacio, donde no hace usted más que tonterías... Usted no poseerá jamás a Odette a la fuerza, querido...

—¡Oh!—exclamó Hubert con amargura—, ni a la fuerza ni de ningún modo... Bien lo sé; pero nos vengaremos.

—¿Qué vale la venganza que no le da la victoria?—subrayó *El Pulpo*—. Voy a indicarle el medio de lograr a Odette... Bastará que usted le diga: «Juan va a sufrir la muerte más atroz. No le perdonarán ninguna tortura; pero se salvará si te avienes a ser mi mujer... Lograré que se le ponga inmediatamente en libertad.»

Hubert dió un brinco al oír estas palabras:

—Si no es demasiado tarde...

—¿Qué quiere usted decir?

—Calixta ha debido suministrarle esta mañana un pan envenenado.

CAPITULO XX

¡Ah!, si llega a ser un día mi prisionero,
no querré que perezca: le querré vivo;
querré que una dulce venganza calme
la exaltación que me agita.

La Jerusalén Libertada: Canto III.

HUBERT se abalanzó a la puerta para salir de aquel cuarto en el que acababa de oír a *El Pulpo* un consejo que le henchía de esperanzas, pero que, ¡ay!, llegaba quizás un poco tarde. La señora de Meyrens le cerró el paso.

—Cálmese, señor de Lauriac—le dijo con su sangre fría imperturbable, salpicada de ironía, que contrastaba con la agitación turbulenta del antiguo «mayoral» de la Camargue—; si es Calixta la que ha de acabar con Juan, éste aún no ha perecido. A pesar de ser su verdugo, ya verá usted cómo la gitana idea el medio de salvarle... ¡Suministrar a Juan un pan envenenado! A la postre, ella sí que se envenenará. Ya lo minaba usted... ¿o le conoce usted: transpira venganza por todo el pa...

dos sus poros. Si le dijese a usted que el hecho ya ha ocurrido esta mañana...

—¿Qué hecho?

—Calixta logró hacer llegar a manos de Juan un pan envenenado.

—¿Y qué?—preguntó *El Pulpo* sin emoción aparente.

—Juan se negó a probar el pan.

—Pues bien, esté usted tranquilo... ¿A qué ese desasosiego? Ya ve usted que nada hay perdido.

—Pero, desgraciadamente... usted no sabe lo que urdió Calixta. Viendo frustrada la primera tentativa, apeló a otro intento, haciendo llegar a manos de Juan el pan con la contraseña de Odette, la cual, naturalmente, exige a todas horas que lleven alimentos a su querido prisionero.

—¿Calixta conoce la contraseña?—preguntó con un cambio en el tono de voz la señora de Meyrens.

—¡Oh!, debe de conocerla...

—Ea, pues, corra usted...—exclamó *El Pulpo* temblorosa.

El señor Nicolás Tournesol, que continuaba muy melancólico en el bar apurando el cuarto *cocktail*, vió con honda satisfacción cómo pasó ligero ante sus ojos aquel singular aventurero que acababa de permanecer encerrado con la señora de Meyrens, h la cual Tournesol se sentía cada vez más atra un despecho de cuanto se decía de la dama y d'

le había informado Rouletabille. El extranjero atravesó veloz la sala, abriéndose violentamente paso entre la muchedumbre que llenaba el parador, atropellando a no pocos y recogiendo las maldiciones de una turba de cingaros atentos al espectáculo de dos músicos que ajustaban tonos y cuentas a punta de cuchillo.

Subió a caballo de un salto, y escapó, derribando cuanto se le ponía por delante. En aquel momento, el señor Tournesol reparó que tenía a su lado a Rotletabille.

—¡Qué prisa lleva!—dijo al repórter, señalando a Hubert, perseguido por el vocerío del populacho—. Y usted, ¡qué pálido está! ¿Qué le ocurre?

—Me ocurre que acabo de oír la conversación de la señora de Meyrens y de este miserable—le respondió el periodista con el más lúgubre de los tonos—. Es preciso que usted sepa cómo se llama ese hombre, para que usted pueda dar fe más tarde si las cosas *acaban mal, y yo con ellas...* Se llama Hubert de Lauriac, muy conocido en las Camargues. Obra suya es, en parte, el crimen que le he denunciado a usted, y el mundo, al parecer, contempla impotente. Ya que usted ha presenciado la llegada de la *queyra* al templo, huelga que le entere de más... Sepa, además, si usted no lo ha adivinado aún, que auxiliar suyo en la abominable empresa es esa señora de Meyrens, que a usted le parece tan encantadora... ¡Ah!, señor Nicolás

Tournesol, no se fie usted de las mujeres. No se ocupe más de la señora de Meyrens...; éste es el último consejo que le doy.

—A fe mía, que tiene usted razón. Sentía la comezón de ir a verla... pero la veo más propicia a atender a sus cosas que a oír mis frivolidades. Y, además..., me va por la cabeza que se burla de mí... Tiene un modo de mirarme con el rabillo del ojo, como si le pareciese un poco... sí... un poco ridículo. Esto molesta siempre a un enamorado. Afortunadamente... no estoy del todo enamorado. Hasta la vista, y gracias... pero ¿adónde va usted? Seguramente, si llegan a reconocerle, señor Rouletabille, va a pasar usted un mal rato. ¿No teme usted que le encarcelen?

—Sí—contestó Rouletabille—; eso espero.

Y salió del hotel, encaminándose a palacio. Su paso era lento, y su palidez extremada. Como dice en su cuaderno de notas, en aquel momento estaba en manos de los dioses.

Cuaderno de Rouletabille: «En esta hora no tengo más remedio que dejar obrar al destino. Todo cuanto concierne a Odette, como lo que se refiere a Juan, ha de cumplirse. Percen o se salvan. No está en mi mano decidirlo... O el éxito corona mis medidas de ayer, o mi obra queda reducida a la nada... ¿A qué apresurarme? ¡Ay!, me temo la catástrofe... No se me ocurrió que pudieran abrigar la infernal idea de pedir a Odette esa maldecida carta... ¿Ha rechazado Juan

todo alimento a pesar de la misiva? En esto estriba todo. Quiero creer que sí. Al descubrir el execrable conato de Calixta y de Hubert, esta noche, tuve la suerte de poder acercarme a Juan unos segundos, y decirle a través de la reja: «No pruebes nada de lo que te traigan a escondidas. Quieren envenenarte.» Pero ¿qué hará si le llevan con el pan unas letras de Odette? ¿Habrá ya terminado todo? Ahora bien: la muerte de Juan es la muerte de Odette. Ya no me llamará en su socorro... Ya no me gritará: «Ven, querido Zo.» Me siento fatalista. También yo navego, al parecer, entre la vida y la muerte con espantosa indiferencia. Todo me es igual, habiendo hecho ya cuanto podía hacer. ¡Sorprendente destino! Ahora la vida de Juan y de Odette está en manos de Hubert... ¡Con tal que llegue a tiempo!

En aquel momento Hubert llegó como una tromba a palacio, y cayó sobre Calixta, que se negaba a recibirle, abriendo violentamente la puerta a pesar del vocerío de la servidumbre, soliviantada. Tropezó allí con una mujer, a la que no reconoció. Brillaban en su cara de mármol ojos de loca, y su cuerpo, inmóvil y rígido, yacía tendido en tierra, como una estatua derribada. La mujer clavó en él una mirada ardiente, de indecible odio. Hubert comprendió que todo había acabado, que se había consumado el crimen y que nunca se le perdonaría la muerte de Juan.

—¿Ya no hay remedio?—exclamó jadeante.

La mujer no le respondió; permanecía inmóvil. Se la creería muerta, sin las ascuas de sus ojos terribles. Y quién sabe si se había también envenenado, esperando su fin simultáneo con otra muerte.

—Por nuestra culpa lo perdimos todo—le dijo a gritos a Hubert—. Hemos sido unos estúpidos. Debí haber prometido a Odette la vida y la libertad de Juan a condición de que se me entregase... ¿Llegué tarde?

La mujer se irguió, o más bien brotó como un tallo del lecho florido de tapices y almohadones en el que prolongaba, al parecer, su agonía; llamó y dió órdenes a las mujeres, que en seguida se dispersaron alocadas, y a poco vióse que se acercaba un criado con el gorro encasquetado hasta las orejas, los párpados cargados, colgante el belfo y con muecas de esclavo. Por él se enteraron que Juan, leída la carta de Odette, tomó el pan... Lo ocultó entre la paja del calabozo, porque en aquel momento llegó otro guardián, y a poco Andrés.

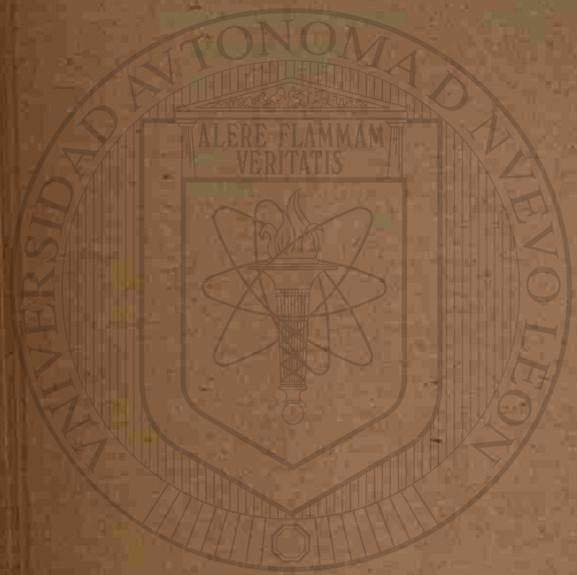
Calixta lanzó el mismo grito que la señora de Meyrens.

—Corre—le dijo con voz enronquecida—. Avisa al guardián que se le recoja el pan... Si lo toca, pereces...

Ahora bien; Juan, en ese momento, aprovechándose de la salida del guardián al fúnebre pasillo, púsose a releer la carta de Odette:

«Querido: No desesperemos. Siempre hay almas buenas, hasta en este horrible país... Ya podré suministrarte algún alimento, amor mío. Me dicen que no quieres comer... Te ordeno que comas... Es menester que vivas por mí, como yo consiento en vivir por ti... Dios no nos abandonará. Apelaré al pueblo si el patriarca no me escucha. Soy la *queyra*. Tú también has de obedecerme... Juan mío, esto es un horrible sueño. No olvidemos que alguien está cerca de nosotros... Tengo confianza... Te adoro.»

Juan besó la carta, la escondió en el seno y fué a buscar el pan entre la paja... Y empezó a comer...



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

CAPITULO XXIII

¡Oh hermano del Amor, Himeneo, Himéneo!
Dios coronado de flores, joven de rubios cabellos

MELANIS: Canto V.

CALIXTA y Andrés, merced a cuyas mañas la *quey-ra* fué raptada a los rumies y devuelta a Sever-Turn, fueron colmados de honores. Principalmente Calixta, directora de toda la trama, vióse tratada como princesa y alojada en palacio y atendida por un ejército de camareras.

Su influjo llegó a ser enorme y su favor disputado. Nada se temía tanto como desagradarla. Así fueron acatados sus deseos de salvar a Juan tan rápidamente como fácil le fué disponer de cómplices para la fechoría que urdiera, y de tanto horror la colmara una vez, a su parecer, llevada a cabo.

Temblando de angustia y en terrible silencio aguardó que el vil e infame sicario le trajera noticias del calabozo. En cuanto vió a aquel hombre comprendió

que Juan se había salvado, pues nunca de otra suerte se hubiera aquél presentado ante ella, por más que obrase con fidelidad de esclavo.

Sí; llegóse a tiempo de arrebatarse a Juan el pan, que apenas tocó y que había de matarle, y pidió con ansia detalles para cerciorarse plenamente de la indubitable y cara salud del prisionero.

Luego despidió a todos, menos a Hubert, hacia el cual se volvió centelleante. Si hasta hace un momento le detestaba por haberla impelido al exterminio de Juan, ahora le agradecía profundamente la maquinación urdida para arreglarlo todo: si Odette se avenía a casarse con Hubert, de rechazo Juan caía en brazos de la gitana. Le daría la libertad a Juan, y, una vez libre, conocería por ella la traición de Odette.

Si bien Andrés acechaba en la sombra, le dejaba al margen por ahora. Harto tenía que pensar la gitana en otras cosas... En fin, si el cingaro se ponía pesado, ¿no quedaba a mano algún pan a propósito? Se haría una torta a estilo romancho, la torta de los esponsales, pasta pesada y muy indigesta...

Ahora era menester a toda costa que Odette se aviniese de grado a la realización de este plan maquiuvelico.

—Hay que decidirla—le dijo a Hubert—. Cuento para ello contigo, si bien al parecer no te quiere... Pero voy a darte unos consejos que te ayuden en este difícil trance...

Y con los consejos le entregó una cajita que el noble anciano encargado del economato de palacio le dió la vispera para que se distrajera. Provisto de ella, Hubert, seguido de Calixta, se dirigió al cuarto de la *queyra*. En esta ocasión iba a abordar a Odette con mayor desparpajo que la vez primera, y, a su parecer, con mayores probabilidades de éxito.

Calixta mandó que le franquearan la puerta, se escurrió tras él y se ocultó para asistir a la interesante conferencia.

Odette, al ver a Hubert, llamó a una azafata y la ordenó que le echase; pero Hubert explicó en lenguaje desconocido por los gitanos que iba a tratar de salvar a Juan de los más atroces suplicios, y que era menester de todo punto le oyese breves momentos.

Como Odette titubeaba, Hubert le enseñó la carta que la joven escribió a Juan y se halló en poder de éste.

Entonces se avino a que Hubert se acercase, pero dió orden a las camareras que estuviesen listas a acudir en cuanto las llamase.

—Usted se porta mal conmigo, Odette, y no tiene razón. Una vez más voy a probarle que soy su verdadero amigo. A mi intervención se debe que Juan no haya muerto envenenado a estas horas... Y lo peor, Odette, es que a poco muere por culpa de usted.

—¡Por culpa mía!—exclamó Odette.

—Sí; Juan se negaba a tomar la comida que Calixta

y yo le suministrábamos a escondidas: Calixta, porque no ha olvidado cuánto debe a la bondad de Juan, y yo, porque bien sé que usted no me perdonaría nunca la muerte de Juan..., y en fin, porque no soy un monstruo.

—¡Y se negó a comer!

—Sí; y ha hecho bien, pues Andrés, dispuesto a desbarazarse cuanto antes de Juan, a quien profesaba odio feroz, hizo llegar a sus manos un pan envenenado, que Juan se negó a probar igualmente... Entonces se acudió a usted y se le sugirió esta carta... esta carta, que decidió a Juan a comer del pan envenenado...

Odette lanzó terrible grito, y al oírlo todas las mujeres acudieron; pero Hubert la tranquilizó en seguida... Llegó a tiempo de salvar a Juan, que apenas probó un bocado... Le cogió el pan y la carta.

Ahora bien; leída la carta en el Consejo de ancianos, el patriarca se la entregó a Hubert, *porque la correspondencia de la mujer pertenece al marido.*

—Usted sabe bien que nunca será mi esposo—le echó en cara Odette, atenta a aquel discurso, con honda pena en el alma, pues se preguntaba qué fin movía a Hubert en todo ello.

—Que salgan de aquí estas mujeres—repuso Hubert sin conmoverse ante las protestas enérgicas de la joven—. Nos estorban... Sepa usted, Odette, que el Consejo de ancianos, con la carta de usted, me regalaron para usted esta cajita que voy a enseñarle...

Odette hizo una señal y de nuevo quedaron solos. Entonces Hubert sacó la cajita del bolsillo.

—Colóquese usted a contraluz y mire en esta caja. No he visto en mi vida cosa más curiosa.

Diciendo esto, puso la caja al alcance de los ojos de Odette, que miró al fin por la lente y apartó en seguida la cajita con hondo gemido.

—Esto es espantoso—dijo—. ¿A qué me lo enseña usted?

—Aún no ha visto nada—siguió diciendo Hubert—; es preciso que vea usted más. Quiere el Consejo que le comunique a usted una orden, de la que no podrá usted formarse idea sin seguir mirando por esta lente.

—Váyase usted—dijo Odette en voz baja—. ¿No ve usted que su presencia me horroriza y que es completamente inútil hacerme ver todo esto?

—Al contrario, muy útil; le repito que va en ello la vida de Juan... Esta caja va henchida de preciosas enseñanzas que pueden decidir su suerte...

—No le comprendo; explíquese...

—La explicación la tiene usted aquí, en cada letreiro... Tome usted... Mire usted una vez tan sólo, una vez siquiera... y lo sabrá usted todo...

Y de nuevo le presentó la caja... y Odette tuvo el valor de mirar de nuevo...

Esta vez ya no pudo gritar... retrocedió con los labios temblorosos, la vista extraviada... y las manos en alto, como si quisiera ahuyentar terroríficas visiones...

Y aquello era atroz, en efecto: la caja era una especie de estereoscopio con un aparato que hacía girar diferentes fotografías, sendas fases de los más espantosos suplicios... Trajo estas láminas de China un cingaro, impresionadas por él personalmente en el momento en que el verdugo, con insuperable ciencia, desollaba a la víctima, arrancaba jirones de carne, mondaba los huesos y dejaba, al fin, el tronco mutilado y palpitante... La foto reproducía aquella labor sin perder detalle de las muecas dolorosas, hasta el momento en que el suplicio terminaba con el último soplo del sentenciado...

—Usted conoce el fanatismo de los gitanos—explicó Hubert—. No he de contar a una joven de la Camargue, que ha vivido a la sombra de Santa Sara, qué son capaces de hacer cuando entra en juego «su religión». Ahora bien: es preciso que las Escrituras se cumplan... Acaba usted de ver el suplicio a que condenan los ancianos a Juan si usted no consiente en casarse conmigo... Por otra parte, si me caso con usted, ha logrado que se restituya a Juan a la vida, a la libertad... Ahora, escoja usted, Odette...

CAPÍTULO XXIV

LA ALEGRÍA DE «EL PULPO»

EL *Pulpo* estaba alegre como unas castañuelas. Por lo demás, toda la ciudad aparecía alborozada. Una proclama del Gran Consejo anunció al pueblo que al día siguiente se verificaría la ceremonia de la coronación e inmediatamente la del casamiento. Por fin, la *queyra* se sometía a la Ley y a las Escrituras, y se avenía a casarse con el rumí que la devolvió a Sever-Turn...

Todos acogieron nueva tan feliz con entusiasmo, celebrándose, como era debido, lo mismo en la antigua ciudad gitana como en el barrio europeo. Los mercaderes cerraron las tiendas y desaparecieron del parador las canastas, si bien lo alborotaron las danzas gitanas tanto o más que el bullicio del mercado.

En el hotel de los Balkanes se bailaba con frenesí el tango y el foxtrot y corría el champán a mares. El bueno de Nicolás Tournesol estaba en sus glorias: de

vez en cuando se preguntaba qué habría sido de Rouletabille, al cual no había visto en tres días; pero es forzoso declarar que la alegre presencia de la señora de Meyrens bastaba en aquel momento para borrar de su espíritu toda inquietud por la desaparición del repórter.

No se separaba un momento el uno del otro: bailaban, comían, bebían siempre juntos. «Esto sí que es una mujer. Nunca enferma; nunca mustia» —le decía el señor Tournesol, admirado de su alegría contagiosa y de su resistencia.

Cortejábala de firme; pero la señora de Meyrens no cesaba de reír a sus anchas.

«Se cisca en el amor» —pensaba el comisionista—: en ello estriba, sin duda, la fuerza de esta mujercita... Me explico que enloquezca... No se parece a las demás mujeres y siento que me está volviendo *mochales*.

Entre dos *cocktails* y echándole a la cara el humo del cigarrillo, le espetó aquella noche a quemarropa:

—¿Qué le contó Rouletabille el otro día?

Nicolás Tournesol enrojeció como la amapola.

—¿A mí?—preguntó, tratando de simular el asombro—, pues... nada...

La señora de Meyrens se echó a reír.

—Es usted un bandido y un bobalicón, señor Tournesol; no sabe usted mentir...

—No sé qué quiere usted decir—balbuceó el comisionista.

—¿Me va a negar que estuvo con usted más de un cuarto de hora en la habitación de usted?

—¡Ah!, se refiere usted al joven que...

—Sí; a él me refiero... ¿No sabía usted que ese joven es Rouletabille? A otro con ésas, querido.

—A fe mía que olvidó decirme su nombre... O quizás me lo dijo... ¡pero como yo sólo pienso en usted!... Y, créame, cuando pienso en usted, ya puede tronar el cañón a mi lado, que no oigo nada.

—En fin: ese joven, fuese o no fuese Rouletabille, le visitó a usted con un fin.

—Puede, sí, colegir vagamente de sus palabras que iba a marcharse del patriarcado y sentía no encontrar un compañero de viaje... Pero como yo no pienso salir de Sever-Turn mientras que usted esté aquí, hermosa joven, le comuniqué que no contara conmigo... Sin duda echó mano de otro, o bien se fué solo, pues no le he vuelto a ver...

—Ea, voy a decirle a usted, gran embustero, lo que fué a hacer en su cuarto... su Rouletabille... Fué a entregarle un paquete sellado de documentos, que ha de remitir usted al ministro de Estado francés, si ocurre cualquier desgracia que nos prive para siempre del primer repórter de Europa.

Nicolás Tournesol, abrumado y enrojecido como nunca, bajó la cabeza: «¡Chitón!; eso es un secreto, un secreto de ambos...» y siguió balbuciente:

—Yo no conocía a ese señor; pero vino a soli-

citar de mí un favor que no puedo negar a un compatriota... ¿Y cómo se ha enterado usted?

—Del modo más sencillo, bobalicón... Antes de dirigirse a usted estuvo en casa del cónsul de Valaquia, que se negó a admitir el paquete y me contó el incidente durante la cena, como me enteró Ladislao Kamenos, el simpático condueño del hotel de los Balkanes, de que un extranjero fué a verle a usted aquella mañana, a raíz de la visita del cónsul; no me fué difícil imaginar que Rouletabille reiteró a usted la solicitud que tan poco éxito obtuvo en el Consulado... Ya ve usted que no es brujería el descubrimiento.

—No es posible, indudablemente, ocultarle nada—dijo Tournesol al vaciar el vaso y ver qué partido sacaba del incidente—. Lo que no me explico es que un diplomático negase al buen hombre un favor tan sencillo y que de lleno entra en el círculo de sus funciones...

—Precisamente lo negó por ser diplomático; y si usted fuese diplomático, se lo hubiera negado también. El cónsul pidió a Rouletabille licencia para abrir el paquete y conocer su contenido, a lo cual se opuso Rouletabille... Y el cónsul, naturalmente, le contestó que no podía comprometerse a enviar a un ministro extranjero documentos cuya naturaleza desconocía... ¿hay cosa más natural?

—Pues bien... como no soy diplomático, no doy tantos rodeos... Se me pide un favor... lo hago... Estoy enamorado, lo digo...

—¡Jactancioso!

—¡Señora de Meyrens, te idolatro!

Y pasándole el brazo por la cintura, la obligó a bailar con él un *shimmy* tan gracioso, que la señora lloró de tanto reír.

Feliz por este éxito, el señor Tournesol se manifestó cada vez más osado; a las dos de la madrugada, pesaroso, y no poco, de separarse de la señora de Meyrens, la llevó hasta la puerta de su habitación. Pero la joven le indicó la suya al final del pasillo y, desprendiéndose, le dijo que era ya hora de descansar y que no era señal de buena amistad no despedirse...

El señor Tournesol suspiraba tan fuertemente, que su queja hendía los muros.

—Me siento débil—exclamó—, increíblemente débil... Si usted no acepta la modesta cena que he mandado servir en mi cuarto, y que estando solo me sería imposible probar, veo que ciertamente voy a sucumbir...

—Lo malo es que no tengo hambre—le contestó la señora de Meyrens—. Sin embargo...

—¿Qué me dice usted?

—Sin embargo, si usted ha de decirme algo más..., me avengo a que me lo diga usted en mi cuarto...

—¡Ah!, es usted angelical...

—Pero con una condición.

—Las acepto todas.

—Con la condición de que me traiga el paquete que le entregó Rouletabile.

—¡Ahl, es usted el mismo demonio...

La señora de Meyrens, sin contestar, entró en el cuarto, dejando plantado y muy perplejo al señor Tournesol en el pasillo.

El comisionista se fué con lento paso a su habitación, empujó la puerta, suspiró al contemplar la cena depositada en una mesita entre dos cubiertos, volvió a suspirar, sacó las llaves y abrió la caja empotrada en el muro, como lo estaban todas en cada cuarto por consejo que le diera el propio Tournesol a Ladislao Kamenos, dueño de hotel tan moderno, precaución excelente en un país en el que los *balogards* sienten hondas simpatías por la hacienda ajena.

El paquete estaba allí, en la caja.

Tournesol alargó la mano, pero al ir a coger el precioso depósito, cerró bruscamente la caja, jurando como un condenado. Sin probar bocado de la cena, se acostó furioso.

CAPITULO XXV

¡Adiós, radiante luz de nuestros cortos veranos!

BAUDELAIRE.

LEGO, por fin, el día de la consagración. Un sol esplendoroso se alzaba sobre Sever-Turn. Aureas flechas de luz celeste caían sobre las salas de palacio, por las que discurrían veloces y atareados innumerables sirvientes. En el gineceo, todas las mujeres se afanaban en ataviar a la reina, para lo cual habían sacado de las arcas las vestiduras más ricas y las joyas más arcaicas, de remotísimas fechas. Era éste el tesoro de los antiguos cingaros; tesoro custodiado a través de los siglos como arca santa, el becerro de oro, en fin, que fué siempre, y sin interrupción, el dios de los nómadas desparramados, a despecho de las sucesivas religiones adoptadas, que, a partir de las primeras caravanas del mundo, fueron formando una rara amalgama de todas las creencias y de todas las supersticiones.

Odette se dejaba perfumar y vestir el pesado traje tradicional de la *queyra*, compuesto de una especie de peto rígido como una armadura, suerte de corpiño un poco descotado y muy ceñido al talle, guarnecido de rubíes y piedras preciosas, que salpicaban también la saya de seda, y compuesta de sendas partes de colores diferentes, entreabierta para descubrir un pantalón oriental que caía hasta los tobillos, hasta las sandalias, que parecían talladas para albergar finísimos pies.

Luego se echó sobre sus hombros el manto regio, recamado con hilos de oro y de plata el escudo de armas de Sever-Turn.

Odette dejaba en libertad a las mujeres, dócil a sus manos expertas, sin protestar contra sus exigencias, extraña completamente a cuanto ocurría en torno suyo. No hubieran ataviado de otra suerte a una muerta para las exequias fúnebres: ¡tan inerte y exánime parecía la joven princesa! Y, ciertamente, aquellos preparativos eran de funeral, exequias de los tiernos amores de la desdichada Odette, de la dicha un momento entrevista.

Y realmente, la pobre, ¿no iba a morir? Una vez Juan salvado y libre, no tenía la joven otro recurso que desaparecer de este mundo abominable, que alegró primero su vida con sonrisas y la atenazó luego en el potro monstruoso del más feroz fanatismo. Si primero conoció la primavera de la Provenza, los pa-

seos, del brazo de Juan, en las mañanas claras y encantadoras de la Camargue, y los acentos de la voz amiga, que le decía, en el habla dulce de aquellas tierras:

—Arboles floridos, lindas veredas, bellos melocotoneros, blancos ciruelos... para honrar a la moza angelical, verted sobre su cabeza, cuanto antes, copos de flores, vuestra nieve precoz... Reid, flores de los arroyos, flores de los prados, y esparcid vuestros aromas por donde va a pasar.

Si; había pasado por ello, y ahora ¿adónde había llegado? Al negro abismo de Sever-Turn, en el cual revoloteaban demonios atareados en prepararle maldicidas nupcias... ¡Qué chasco van a llevar! Cuando la crean llena de vida, ella echará a volar como un pajarillo.

«Ya que en la tierra no hay amor sin miedo,—busquemos un refugio entre los astros;—allí la luz te vestirá de encaje,—allí las nubes celarán tu dicha...»

Allí, joven de las Camargues, hallarás tu verdadera cámara nupcial, allí donde se duerme feliz en deliquio eterno.

¡De pie! ¡Sonó la hora! Ya el bronce de las campanas esparce sus fatídicos acentos, que estremecen a todo el antiguo monumento. Fuera el pueblo te llama, el pueblo que se asfixia en el templo. Ya acuden los cortejos y humea el incienso en los turíbulos. ¡Arriba, Odette!

Su traje es tan pesado, que hay que levantarla; su tierno cuerpo tan débil, que hay que sostenerla. Pero de pronto una fuerza singular la yergue y la deja espantosamente rígida. Al parecer se ha trocado en estatua al conjuro de una mirada... de la mirada de Zina.

Zina es sólo una sombra, un trasto viejo, que un soplo podría hacer añicos..., pero sus ojos arden con tal vigor, que animan, al parecer, a otros... Y da toda esa vida de sus ojos a Odette..., se la vierte en una comunicación de energía sobrehumana... Sus ojos rigen al cuerpo inmóvil y sumiso de Odette... Y ahora la estatua va a andar. ¡Gloria a la *queyral*! ¡Va a casarse! ¡El esposo la aguarda!

Cuando apareció en el sagrado pavimento del templo, el pueblo, delirante, prorrumpió en estentóreos hosannas.

CAPITULO XXVI

PERO UNO LOGRÓ PERTURBAR LA FIESTA...

JUAN, entretanto, aguardaba en el fondo del calabozo el desenlace de los acontecimientos. No desesperaba. Los sucesos ocurridos en los tres últimos días le infundían valor para arrostrar su espantoso cautiverio; la repentina aparición de Rouletabille, disfrazado con el uniforme del viejo consejero, y unas palabras que le dijo, eran clara muestra de que no estaba todo perdido, y de que su amigo el repórter se preocupaba de su salvación. Por lo demás, los breves momentos pasados con Odette, le inundaron el corazón de infinita alegría, y su recuerdo, a pesar de lo duras que fueron las horas siguientes, le confortó y sostuvo en su lenta agonía... El amor lleva implícita tal fuerza, que infunde a los más desdichados incansable optimismo.

Realmente no tuvo motivos para desesperarse. Se

le quiso envenenar, pero Rouletabille acudió a tiempo. Y ahora, oportunamente, solía visitarle Zina, llevándole comida con el beneplácito de la guardia, conquistada por Calixta.

Zina probaba los alimentos que llevaba al prisionero, demostrándole así que eran inofensivos; y los probaba después de pronunciar unas palabras misteriosas, de las que Juan colegía el pronto término de sus desdichas y su próxima reunión con Odette.

La vieja le dijo categóricamente:

—Esto... mañana.

¿Mañana... qué? ¿El rescate? Evidentemente. Juan no había vuelto a ver a Rouletabille, pero ahora ya no podía de que el repórter maniobraba en la sombra para salvarle. Tan absorto estaba en estos pensamientos, que se sobresaltó al oír unos pasos en la galería del calabozo.

Y de pronto se incorporó. Una sombra se movía ante la reja y metía una llave en la cerradura. Con asombro vió que aquella persona no era Zina. ¿Quién, pues? El bulto entró.

¡Era Calixta!

A Juan se le escapó una exclamación dolorosa.

La gitana le dijo:

—Ven.

Juan no se movió, y Calixta repitió:

—Ven: ¡eres libre!

Juan la miró, agobiado de siniestra angustia. No

comprendía aquello ni era aquélla la persona que esperaba. De la gitana provenía todo el mal... No se fiaba... Aquella mujer sólo podía traer consigo alguna nueva perfidia.

Acabó Juan por preguntarle:

—¿A qué has venido?

—A salvarte.

—No te creo.

—Sigueme, y verás.

—¿Adónde me llevas?

—Adonde quieras: a la liberación. Ven. No temas. He logrado tu perdón del Consejo Supremo. Mis palabras enternecieron a los ancianos. Les conté cuán bueno fuiste siempre conmigo y agregué que habías sufrido ya bastante... He prometido que saldrías inmediatamente de Sever-Turn para no volver más... y aquí tengo la orden de tu libertad.

Y le tendió el pasaporte. Juan lo leyó a la luz de un papel encendido, colgado enfrente de la reja... Pues sí que era cierto. Estaba ya libre... Y dijo:

—Pero no saldré de Sever-Turn sin Odette.

—No confíes en eso... y créeme: no pienses más en Odette... ya que no piensa en ti.

—No te creo. Eres la misma. Ya sospechaba que no podías venir sino para atormentarme. Además... nada consigues con eso. No sé por qué te escucho... Soy libre... Ea, adiós.

—Adiós, Juan.

Juan dió unos pasos; pero Calixta continuaba en el calabozo. Juan se volvió para agregarle:

—Si te debo el ver de nuevo la luz del día, pagas algo de lo que debes y yo te perdono, Calixta.

—Perdóname, porque todo lo hecho lo hice por tu amor. Hagas lo que hagas y *sepas lo que sepas*, ten siempre presente que soy para ti la esclava más sumisa.

—Y la más embustera... ¿Por qué me dices que Odette ya no piensa en mí? ¿Estás loca?

—No desvarío, no... Vete: al paso hallarás quien te informe tan bien como yo.

—Expíciate. Algo me ocultas.

—Nada te oculto; pero no me avengo a darte detalles de lo que, sin duda, te hará sufrir. Te revolverías contra mí, sin duda... Ya conozco de sobra la cólera de tu palabra.

Juan salió. Nadie había en el pasillo. No sabía por dónde echar a andar. Volvióse hacia Calixta, que a la sazón salía de la mazmorra, empujando la reja.

—Deja que te guíe—exclamó—. Conviene que salgas sin ser visto de la guardia de palacio, y así nos ahorraremos explicaciones. Conozco un atajo subterráneo por el cual saldremos al templo. Nadie en él reparará en ti, por ser gran día de fiesta, y podrás escabullirte hacia el barrio europeo.

—¿Hay mucha gente en el templo?

—Una muchedumbre enorme. Figúrate... hoy se casa la *queyra*...

—¿Qué *queyra*?—exclamó Juan con voz enronquecida.

—No conozco más que una, querido. Hoy se casa Odette.

Estas tres palabras, «se casa Odette», abrumaron a Juan de tal modo, que no pudo proferir protesta ni gemido alguno.

Le pareció que su corazón cesaba de latir y su vida y la vida toda en torno suyo se paralizaba completamente. Sólo en el mundo bullía una cosa horrible: Odette va a casarse, va a pertenecer a otro...

No ponía en duda la palabra de Calixta. Ahora comprendía por qué le libertaba. De no tener que comunicarle tal noticia, ni hubiese venido ni le hubiera abierto la puerta del calabozo.

En fin, ¿no tomaba la precaución de llevarle de la mano a la ceremonia? ¡Con qué alegría y presteza no vino! Nunca Juan la detestó y despreció con tal encono. Y, repuesto un poco del golpe con que le hirió, Juan se vengó ignominiosamente, como pedía el caso...

Le espetó la palabra más injuriosa de la lengua cingara: llamóla *uscheia* (perra) y le escupió, como había visto que hacían los bohemios irritados.

No lo tomó Calixta muy en cuenta. Levantó los hombros, mirándole con compasión, y reanudó la marcha por el pasillo que antes recorriera Rouletabille; en la cancela se detuvo para abrir. Entonces Juan le dijo:

—Conozco a Odette, y sé que me quiere. Ni tú puedes dudarle. Viste nuestro beso en el fondo de la mazmorra, y cuando se besa así, el amor es para toda la vida.

—Odette vive y se casa—replicó la gitana con aspereza.

Y Juan la contestó sin titubear:

—La han forzado a ello; han debido de amenazarle con no sé qué horrores, y sobre ello podrías tú decirme algo... No le guardo rencor a Odette: es una niña, muy tierna para los sufrimientos.

—Tú lo has dicho: es una niña—subrayó Calixta—, una niña ingenua; así la juzgo. Pero es una niña también que no sabe lo que quiere. Empezó amando a Hubert, te quiso a ti luego, después inclinóse a Rouletabille, se volvió hacia ti de nuevo y, por último, se aviene a casarse con Hubert, su primer amor.

—No lograrás que dude de Odette—susurró el joven, a quien las últimas palabras de Calixta le inundaron de dolor—. Si se casa con Hubert, yo moriré quizás; pero se lo perdonaré, porque se casa a la fuerza con un hombre al cual odia.

—¡Bah!, querido; no lo parece—repuso Calixta con horrible ironía—. No diré que se case entusiasmada, pero sí que va al altar sin repugnancia, del brazo del más apuesto mayoral de cuantos hicieron las delicias de su infancia.

—¡Miserable!

—Insúltame, Juan; me gusta cuanto viene de ti: no soy como Odette. No he querido más que a un hombre en mi vida, y ese solo me tocó... Y ya pueden amenazarme con los más atroces suplicios, que yo los sufriré alegremente antes de casarme con otro hombre, como no sea él. Y ahora, cálmate... No he de decirte más... Abre los ojos y verás...

Habían ya llegado a la angosta escalerilla de caracol, por la cual días antes bajó Rouletabille a los sótanos de palacio, y Juan trepó por ella presa de mil nuevos sufrimientos.

Llegó al templo en el preciso momento en que la *queyra*, al aparecer, era saludada con frenéticas aclamaciones.

Se levantó todo el Consejo de ancianos, y el patriarca, cogiéndola de la mano, la llevó al trono de marfil, protegido por un dosel de telas fabulosamente ricas. Andaba la reina con paso de autómata, dejándose guiar con sumisión absoluta. Quedóse allí como en el centro de gloriosa nube. Todos, alborozados, gritaban:

—¡Es la *queyra*, es la *queyra*!

A sus pies se sentaron jóvenes vestidas con albos trajes. Cantóse un himno coreado por todos. Luego siguió una pausa de profundo silencio, y de pronto abrióse una puerta bajo el ábside y apareció Hubert envuelto en una túnica muy sencilla, pero ostentando el regio collar de valor inestimable.

Venía descubierto y toda su fisonomía revelaba cierta rudeza casi feroz. Vivía el momento más trágico de su vida. Unos minutos más, y será dueño de Odette y de una corona. Pero en este supremo instante no podía olvidar su extraño sino, que le arrojaba siempre de un polo a otro, que le hundía siempre que creía ya tocar el término de sus deseos, y así, bajo la máscara de su gravedad temible, de su ceño de luchador dispuesto siempre a encararse con el adversario, ocultaba profunda angustia.

Tal como era, gustó a los cingaros, que le aclamaban también, aceptándole como soberano.

El gran Coesre llevó a Hubert a su sitial, como el patriarca llevara antes a la *queyra* hasta el trono. Hubert, contiguo a Odette, ocupó un silloncito de mármol como los reservados a los ancianos del Consejo Supremo.

Odette no miró a Hubert, ni Hubert miró a Odette. En aquel momento pensó: «¿Dónde estará Rouletabile? ¿Qué estará haciendo?»

Durante tres días mandó buscarle... Nadie le dió noticia alguna. Nadie halló su rastro. ¡Ah!, si hubiera logrado meter en el calabozo a Rouletabile en sustitución de Juan, como había prometido a la señora de Meyrens. ¡Qué tranquilo gozaría de toda la alegría del triunfo!

Habían ya empezado los oficios, los extraños oficios, mezcla de ritos de todas las religiones y de to-

das las edades... Frecuentemente los interrumpía la danza, como en los tiempos bíblicos... Y así, de pronto, vióse a Calixta, contoneándose envuelta en ligeras gasas...

Nunca estuvo más hermosa. Todos los asistentes creyeron que danzaba en honor de la *queyra*; pero en verdad, era a Juan a quien dedicaba su delirio coreográfico. Caía a los pies de Odette como presa de un deliquio, prosternándose subyugada de místico éxtasis; pero en realidad, era a Juan a quien invitaba al anonadamiento amoroso, del cual resucitaba súbitamente para seguir danzando en forma tal, que su cuerpo juvenil parecía perseguir el deleite y huir de él en caprichosos giros.

Sabría que siempre le había gustado por la audacia pagana de su arte, que en ella parecía innato, pues su imaginación se desbordaba creando figuras inesperadas, en que se expresaba su alma ardiente, sensual, sumisa al amor con humildad de esclava, y vengativa con derroches de humildad.

¿Es posible que Juan presenciase aquel espectáculo sorprendente sin acordarse del final de los otros, de la alegría con que la acogía medio muerta en sus brazos impacientes, temblorosos, de aprisionar a la Belleza?

¡Ay! Juan ni siquiera la miraba. Tenía clavados los ojos en Odette y en Hubert, sentados en solios contiguos, como si ya estuviese consagrado su enlace, y el dolor de Juan era infinito.

Como dijo a Calixta, no creía a Odette culpable de aquella defeción amorosa. Bastaba verla para comprender que la desesperación que la clavaba en el trono entre los abrumadores oropeles regios, era al menos tan grande como la que agarrotaba a Juan junto a aquella columna, sin que nadie se fijase en su lenta agonía. Ya no tenía fuerzas ni siquiera para desear la muerte de Hubert. Así eran las cosas. Ni unos ni otros podían ya hacer nada. Como decían los cingaros, ¡estaba escrito! Estaba escrito que Juan no se casaría con Odette, y que Odette sería la mujer de Hubert. Sobre todos pesaba la fuerza de lo inevitable. Vanas fueron todas sus proezas. Solamente Juan lamentaba que no se le hubiese dejado morir en el calabozo.

El resto de la ceremonia discurrió para él como si fuese un sueño, una pesadilla cada vez más horrible, que al cabo le arrancó un gemido al ver que el patriarca enlazaba las manos de Hubert y de Odette, para casarlos.

El patriarca, dirigiéndose a Hubert, pronunció unas palabras que Juan no comprendió, pero cuyo sentido adivinó, y que podríamos traducir de este modo: «No olvides nunca que eres rey por la voluntad de nuestra reina; jura que la servirás como el más fiel y el último de sus súbditos, y no tendrás otra voluntad que la suya... Jura que acatarás siempre las decisiones del Consejo de ancianos, y que en adelante pertenecerás al patriarcado en cuerpo y alma.»

Luego, volviéndose hacia la *queyra*, el patriarca le dijo, mientras se acercaban las jóvenes con la diadema regia:

—Y tú, hija mía, tú que perteneces a la raza y estás consagrada por las Escrituras, recibe esta corona de manos de tu pueblo!...

En este momento ocurrió el suceso tan temido por Hubert, pues se vió a Rouletabille salir como por ensalmo y ponerse en medio del coro, perturbando toda la ceremonia.

Al mismo tiempo exclamó:

—Pueblo, te han engañado. Esta joven no es cingara. No es la *queyra* que te han vaticinado.

Dijo estas frases con voz atronadora, y lo más gracioso fué que las dijo en lengua romanca. Supimos después que se las había enseñado Zina para que todos pudieran comprenderle.

El tumulto que se produjo fué mucho mayor que el provocado por su intervención anterior. Esta vez ya no podía escapar de la nota de sacrilego, pues oficialmente constaba que Odette «tenía el signo».

Así, fué extraordinario el furor unánime contra aquel loco que repetía con increíble audacia y en aquel momento su desenfadado embuste.

Los guardias cayeron sobre él. Andrés, ebrio de sacra cólera, blandía un arma sobre la cabeza del *re-pórter*; pero éste pudo escapar de los puños que le destrozaban, mientras todo el pueblo decía a gritos:

—A muerte. La reina tiene la señal... ¡Tiene la señal!

El repórter, de un salto, se colocó al lado de Odette, puesta de pie, como alocada, y ante la cual se puso Hubert. Pero Rouletabille tumbó a éste y, arrancando el manto regio de los hombros de la *queyra*, dejó al descubierto su espalda, gritando:

—Mirad, mirad todos. *No tiene la señal.*

Y era cierto que había desaparecido la señal de la corona... Sobre la nivea espalda no se veía signo alguno. No daban crédito a sus ojos los que la habían tocado días antes.

Los ancianos pasaron sus manos temblorosas por la carne inmaculada, para cerciorarse de que no eran víctimas de algún subterfugio y que no se había celado la señal sagrada con polvos y afeites.

El tumulto crecía y el pueblo reclamaba la presencia de Zina, de la testigo recusada por Rouletabille. La muchedumbre recordaba bien el argumento aducido por el repórter:

—Si desde sus primeros años la princesita llevaba la señal de la corona, ¿por qué no dijo palabra la nodriza; por qué, habiéndola seguido en todas sus andanzas, tardó tanto en anunciar a los cingaros el nacimiento de la *queyra* vaticinada por las Escrituras?

Y con mayor energía cada vez la turba reclamaba la presencia de la vieja:

—¡Zina! ¡Zina!

Y apareció Zina. Apenas podía sostenerse. Rouletabille la llevó hasta la presencia de Odette, a cuyos pies se arrojó. Y empezó su confesión, retorciéndose las manos:

—Es verdad que ésta no es la *queyra* esperada. *Mentí, mentí.* Nunca tuvo señal alguna. Mis maleficios se la pusieron. Mis maleficios se la han quitado... *Mentí, mentí...*

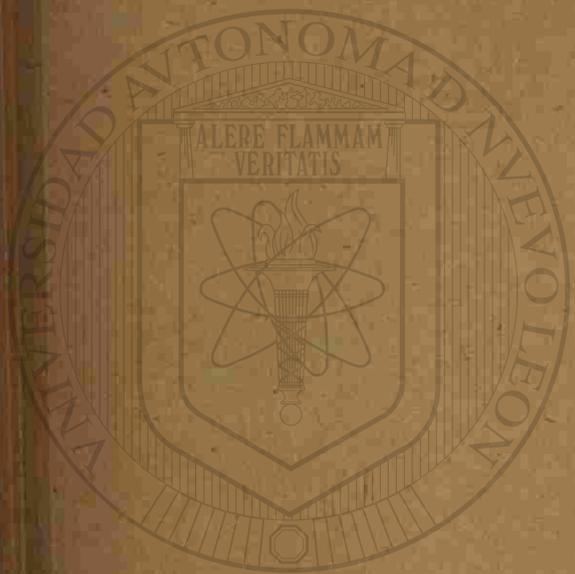
—¡Profanación!—exclamó el patriarca.

Todo el furor de los fieles descargó sobre Zina. El populacho invadió el presbiterio y la desgraciada vieja desaparecía entre el oleaje espantoso de la muchedumbre, mientras pasaban, por orden del patriarca, apresuradamente a la sala del Consejo Supremo los principales actores de este drama a la vez político y religioso, incluso Juan, que, desde los primeros momentos, se fué corriendo al lado de Rouletabille...

Los labios de Zina, después de la confesión, pudieron aún murmurar:

—Y ahora, puedo morir.

Y, en efecto, murió lanzando su postrer mirada a la que había siempre amado como a una *raya*, a la cual trocó en reina para poder salvarla.



CAPITULO XXVII

Quaerens quem devoret.
(Buscando a quién devorar.)

Epistolas.

CUADERNO de *Rouletabille*: «¡Uff!, ¡ya está! Creo que hemos salido del atolladero...; no sin daño, pues la aventura era un poco arriesgada... Ahora puedo confesarlo claramente. Cuando surgi, como por ensalmo, en el lugar de la coronación, arriesgué no poco, pues no sabía con certeza que la señal hubiese completamente desaparecido.

• Zina me había afirmado rotundamente que se iba borrando poco a poco hacia tres días, y cuando se llevase a cabo la coronación ya no quedaría huella alguna. Pero yo no estaba tranquilo. En todo caso podía salir del apuro con la declaración de Zina... pero ¿tendría coyuntura de averiguar si quedaban restos de la señal? Lo dudo. No hay que jugar con el fanatismo. Hay que tener completa razón a los ojos

de los más avisados. Hay que ser tan fuerte como el diablo para encararse con él.

»Realmente, es diabólico este suceso. Al menos así se hubiera creído en la Edad Media. Esta señal que aparece y desaparece, a capricho de una persona, ¿cómo se ha de explicar sin la intervención de Beka (del diablo), como dicen aún en Sever-Turn? Y estoy seguro de que para los cingaros harto ensañados con la pobre Zina, esta vieja tenía tratos con el infierno; creencia corriente entre los romanchos. No hay otra raza más susceptible de sugestión.

»Ha siglos que estas gentes no hacen otra cosa que sugestionarse. Todo el mundo sabe que se aojan y que el hipnotismo es su usual entretenimiento diario. La ciencia moderna nos ha enseñado que nada hay en ello sobrenatural; más para espíritus simples, tales fenómenos no se producen sin mediación de un poder oculto. Charcot, que dormía a una persona y le sugería que le ponía una cantárida, y, en efecto, aparecían todos los efectos que produce este emplasto, en la Edad Media, aun en Francia, hubiese sido considerado como secuaz de Satanás. Sin embargo, sólo empleaba para ello su poder humano, la idea del espíritu vencedor y de la transformación de la materia... la idea de que esculpía las llagas de la pasión en la carne de las vírgenes, que se sugestionaban a sí mismas en la penumbra de los conventos.

»Era menester dar con la explicación de la señal

aparecida en la espalda de Odette. Cuando me enteré bien de que nunca tuvo esta señal, y conocí a fondo las relaciones de Odette y de Zina, y supe por fin que Odette llevaba en sus venas sangre cingara, y, por tanto, era más apta que otra cualquiera persona para recibir el influjo hipnótico de Zina, «la contera de la razón» me indujo a pensar que Zina fué la que produjo la regia señal en la espalda de Odette, precisamente para librar a la joven de los proyectos criminales de Andrés y de Calixta... Y si pudo producir esa señal, podría, sin duda, borrarla. Perdido todo en Sever-Turn, sólo ese recurso podía salvarnos. Tuve la suerte de arrancar la declaración explícita de Zina, cuando la vieja, recién acometida por Calixta, era, sobre todo, una víctima que pedía venganza. En fin, no me costó mucho trabajo hacer ver a la vieja, la víspera de estos sucesos, que Odette, de ser reina en los brazos de Hubert, al cual detestaba, moriría seguramente, y ello era tan cierto como hubiera perecido si Zina no media cuando Calixta amenazó a Odette con su cuchillo.

»Y empezó la sugestión contraria.

»Ya no hay más *queyra*.

»Y si de ello profundamente nos alegramos, hay quien no está contento, y es el pueblo de Sever-Turn...

»No nos haremos aquí viejos. Nos vamos esta misma noche, a tenor del consejo del patriarca, que se

ha mostrado justo y conciliador, y que a la postre no vacila en recabar para sí el derecho a ser obedecido.

«Mientras aguardamos la hora de la marcha, comemos espléndidamente en el hotel de los Balkanes.

«Salgo un momento a la ventana, so pretexto de respirar un poco, y en realidad porque me gusta siempre saber lo que pasa en los alrededores. ¿Qué veo, allá abajo, culebreando bajo la bóveda del parador, con su facha de viejo lobo salvaje, que va en busca de algo, o más bien husmeando la presa para devorarla? ¡Ah!, sí; es nuestro querido Hubert de Lauriac...»

Dejemos ya al margen el cuaderno de Rouletabille, que da muy pocos detalles de aquel banquete, con que celebraron Juan y Odette el término de tan atroces aventuras. El repórter es seco y conciso al referirse a esta escena radiante de dicha, que ponía a los dos enamorados en trance de olvidar las horas más funestas. Los enamorados son egoístas... ¿Le parecía a Rouletabille que los amantes se preocupaban de sí mismos demasiado y de él muy poco? Quizás. Aun los mejores tienen sus debilidades. Sin embargo, Juan ponía toda su alma al expresar la infinita y desbordante gratitud que sentía hacia su generoso amigo.

—¿Agradecerme? —interrumpió al punto y con brusquedad Rouletabille—; pero ¿qué, amigo mío? Nada...; eso no vale la pena, te lo aseguro. No hablemos más de ello...

Entonces, Juan enmudeció, arrasados los ojos de lágrimas.

Y Odette abrazó a su querido Zo con tan inocente y a la vez con tan ardiente ternura, que el repórter palideció.

Era, sin embargo, cierto que los amantes sólo se preocupaban de sí mismos. Se estrechaban las manos y no se hartaban de mirarse. Y Rouletabille se asomó a la ventana para respirar, susurrando:

—Tiene gracia el banquete: nadie prueba bocado, ni siquiera ese infeliz, que ha vivido ocho días a pan y agua.

El infeliz era Juan, que acababa de conocer todo el alcance del sacrificio de Odette, y que reventaba de alegría al rumiar que Odette no se avino a tan horrible casamiento sino para salvarle del potro del verdugo.

—¡Y has hecho eso por mí, por mí!

Rouletabille, en la ventana, alzaba los hombros y se decía:

—¡No lo había adivinado! ¡Será idiota! Resueltamente son unos brutos los enamorados... ¡Juremos que no hemos de enamorarnos jamás!

Entonces fué cuando la aparición de Hubert vino a distraerle de este linaje de pensamientos, omitidos, como es natural, en el cuaderno del repórter.

Hubert era de nuevo la lucha, y quién sabe si el peligro... Y era tal el estado de espíritu del repórter, que anhelaba esa lucha..., tener a mano a alguien a quien

combatir..., hacer algo, mientras los amantes se abrazaban allí, tras de su espalda... Oyó bien el murmullo de las palabras de Odette:

—Querido, querido mío, ¡cómo has debido de sufrir!

—Pues bien, si ella cree que yo estaba de fiesta mientras se urdía su maldecida boda...

Y Rouletabille, de pronto, se escabulló, espetándoles:

—¡Mil diablos!, qué calor hace aquí. Voy a dar una vuelta.

Ya en la calle dióse a buscar a Hubert, pues el me rodeo de éste por los alrededores del hotel de los Balkanes nada bueno auguraba. De toda esta aventura salía el antiguo *mayoral* más maltrecho que nadie, y Rouletabille le conocía ya bastante a fondo para sospechar de qué bálsamo echaría mano para tratar de curar sus heridas.

Sin duda estaba ya urdiendo alguna venganza, con la que se resarciría de su desastre.

Por la rabia que le rebosaba, sin duda, del pecho, no le desagradaría una espantosa catástrofe que se los tragase a todos, a él como a los demás.

Ese hombre, unas horas antes, era omnipotente; ahora... nada. Y era lógico que ansiase arrastrar en su aniquilamiento a los fautores de su ruina. Por lo demás, su siniestra facha, en que reparó Rouletabille, nada bueno presagiaba.

Y entretanto los enamorados continuaban abrazándose arriba.

Rouletabille no quiso decirles nada para no interrumpir el encanto de su delirio, pero el ardor con que había trabajado tanto para su [dicha le imponía el deber de vigilar la obra. Se reprobaba ciertos sentimientos íntimos demasiado para no correr, dada la rectitud de su conciencia, a precaver el peligro que amenazaba a sus amigos.

¿Dónde estaba Hubert? Rouletabille recorrió el pasador, sin hallarle.

Entró en el hotel y topó con el señor Tournesol, que le detuvo al pasar:

—Me alegro de verle, para felicitarle—le dijo el comisionista—. Ruégole acepte un *cocktail* de mi invención... Salió usted del atolladero; lo presencié todo... ¡Vaya un trabajo! Pero me huelo que no va usted a envejecer aquí. ¿Quiere usted que le devuelva el paquete?

—No, de ninguna manera—le contestó inmediatamente Rouletabille, atento a todas las puertas y a todas las salas—. Hasta que me encuentre ya en Francia guarde usted el paquete, pues no sabemos lo que aún puede pasar...

—Tiene usted razón; no se fie... Conozco a un sujeto que no debe mirarle a usted con buenos ojos.

—¿Le ha visto usted por aquí?—preguntó el repórter.

—Me ha parecido ver su mala catadura junto a la

tienda de tejidos del mercader sirio; pero en seguida desapareció.

Rouletabille se fué; pero el comisionista le llamó.

—Permítame que yo le pregunte también una cosa: ¿Sabe usted dónde está la señora de Meyrens?

—¡Ah!, no lo sé... ¿Continúa usted picando en la damisela?

—Por mi parte, creo que no le soy del todo indiferente; sólo que tiene exigencias incompatibles con las ideas, ya un poco viejas, que mi difunto padre inculcó al señor Tournesol hijo...

—¿Y podría saber cuáles son esas ideas?—preguntó el repórter, apostado detrás de la cortina de la ventana, punto desde el cual podía, sin ser visto, otear todas las arcadas del parador.

—Son ideas sobre el honor, señor Rouletabille.

—¿Y podría yo conocer esas exigencias?

—Pues quiere esa señora, sencillamente, que le entregue el paquete que usted confió a mi custodia...

—¡Ah! ¡Terrible mujer! Dispéñame usted, señor Tournesol... pero es preciso que vaya arriba a ver si por casualidad nuestro hombre ha caído en el cuarto de la señora de Meyrens...

Un cuarto de hora después (poco más o menos) de este corto diálogo, Rouletabille entró como un torbellino en la sala en que Juan y Odette seguían diciéndose ternizas sin probar casi bocado del magnífico banquete.

—Hijos míos—exclamó—, hay que levantar el campo sin tardanza.

—¿Qué ocurre?—preguntó Juan malhumorado por la irrupción de Rouletabille.

—Ocurre que acabo de sorprender a Hubert con la señora de Meyrens..., aquí, mano a mano...

—¿Aquí?

—Sí, a dos pasos de aquí..., y he logrado pescar su conversación. Hubert nos está urdiendo una mala pasada... Se lo ha contado a *El Pulpo*, que quería saber más, y le incitaba a explicarse... Pero se limitó a replicarle textualmente:

—Quedará usted satisfecha y yo también, se lo prometo. *Quedaremos vengados* antes de una hora.

—Pronto, pues, pronto; hijos míos, marchémonos.

—Marchémonos—repitió Juan.

—¡Oh, sí, sí! Huyamos de este abominable país—suspiró Odette—. ¡Y yo, Dios mío, que creía acabadas todas nuestras desdichas!...

—¿Pero cómo avisar a los arrieros? Y además, necesitamos caballos—expuso Juan.

—Vayámonos a pie...; volvámonos como podamos—replicó Rouletabille volviendo a la ventana—.

¿Oís ese tumulto?

El tumulto era un huracán desencadenado con inaudita violencia.

El parador, silencioso y desierto diez minutos antes, se llenó de delirante y vociferadora muchedum-

bre, armada con fusiles, capitaneada por Andrés y Calixta, mientras que desde una de las ventanas del hotel, recayente al cuarto en el que Juan dejó un momento su ligero equipaje, un anciano del Consejo Supremo, en el cual Rouletabille reconoció al famoso bibliotecario con el que anduvo siempre platicando, blandía un gran volumen harto conocido del repórter: el *Libro de los Antepasados*.

No era arduo adivinar lo que el viejo gritaba a la muchedumbre, mostrándoles el libro, por fin recuperado.

¡Los rumies lo habían robado!

¿Y dónde acababan de hallar el sacro libro? En el equipaje de Juan.

Detrás del viejo se veía el rostro pálido y fatídico de Hubert.

Rouletabille no necesitaba verle ni oírle para comprenderlo todo.

—Pues bien, estamos aviados—exclamó.

CAPITULO XXVIII

EN EL CUAL ROULETABILLE DECLARA QUE NO PUEDE IRSE SIN SU MALETÍN, Y SE RELATA LO QUE LE SUCEDIÓ

El parador en aquel momento parecía inmensa cuba hirviente de furor popular... Habían pasado recientemente los cingaros por tales alternativas de entusiasmo y desesperanza, que cualquier incidente, y mucho más de la naturaleza del robo del *Libro de los Antepasados* por los rumies, les empujaba a los peores arrebatos.

De la aventura prodigiosa de la *queyra* sacaron la triste convicción, generadora de todas sus iras, de que habían sido burlados.

¿Y por quién sino por los rumies?

Zina, a la postre, fué en este asunto instrumento de los extranjeros, que quisieron imponerles una reina apócrifa.

Los *lingurari* (fabricantes de cucharas y de vasos de madera), los *liaessi*, la clase más desastrada y a

la vez más turbulenta, pues nada tienen que perder, sin ahorros de sus largas correrías, se unieron para reclamar la expulsión inmediata de todos los *gachis* (esto es, de los hombres de otra raza), despojándoles previamente de sus bienes, y hallaron al patriarca dispuesto a firmar un decreto de esta naturaleza, deseoso de evitar mayores desgracias.

Como viera Hubert que al fin Juan y Odette se le escapaban, urdió la estratagema del robo del libro, colocando al efecto subrepticamente el fatal volumen en el equipaje de Juan. Calixta, arrastrando a Andrés, se puso al frente de la sublevación, que amenazaba destruirlo todo. La milicia se cruzó de brazos, y los *balogard* se encerraron en sus casas al lado de sus tesoros.

El Consejo de Ancianos se reunió en palacio en sesión permanente. El bibliotecario había comprobado el crimen. Para el patriarca el asunto revestía espantosa gravedad, pues se preguntaba cómo podría resolver el caso sin ordenar los suplicios rituales que, naturalmente, le traerían complicaciones enojosas con las potencias extranjeras.

Deseaba ardientemente que Rouletabille y sus amigos hubiesen ya levantado el vuelo, atentos al consejo que les diera.

—¡Estamos aviados!—dijo el repórter.

Pero como admirablemente conocía, según su costumbre, el dédalo del edificio que los cobijaba, rápi-

damente se llevó a Juan y a Odette por una escalerilla recayente, por la parte opuesta del parador, a la trasera del hotel. Ya en aquel momento llenaba las salas del piso bajo una muchedumbre vociferadora, que a culatazos y con gran estrépito forzaba las puertas que cerraban su paso.

Nicolás Tournesol, horriblemente desesperado, pudo alcanzar a los tres amigos y decirles lleno de angustia:

—Van a incendiar el hotel; salvémonos pronto.

—¿Y la pobre señora de Meyrens?—le preguntó chancero Rouletabille.

—Que se vaya al cuerno esa señora de Meyrens. Ella y ese fatal Hubert tienen la culpa de todo.

—¡Diablo!—exclamó Rouletabille—, ya olvidé mi maletín...

—¿Qué maletín?—preguntó Juan sorprendido al ver que su amigo se paraba y se disponía a volver pies atrás.

—Pues mi maletín de aseo—contestó el repórter dirigiéndose a la escalera, que acababan de bajar.

Juan le detuvo.

—¡Ah!, estás loco... Cuando la pérdida de un minuto nos expone a frustrar la huida, nos sales con tu maletín...

—¡Ah!, querido, dos veces he tenido que comprarme otro. No soy ciertamente millonario... Y sobre todo aguárdame allí; no deis sin mí un solo paso.

Y rechazando a Juan brutalmente, desapareció y entró en el hotel.

—Ha perdido la cabeza—exclamó Juan, desesperado—. Salvémonos, Odette.

—Ha dicho que le esperemos. Esperémosle, pues—replicó la joven.

—Pero si estamos perdidos... Oyelos... Ya llegan... Ya están aquí.

—Con mayor motivo—repuso Odette decidida a todo, al parecer, y sentándose en un banco de piedra en actitud de fatal dejadez—. Con mayor motivo, Juan... No querrás que huyamos y Rouletabille caiga en poder de esos cingaros.

—Y todo por un maletín de aseo—exclamó Juan, que por momentos enloquecía.

En tanto Nicolás Tournesol, cargado con su maleta rebosante de objetos preciosos, y que guardaba, además, el paquete confiado por Rouletabille a la custodia del comisionista, echó a correr a través de un erial hasta llegar al cementerio, donde esperó, protegido por los muertos, el momento propicio de seguir su correría por la campiña.

¡Ay!, quiso su mala suerte que se topase con el entierro de un *balogard*, y al ver los acompañantes a un rumí, todos cayeron sobre él dispuestos a enterrar juntos, minutos después, al vivo con el muerto.

Tienen los pueblos en su vida momentos críticos,

en que el fanatismo no sabe qué inventar para tortura de las buenas gentes.

Afortunadamente, Nicolás Tournesol no tenía deudores entre aquellos de cuya voluntad su suerte dependía, y sin esta coincidencia le hubiera costado caro y saldado de golpe las cuentas. Prometiéndoles que abriría de par en par las puertas de sus almacenes del parador, pudo parar el golpe del destino y volver a la ciudad sin grandes quebrantos.

En el trayecto vió a Rouletabille, Santieme y a la infeliz Odette, conducidos como prisioneros por el populacho enardecido. La plebe les seguía con horrible alborozo, y empezaba ya a lapidarlos; ahora, en toda la ciudad, resonaba este grito: «A muerte la *queyra*.» Si Nicolás Tournesol hubiera estado seguro de su propia suerte, aquel suceso le hubiera ofrecido materia de sobra para filosofar ampliamente. Esa misma turba, aquella mañana, había aclamado delirante a una joven que no conocía, sólo por tener una señal en la espalda; por la tarde, desaparecida la señal, trataba de tirar a la infeliz por la roca Tarpeya..., y ello en el siglo xx, a dos pasos del bar en el que Nicolás Tournesol enseñó la víspera a Ladislao Kamenos el arte de aderezar un *cocktail* con marrasquino, y de un salón de baile en que horas antes los invitados del cónsul de Valaquia ensayaban el último *shimmy*. Progreso humano, ¿qué es de ti? ¡En todo tiempo visitas a Moloch o Bambula!

—¿Conoces a esta gente?—preguntaron a Nicolás Tournesol, señalándole a los tres mártires, sin duda llevados al último suplicio.

—¿Si los conozco? No los he visto nunca—afirmó Tournesol con mucha sangre fría.

—Estos son los que robaron el *Libro de los Antepasados*. No escaparán al castigo.

—Muy merecidamente—exclamó aún Tournesol.

—¡Mal rayo para sus cómplices!

—Me lo explico... ¡Si que ha sido atrevimiento! ¡Robar el *Libro de los Antepasados*! Hay quien no respeta nada. Algunos turistas creen que todo les es permitido... Si les dejasen las manos libres, derruirían el templo para acrecer con una chinita sus colecciones. ¡Es realmente vergonzoso! Todo tiene un límite. ¡Tenéis harta razón para hacer un escarmiento!, ¡eal!

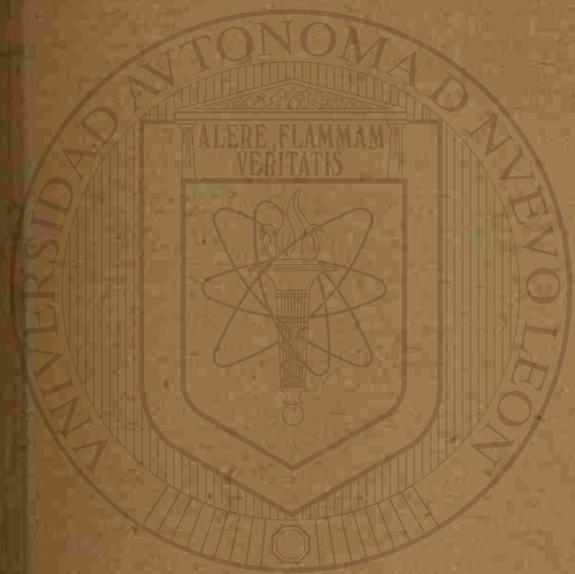
—¡Que Rouletabille me perdone!—se dijo el comisionista, buscando excusas a su asqueroso comportamiento, y hallando una a la postre—. ¡Que Rouletabille me perdone!, pero no tengo más remedio que jugar esta carta, si quiere que no desperdicie la coyuntura de mandar a su destino el paquete que confió a mi diligencia. Al cabo, pobre Tournesol, pudiste haberte zafado de tal encarguito. ¡Pero siempre serás víctima de tu buen corazón!

En esto, una cohorte enviada por el patriarca llegó para librar a los tres detenidos del furor popular y conducirlos o arrojarlos más bien al salón del pala-

cio, en donde quedarían custodiados hasta que se les juzgase.

Los tres estaban profundamente consternados. Rouletabille, sobre todo, daba lástima. Parecía el más abatido, y sólo abría los labios para lamentarse de la suerte aciaga, que le separó de su maletín, pues a la postre no dió con él... o, más bien, no le dieron tiempo a cogerlo.

—¿Y es eso sólo lo que nos dices en este trance?—exclamó Juan—. ¡Cuando por culpa tuya nos hallamos aquí!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XXIX

EN EL CUAL ROULETABILLE HACE SU JUEGO

Todos esos reproches apenas hacían mella en el ánimo de Rouletabille.

A pesar de que Juan le gritaba que su famosa sutileza no tenía otra igual en el mundo en determinados momentos, si no era su terquedad estúpida (no se atrevió a decir su majadería), el repórter no pareció muy pesaroso de aquellos incidentes. Lo que acababa de ocurrir «no tenía nombre en ninguna lengua del mundo!—afirmaba Juan—. ¡Arriesgar su vida y la de sus amigos por recuperar un maletín!»

Odette, cansada ya, trató de calmar a Juan, pero la cosa era difícil, pues a poco se oyó la voz del repórter, que murmuraba como si soñase:

—Debí echar por el otro pasillo y ganar la escalera de servicio *después de haberme apoderado del maletín.*

—¡Ah!, no mientes más tu maletín... Te juro que si

Odette se aviene a seguirme, no te hubiera esperado por mi parte...

—Pues bien, querido, era menester detenerse. ¿Qué quieres? No puedo avenirme a pasar un día sin un cepillo de dientes.

En este tono la conversación entablada entre Juan y Rouletabille hubiera abocado a actos de locura. Afortunada—o desgraciadamente—puso término al coloquio la entrada de Andrés y de su cuadrilla armada, que vinieron a sacar a los prisioneros para llevarlos ante el patriarca.

Este les aguardaba ya en una salita contigua a la del Consejo Supremo, separadas ambas por pesado cortinaje de púrpura.

Acompañaban al patriarca dos ancianos y el doctor bibliotecario. Todos parecían entristecidos por el estado en que se hallaba el libro sagrado, al fin recogido de las manos de los rumies.

Desolados, vieron que se le habían arrancado los herrajes y las piedras preciosas. Y propusieron alternativamente las más horrendas sentencias contra los bárbaros que se atrevieron a mutilar de ese modo tal obra maestra.

Hasta allí llegaba el rumor de la cólera del pueblo, que decrecía por ráfagas, cuando la puerta se abrió:

—¡A muerte los profanadores!

El patriarca se dirigió a Juan, y con acento sereno

le preguntó, por mediación del doctor bibliotecario: —¿Qué hiciste de las gemas que ornaban este libro; de las preciosas miniaturas que lo embellecían; de los herrajes artísticos que lo defendían de la voracidad de los siglos?

Juan protestó contra estas palabras: dijo que no conocía aquel libro; que lo veía entonces por vez primera; que nunca lo tuvo en su poder y que era víctima de abominable intriga.

Todos le escucharon sin creerle, y entonces Rouletabille tomó la palabra.

—Es cierto—dijo—que mi amigo nunca tuvo en sus manos ese libro. Yo sí que le he visto más de una vez, y puedo presentarles inmediatamente una de las joyas que le arrancaron.

Expectación general: Rouletabille, con brusco gesto, metió la mano en el bolsillo del revólver.

Andrés, de un brinco, se abalanzó contra él; pero el repórter, sonriente, saca una joya del bolsillo y se la entrega al patriarca.

Es el collar o colgante ornado con el signo fatal de «la cruz y la media luna», que sirvió en otro tiempo para cerrar el libro sagrado.

El patriarca y los ancianos lo reconocieron. Bien lo recordó también Odette... ¿Cómo Rouletabille presenta esta joya, cuya posesión le delata más que otra prueba alguna?

Interrogan al repórter:

—¿Dónde ha encontrado esa joya, si no la ha robado personalmente?

Muy tranquilo, Rouletabille contesta:

—Hallé esta joya en casa de la señorita.

Y señaló a Odette, que se sonrojó y conmovió al sentirse tan inesperadamente atacada por su «querido Zo». Juan, aún más confuso por la actitud del repórter, y viendo la turbación de Odette, acudió con presteza a defenderla a todo trance, protestando contra la afirmación peligrosa del repórter.

Nunca vió tal joya en manos de su prometida.

—Pues yo repito que hallé ese herraje en el cuarto de la señorita de Lavardens.

Odette, en medio de la confusión general, pidió que se la oyera. Con voz temblorosa confesó:

—Es cierto que tuve en mi poder esa joya; pero nunca creí que Rouletabille se atrevería a acusarme. La eché a un cajón en cuanto me la dieron, y si han podido encontrarla allí, juro que fué porque la tenía completamente olvidada: ¡tan poco caso hacía de ella!—agregó, volviéndose hacia Juan profundamente dolorida.

—Pero ¿quién te dió esa joya?

—Perdóname, Juan; fué un regalo de Hubert.

—En fin—exclamó Rouletabille—, no la he obligado a que lo diga...

—Al contrario—subrayó Juan con amargura—... ¿Cómo guardaste, Odette, un regalo de Hubert?

—¡Oh!, ahora eres tú la que le estrechas, querido... Señores, me toca el turno de hablar... Voy a ser conciso... Y van ustedes a comprenderlo todo. Hubert ofreció esa joya, arrancada del *Libro de los Antepasados*, a la señorita Odette... Ahora bien: juro que vi ese *Libro de los Antepasados* en casa de Hubert, el cual se lo trajo en un reciente viaje... Ese libro acaba de ponerlo en el equipaje de su rival, mi amigo Juan de Santiérne... El ladrón, pues, es Hubert. ¿Me han comprendido ustedes?

Entonces Andrés intervino:

—Manden que venga Hubert a confundir a estos trapaceros.

Pero acatada esta propuesta, que parecía muy lógica, por el patriarca, Rouletabille suplicó que se aplazase...

—Si por vuestro mandato viene aquí Hubert—expuso—, no nos confundirá, negará. Y yo no le confundiré tampoco a fuerza de afirmaciones... Es menester que la prueba de la infamia que delato no proceda de él ni de mí, para que tenga a los ojos de un Consejo de Sabios como el que veo aquí reunido valor suficiente para engendrar una convicción... Oídme con atención. Hay una mujer, cuya presencia en la ciudad os es desconocida, que sabe mucho de Hubert de Lauriac... Quisiera que oyeráis a esa mujer...

—Otra vez *El Pulpo*—se dijo Juan—. ¿Qué ayuda podemos esperar de ahí?

E intentó desviar a Rouletabille de su propósito, recordándole que esa señora vino con Hubert desde Innsbruck, y sin duda su presencia en Severn-Turn obedecía a la idea de asestar al repórter el último golpe.

Però Rouletabille no escuchó a su amigo.

—Es menester que vaya en busca de esa mujer—le dijo al patriarca—. Concededme una hora de libertad. Juan levantó los hombros.

—¿Y crees que te van a dejar salir sin más ni más?

—Dejo aquí a mis amigos como rehenes—propuso el repórter—. Hagan de ellos lo que quieran si dentro de una hora no estoy aquí de regreso.

—¡Bravo!—murmuró Juan, pasmado de tanta simpleza y cinismo—. ¡Bien nos la pegal

—Deja en libertad de acción a nuestro querido Zo—expuso Odette con meliflua voz—. No hay motivo para quererle mal... Nunca se le comprende sino después... Ya verás cómo nos saca del atolladero...

Los ancianos deliberaron. No desplacía a Andrés la marcha de Rouletabille; al contrario, quisiera no verle más para acabar cuanto antes con Juan... Los ancianos, por fin, acordaron que unos guardias acompañasen al periodista.

Este aceptó de buen grado los tres guardias destacados por Andrés.

—Antes de una hora os los devuelvo—dijo al patriarca, señalando a los guardias—; pero me habéis de

prometer, por vuestra parte, guardarme bien a Hubert.

—¿Dónde está?—preguntó Feodor.

—Ahí—repuso Rouletabille levantando con rápido movimiento el cortinaje de púrpura a espaldas del sillón del patriarca—. ¡Ahí!... Nos está escuchando; sin duda halla interés en nuestra conversación.

Hubert lo había oído todo. Dijo con espantosa sonrisa:

—Vaya usted, señor; vaya en busca de la señora de Meyrens.

Y volvió, muy seguro de su suerte, la espalda a Rouletabille.

El repórter salió presuroso de la sala... Apenas podían seguirle los guardias. Fuera, los gritos de la muchedumbre eran cada vez más ensordecedores.

... *Cuaderno de Rouletabille...* «Y ahora viene la partida decisiva. Sólo ella puede salvarnos. Pero es muy peligroso... para mí..., pues esta partida no me la perdonarán muchos jamás... Ha sido preciso que las cosas lleguen a este extremo, para que me decida a despojarme de mi mejor armadura... ¡Ea!, también para ella sonó la hora de los funerales.

» ¡Ay!, para mucho tiempo saldré completamente desnudo de este rastro de Sever-Turn... Pero ¿no es preciso salir de este atolladero? Y ¿sacar a los otros? ¡Ea! ¡Valor! A *El Pulpo*. A *El Pulpo*. »

Estas son las últimas líneas que Rouletabille trazó en el cuaderno. La Prensa conoció sólo a grandes

rasgos y refirió muy concisamente los sucesos que siguieron y dieron fin de manera sorprendente a tan extraña y temible aventura...

Hubo, sin duda, razones para que no se divulgaran en seguida los detalles; hoy, desaparecidos esos motivos, que pronto revelaremos, podemos, merced a testimonios que llegaron ha poco a nuestro conocimiento, reconstituir las últimas peripecias del drama, desarrolladas en Sever-Turn primero y en París a continuación.

Los guardias que acompañaban a Rouletabille tenían orden de seguirle a todas partes, pero de obedecerle también a ciegas. Habían de volver a palacio una hora después, con el prisionero. Rouletabille, pues, disponía de una hora para hacerse con *El Pulpo*.

Por caminos desviados, conocidos por Rouletabille aún mejor que por sus guardianes, esquivó al populacho que llenaba el atrio del templo y asediaba, en cierto modo, el palacio. Así pudo llegar, sin gran dificultad, al hotel de los Balkanes, siendo acogido por Ladislao Kamenos con no pocas maldiciones.

A poco le incendian el hotel, y el dueño achacaba al repórter y a sus amigos, si no la responsabilidad del incendio, que no se llevó a cabo, si la del saqueo, con que se contentaron las turbas. Todos los clientes, naturalmente, huyeron sin pagar sus cuentas.

—¿Hasta Tournesol?—preguntó Rouletabille.

—Créalo usted, y que no parece dispuesto a volver. Han saqueado los almacenes del señor Tournesol, como han saqueado mi bodega. Hay que bendecirle a usted.

—¿Y se fué solo, señor?—preguntó Rouletabille, tan dueño de sí, al parecer, como trastornado estaba Ladislao Kamenos.

—¿Qué quiere usted decir?

—Sabe usted a qué me refiero, señor Kamenos. Estos señores y yo hemos venido aquí para que usted nos dé noticias recientes de una joven viajera que hace unos días pára aquí, en el hotel, y a la cual cortejaba el señor Tournesol con insistencia...

—¿Se refiere usted a la señora de Meyrens?

—Precisamente... ¿qué es de ella?

—He de responderle que no me toca vigilarla, pero como tiene aún el equipaje en su cuarto, no he de ocultar a usted que espero verla pronto. ¡Otra cuenta en el aire, señor Rouletabille!

—No se preocupe usted, que ya se le pagará, señor Kamenos—dijo el repórter, dirigiéndose apresuradamente hacia el primer piso.

—¿Y quién me la pagará?

—El señor Tournesol.

—Pero ¿dónde va usted?

—Al cuarto de la señora de Meyrens.

—Pero si le digo que **no** está...

—¿Qué sabe **usted**? Voy a verlo.

—Le prohíbo que entre en su cuarto; soy yo el responsable.

Y el fondista se abalanzó sobre Rouletabille y los guardias.

—Además, la puerta está cerrada con llave—les dijo.

—La llave la tengo yo—repuso Rouletabille, sacándola del bolsillo.

—¿Y cómo tiene usted la llave de la señora de Meyrens?

—¡Vaya indiscreción!—dijo chanceándose el repórter, mientras metía la llave por la cerradura.

El señor Kamenos tuvo la pretensión de entrar en el cuarto con Rouletabille.

—La señora de Meyrens está en su cuarto o no está—expuso con nitidez el repórter—; si no está, salgo en seguida... y si está, he de comunicarle un encargo del patriarca, encargo que no le atañe a usted conocer, señor Kamenos...

Y para no ser estorbado confió a los guardias la tarea de poner a buen recaudo al bueno de Ladislao durante unos minutos.

Rouletabille debió de hallar a la señora de Meyrens en su cuarto, y debió de comunicarle, sin duda, muy transcendentales cosas, pues transcurrieron diez minutos, veinte, treinta, y no salía.

Ahora no era sólo el señor Kamenos el que se impacientaba por la conducta singular del periodista...

Impacientaba también aquella tardanza a los guardias, cuyo jefe responsable llamó más de una vez a la puerta del cuarto de la señora de Meyrens, sin obtener respuesta.

Este, cada vez más confuso, enterado por el dueño del hotel de las diferentes puertas del cuarto y al saber que una de ellas daba a la escalera de servicio y ésta conducía al corral y a las conejeras, no titubeó en forzar la puerta, detrás de la cual no vió ni a Rouletabille ni a la señora de Meyrens, sino a un conejillo que, huyendo del tumulto y del saqueo, vino a refugiarse al cuarto arrastrando consigo una hoja de berza.

¡Una hoja de berza y un conejillo!

«¡No está mal para un periodista!»—diría ahora el señor Nicolás Tournesol, si al señor Nicolás Tournesol le interesase todavía lo que pase en Sever-Turn; pero se fué jurando que no volvería más y no llevándose más que una fotografía de la señora de Meyrens, una instantánea que impresionó un día en el intervalo de dos *cocktails*, y que llevaba siempre pegada a su corazón... porque, dígame lo que se quiera, el recuerdo de la rara viajera perturbaba aún los días y las noches del señor Nicolás Tournesol.

Pero, volviendo a los guardias que dejaron escapar a Rouletabille, hemos de decir que no idearon otra excusa a su torpeza que cargar la responsabilidad sobre el dueño del hotel de los Balkanes.

Así partieron con Rouletabille, pero volvieron a palacio con Ladislao Kamenos, a pesar de las protestas de éste. Los guardias aseguraron que sin la complicidad del fondista el repórter francés no se les hubiese escapado.

Duraba aún la discusión cuando los guardias, muy cariacontecidos, arrastraron a Kamenos ante la presencia del patriarca de los ancianos, y *del... propio Rouletabille*, pues Rouletabille, el auténtico Rouletabille, estaba allí... tan sonriente como los guardias estupefactos.

—Les ordené que no quitasen ojo a este hombre— les dijo severamente el patriarca—, y me traen ustedes a otro.

Los guardias bajaron la cabeza, mientras que el prisionero profería nuevas protestas. En su fuero interno, los guardias juzgaron que, en realidad, la consigna fué a medias infringida. Cuando se responde de algún prisionero, vale más presentar otro cualquiera que no presentar ninguno. Este modo de ver no es exclusivo de la policía de Sever-Turn.

—Afortunadamente—repuso con voz grave el patriarca—, afortunadamente nuestro prisionero es hombre honorable, y espontáneamente se ha presentado.

—Trayendo a la que buscaba—dijo Rouletabille terminando la frase.

—¡A la señora de Meyrens!—exclamó Ladislao Kamenos—. ¿Estaba, pues, en su cuarto?

—Sí, señor, sí.

—Pues bien; voy a decirle la verdad: creí que se había fugado con Tournesol.

Rouletabille levantó los hombros.

—Tournesol... La señora de Meyrens se ha burlado a todas horas de Tournesol... Si hoy estaba en su cuarto, es que me esperaba, señor...

—Entonces... usted pagará la cuenta...

—No—replicó Rouletabille—; ni yo ni Tournesol pagaremos la cuenta de la señora de Meyrens...; la pagará otro amigo suyo..., el señor Hubert de Lauriac... Pido, señores, un careo de esta mujer con Hubert.

Como esperaba Rouletabille, Hubert oyó estas últimas palabras y el acuerdo tomado por los ancianos y el patriarca, y con angustia esperaba el momento de su careo con *El Pulpo*. Y no es que la temiese, pues jugaban en el partido juntos, pero Rouletabille debía de haber ideado uno de sus golpes, y era difícil contrarrestarlo sin previo acuerdo.

¡Ah!, ¡si hubiera podido hablar breves minutos con *El Pulpo*! Quizás esta mujer estuviera más al tanto de las cosas. No pudo Hubert disimular cierto alborozo al ver a la señora de Meyrens en el vestíbulo de la sala del Consejo y a punto de entrar... con él. En fin, por un dichoso azar, el vestíbulo quedó un instante desierto. Hubert corrió al lado de *El Pulpo*.

—¿Cómo ha consentido usted en venir?

—Estoy perdida—le replicó al momento—. Rouletabille me trajo engañada, y ahora estoy detenida. La culpa es de usted—siguió diciendo, cada vez más irritada—. Si usted hubiera querido, ha tiempo que Rouletabille... Pero usted no piensa más que en Odette... ¡y en Juan! Usted no debió poner el *Libro de los Antepasados* en el equipaje de Juan, sino en el maletín de Rouletabille...

—No perdamos el tiempo en reproches inútiles... Los perdemos si continuamos unidos... ¿Qué quieren de nosotros?

—Que les diga todo lo que sé de usted, y a esa costa me pondrán en libertad... Rouletabille ha logrado convencer al patriarca de que usted escondió el libro en el equipaje de Juan.

—Pero no lo pueden probar—dijo Hubert en tono apagado de protesta—. ¿Me cree usted imbécil? *Le juro que nadie me ha visto.*

Apenas dicho esto, se descorrió el cortinaje y vieron sitiados por vociferantes turbas.

Los cíngaros se precipitaron aullando:

—A muerte los dos.

Andrés le echó la zarpa a Hubert, y cuando el resto de la cuadrilla, ante el patriarca y los ancianos impasibles, iba a caer sobre *El Pulpo*, ésta en un santiamén se quitó el sombrero, el velo y la peluca, y apareció ante los ojos estupefactos de la Asamblea con *los rasgos fisonómicos de Rouletabille.*

CAPÍTULO XXX

Miserere, dice el hombre, y en el tonante cielo dice el viento; *Miserere!* ¡*Miserere!*, dice el mar. ¡*Miserere!* ¡*Miserere!*

La leyenda de los siglos.

ESTOS trágicos sucesos tuvieron su lógico desenlace en la siguiente comedia. Los trapaceros serían muy temibles si no encontrasen con frecuencia en alguna encrucijada, no la espada de dos filos, arma pesada en consonancia con su armadura, sino un alfiler que les pincha el vientre y los deshincha como si fuesen vejigas llenas de aire. Cualquier farsa los derriba, y hay que inclinarse para ver lo que queda del formidable monumento de tela pintada, obra de su fábrica de embustes.

Feodor y el docto bibliotecario accedieron, ávidos de curiosidad, a la representación de la cruenta farsa. Rouletabille, que se trajo del hotel el disfraz guiñolesco preciso para llevar a cabo la única estratagema que podía salvarles, no titubeó en comunicársela al

patriarca y al docto anciano, y al obrar así, tuvo la intuición de acertar el camino; pues a Feodor, como verdadero jefe de Estado, le pareció preferible entregar a la fiera del pueblo, que exigía su presa, una víctima menos ilustre que Rouletabille y menos comprometedor en el mundo diplomático que Santierne (pues a este respecto había ya recibido la visita del cónsul de Valaquia), sin contar que la muerte de estos jóvenes acarrearía la de la doncella convertida en reina a su pesar, crimen achacable en todas partes a los autores de la aventura... Ahora bien: ¿no tenía en ello parte de responsabilidad el patriarcado?

Sobran razones para que triunfase la verdad, y la verdad lució esplendorosa, aunque de modo tan inesperado para algunos, que Hubert, a favor del desorden provocado en la Asamblea por las transformaciones de Rouletabille, desprendiéndose de las garras de Andrés, de un brinco ganó la ventana y saltó al jardín... y tras él corrió alocada compacta muchedumbre, a la cual, con el gesto y a voces, espoleaba el propio patriarca.

¿Y qué hacía Odette en tanto? Se moría de risa viendo a Rouletabille con basquiña aún, a medias hombre y mujer, y en la facha más graciosa que puede imaginarse.

—Ya decía yo que había que dejar en libertad de acción a nuestro querido Zo.

—¡Eso es—exclamó Juan—lo que tenías en tu pe-

queño equipaje! ¡Por eso no tenías otra manía que la de tu maletín de aseol! ¡Habías ya urdido tu enredo! ¡Listo tenías el disraz! ¿No podías habérmolo dicho?

—¡Quia!—murmuró Rouletabille—. Siempre lo mismo... Si te hubiera dicho: «Espérame, que voy a buscar el sombrero y el velo de la señora de Meyrens», no me hubierais aguardado, de no estar Odette.

—Sí; pero estaba Odette—dijo ésta—, y Odette no quiso marcharse sin su querido Zo.

—Odette es un ángel—exclamó Rouletabille.

—¿Y yo?—preguntó Juan.

—Tú, un burro, como todos los enamorados.

—Gracias... Pues bien, este burro te va a dar un buen consejo... Pues este asno cree que cuando la señora de Meyrens sepa la mala pasada que le has hecho...

—Déjala correr—repuso Rouletabille—... Nada temas: no vamos a envejecer en este país.

Y ya correcto y sin afeites, Rouletabille se presentó ante el patriarca y le espetó este discurso:

—Se atraparé al culpable o no se atraparé. En uno y otro caso, nada tenemos que hacer aquí, pues si se le atrapa, no hemos de presenciar su suplicio; y si no se le atrapa, será un disgusto para nosotros, reconocidos ya inocentes, asistir al nuestro.

Feodor juzgó este discurso como dechado de sabiduría, y lo dispuso todo de manera que Rouletabille y sus amigos pudiesen abandonar sin más tardanza la

capital. Por lo demás, protegió esta marcha precipitada con un decreto de expulsión que se apresuró a promulgar.

Entretanto, no cesó un minuto la persecución a Hubert, al cual, en estos momentos épicos, se le ofreció coyuntura de desplegar todos los recursos, toda la fuerza y todo el coraje de los héroes más renombrados de la Antigüedad y de la Edad Media. Todo vuelve a través de los tiempos, lo que casi equivale a decir que nada cambia, y hasta el tiempo no es más que una ilusión. Ya hemos visto a ese caballero fantástico rodeado de una nube de enemigos, a los que bate a puñetazos a la hora de un crepúsculo sangriento, como se dieran al sol hecho ascua... en los campos de Ilión y en los Circos de la Muerte, en la «Canción de Rolando» y en las áureas llanuras de la Camargue, antes de perecer tragado por el abismo traidor del lago en los confines del país de la peste...

Hubert murió como un héroe regenerado por la muerte, pues fué alevoso por amor... ¡Ahl! ¡Hermosa fué la batalla! ¡Qué salto dió para verse caballero sobre un caballo semental! Pero el bruto lo despidió como si fuese un bólido contra los pechos de sus perseguidores, que cayeron a tierra, y contra la turba, que retrocede...

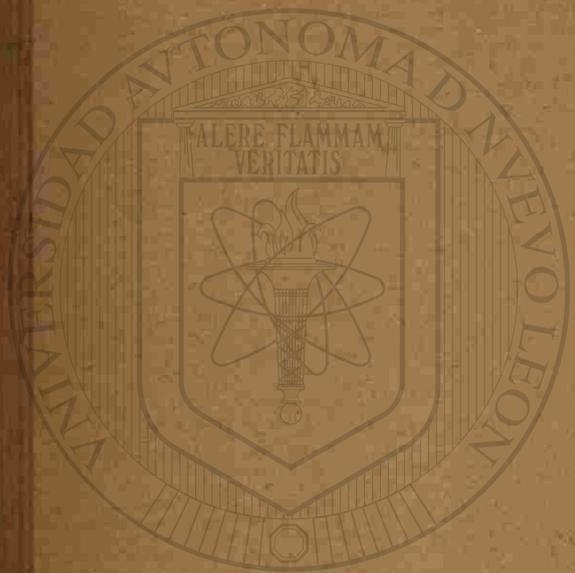
Y ya están las puertas franqueadas... libre el espacio... La noche... la huida... la libertad quizás...

Pero no. Además de los hombres, las bestias. Una

manada de búfalos bravos le rematan, le destrozan. El infierno le ha arrojado las cuatro pezuñas de un caballo, y ya no devuelve las coces.

Y baja también, caballero de la muerte, a las sombrías mansiones...

Un gesto precipita el fin. Hubert muere por haber amado a Odette y no haber sido correspondido... Muere por una sonrisita que le negó la joven... Haya hecho lo que haya hecho: ¡Miserere!... ¡Miserere! ¡Miserere! ¡Pobres hombres!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES

CAPITULO XXXI

ENTREVISTA EN PARÍS PARA CONVENIENTES MANIFESTACIONES

Se anuncia el próximo enlace de Juan de Sautierne con la señorita de Lavardens. Se celebrará la boda en la mayor intimidad, por reciente duelo de la novia. La ceremonia se celebrará en la iglesia de Lavardens (Bocas del Ródano).

Rouletabille, ya entre sus lares del barrio Poissonnière, leyó y releyó estas concisas líneas, que publicaba la Prensa de aquella mañana. Las releyó fumando su pipa, sin más exteriorización de los sentimientos que le embargaban que su modo de aspirar el humo y devolverlo con brusca fuerza por la nariz. Evidentemente no revelaba gran satisfacción... Pero ¿por qué y en qué aspecto no estaba satisfecho? ¿Lo sabía acaso? ¿Qué más podía esperar? ¿No había completado su obra? Aquellas líneas que danzaban ante sus ojos, ¿no eran el coronamiento de todos sus esfuerzos? Había

sembrado la dicha en torno suyo... ¿Qué más le faltaba hacer? Esta cuestión se planteó, y acabó por contestarse en alta voz y muy nervioso:

—¡Nada!

En esto se abrió la puerta de su despacho, y apareció Juan.

—Ea, Rouletabille..., puedes estar satisfecho—empezó diciendo Santiérne ebrio de felicidad—; ¡no se habla más que de ti en toda la Prensas!..

—¡Oh!, también de ti se habla un poco, querido—le replicó Rouletabille, disimulando a duras penas la rápida emoción a que se entregó momentos antes de la llegada de su amigo..., y le señaló los renglones que anunciaban su próxima boda.

—Sí, se habla de Odette y de mí, ¡claro está!, pero el héroe eres tú; tú, el *deus ex machina*... Tú eres el hombre vencedor del destino y de los bohemios, el que se metió a Sever-Turn en el bolsillo... He venido a decirte, querido Rouletabille, que nuestro agradecimiento, el de Odette y el mío, serán eternos. Una vez más, gracias...

—Ya te he dicho que no hay de qué... Ea, querido Juan, abrázame y vuelve pronto al lado de Odette.

—¿Me echas?

—No; pero me imagino que Odette te espera.

—Sí que es verdad.

—¿Está enferma?

—No; vaya una pregunta...

—Te lo digo porque me extraña que no te haya acompañado.

—Sí que quiso..., pero hallé un pretexto...

—¿Para venir solo?

—Claro. ¡Oh!, no se aburre; está recorriendo almacenes con su antigua *aya*, la sirvienta, ¿sabes?, la que puso de patitas en la calle el señor de Lavardens a raíz del regreso de Odette... cuando volvió de casa de su tía—acabó diciendo Juan sonrojado.

Rouletabille miró a Juan gravemente y se sentó impasible.

—Sí—repuso Santiérne, un poco confuso, al parecer—, he querido venir solo para hablarte de... de... de la señora de Meyrens.

—¿Quieres hablarme de la señora de Meyrens?

—Sí... de *El Pulpo*, y de otra cosa a propósito de *El Pulpo*... de una cosa que debí habértela dicho hace tiempo y nunca... te dije nada, por delicadeza... porque para mí tú estás muy por encima de ciertas contingencias y de ciertas gentes... Tú, en primer lugar, estás por encima de todo... ¿Comprendes?

—No... no te comprendo, y te ruego que me expliques... que te expliques con toda claridad—replicó Rouletabille, cada vez más glacial.

—Pues bien, querido, eso quiero también. Quizás sea yo «un adoquín», pero he aquí lo que pensé: me dije: no es posible que Rouletabille diese con el truco tan de buenas a primeras en Sever-Turn.

—¿Qué truco?

—¿Cuál ha de ser? El de tu transformación en la señora de Meyrens..., transformación, sin duda, realizada más de una vez... ¿Estás?

—Continúa... que me interesas—respondió el repórter, cada vez más frío.

—Hubert cayó tan fácilmente en el engaño en Sever-Turn, porque vió ante sí a la misma señora de Meyrens que vió en tantas ocasiones... *a la misma que vió en Innsbruck...* y la que vió en Innsbruck, ¿no era igualmente Rouletabille? Ea, ¿lo he adivinado?

—Hiciste mal en calificarte de adoquín...; eres muy inteligente—murmuró Rouletabille.

—Ea, ríete conmigo, querido, ríete... Me alborozaba haber adivinado... Pero ríete...

—Espero para reirme a que ya nada tengas que adivinar...

—Pero ¿no te has burlado aún bastante de nosotros? Y yo que creía que la señora de Meyrens pasó la frontera a nuestra zaga... y que se fué con Hubert y que le sonsacaría tus secretos... ¡Ah! eres muy grande! Y yo que os acechaba..., y me arrecí en la calle, esperándoos..., y entré en el hotel, y en tu cuarto te sorprendí vestido de pijama..., ¡bandido!; acababas de quitarte la basquiña y el velo de la señora de Meyrens..., y me viniste con cuentos sobre lo que habías hecho, y me referiste la visita al cuarto de ese endiablado Hubert... Al fin, merced a tus ardides, lo-

graste averiguar lo que decía aquella página romancha.

—¡Admirable deducción!—exclamó Rouletabille.

—Más adelante supiste que Hubert (te lo había dicho el propio interesado) se empeñó en hacerse con Odette para entregarla de nuevo a los cingaros, y he aquí por qué te apostaste, para sorprenderle, en la carretera de Sever-Turn.

—Lo grato para ti—declaró el repórter con impresionante gravedad—, es que no hay necesidad de explicarte nada.

—Pues bien, sí... queda una cosa, querido Rouletabille..., y te ruego me la expliques.

—Ese abominable Hubert me dijo que la señora de Meyrens...

—¡Ah!, ya caímos...

—Que la señora de Meyrens (esto es, tú) le enseñó dos cartas de Odette en las que decía que te visitó en tu casa de París... Puedes imaginarte cómo oí esa confidencia. No quise oír más... Luego he comprendido que debiste de enseñarle esos documentos, cuya importancia subrayarías, para que a su vez te descubriera los suyos y no dudase de la enemiga que la pretendida señora de Meyrens profesaba tanto a Rouletabille como a mí mismo... Ahora bien: puedo asegurarte que desde el primer momento creí apócrifos esos documentos, esto es, forjados por las necesidades de la trama.

—¿Has hablado de esas cartas a Odette?—preguntó sencillamente Rouletabille...

—No. Hubiera constituido una injuria. Por eso tampoco te he dicho nada hasta ahora.

Rouletabille se levantó, estrechó la mano de Juan y le dijo:

—¡Eres una alhaja! Sólo que esta vez no diste en el clavo. Las cartas existen y son auténticas... Helas aquí—agregó con cierta emoción, sacándolas de un cajón—. No he podido aún devolvérselas a Odette... Se las entrego a su marido.

No es posible imaginar la agitación de Juan.

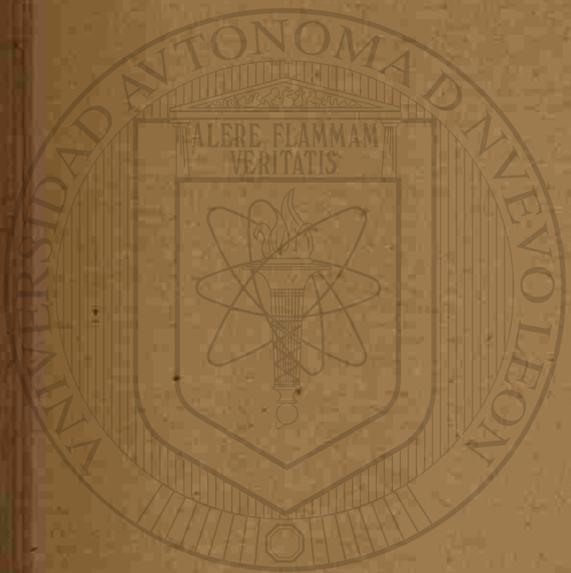
—¡Odette! ¡Odette vino aquí! ¡A tu casa!

—Sí, a mi casa...

—Y yo nada supe...

—Nada supiste... Cálmate, Juan; te digo que te tranquilices y... mirame. No hagas el burro. Odette vino aquí loca de celos, dispuesta a saber lo que hubiese de cierto en tus relaciones amorosas con Calixta... vino como una chiquilla, a armar toda clase de escándalos... ¡Parecía una salvaje! La verdad, me espantó, pues no la conocía bien, desconocedor entonces de su sangre cingara... ¡Ah, te juro que te quiere, pues bien te odió por achaques de esa Calixta... Te detestó una hora, durante la cual su antigua criada y yo no hallamos medio de calmarla. Imagina lo que hubiera pasado si llega a verte paseándote en auto con Calixta... En fin, se echó a llorar... Me fué entonces ya fácil

convencerla; le enseñé cartas tuyas, de las cuales se desprendía con claridad más diáfana que la de la aurora en Lavardens, que desde hacía tiempo nada tenías que ver con Calixta... En fin, pude meterla en el tren con su criada, y avergonzada me arrancó la promesa de no decirte jamás nada de su viaje a París... Ahora que lo sabes todo, querido Juan, ¿en qué más puedo servirte?



CAPÍTULO XXXII

REUNIÓN EN LAVARDENS PARA CELEBRAR UNA CEREMONIA QUE A NADIE SORPRENDERÁ

CUANDO los dos jóvenes no reñían, se abrazaban. Juan era tan feliz por lo que acababa de saber y tan grato sesgo tomaban sus asuntos personales, que a poco asfixia a Rouletabille a fuerza de abrazarle.

—Eres el más noble de los amigos.

—¿Por qué el más noble?—dijo Rouletabille, desprendiéndose, en tono de protesta—. Soy amigo tuyo, y basta.

—¡Basta!, ¡palabra sublime!—exclamó Santierne en tono doctoral y enjugándose los ojos—. Pues bien, ahora voy a decirte...

—No me lo digas—repuso el periodista abriéndole la puerta—. Nada tienes que decirme... Odette te espera... Vete con ella... Abrázala de mi parte... y adiós...

—¿Cómo adiós? ¿No vendrás a Lavardens? Tú, Rouletabille, ¿no asistirás a la boda?

—Querido... Voy a descansar en algún retiro..., aquí cerca..., en América...

—Si haces eso..., si te vas a América antes de nuestra boda... ea...

—¿Qué?

—Pues... creeré... ¡No!, no creeré—repuso de pronto viendo cómo se irguió ante él Rouletabille con palidez mortal en el semblante—; pero quédate—dijole en tono suplicante.

—Bien—contestó Rouletabille tendiéndole la mano, fría como el hielo—, me quedaré.

Juan se volvió dando a Rouletabille un último abrazo, que éste recibió impasible y sin devolverlo.

—Me quedaré..., pues aún les hago falta.

Y cerró la puerta, se hundió en la butaca y encendió la pipa.

—Él es guapo mozo—dijo en alta voz—. Y ella también..., también es muy gentil...; harán magnífica pareja.

En este momento se abrió la puerta y Juan, como loco, se dirigió a Rouletabille.

—Rouletabille, ¡ella, ella está aquí!

—¿Quién? ¿Odette?

—No; Calixta... Calixta ha vuelto.

—¡Ah! Si no es más que eso—repuso el repórter sentándose en el butacón—, ya lo sabía.

—¿Cómo? ¿Lo sabías y no me dijiste una palabra? Calixta sin duda ha vuelto a París con las peores intenciones...

—Probablemente—replicó Rouletabille—; pero tranquilízate, querido Juan...; ya me las he arreglado para que no vuelva sola a París... Podría aburrirse la pobre Calixta...

—¿Entonces?

—¿Entonces qué? No hay más... No pierdas el tiempo tontamente. Vuelve al punto con Odette a Lavardens y *cásate tranquilamente*.

—No estaré tranquilo si no nos acompañas.

—Pues bien, os acompañaré; ¿ya estás satisfecho?

—Y Odette lo estará..., pero dime: ¿realmente nada temas de Calixta?

Rouletabille levantó los hombros.

—En seguida que supe que Calixta había llegado a París (y yo la esperaba) me las compuse de modo que Andrés viniese a juntarse con ella. El gitano llegó esta mañana... Ya está listo el arpeo, y créeme que no le soltaré.

—¡Ah! ¡Rouletabille, Rouletabille! Siempre estás en todo. ¿Cómo te podré pagar?... Atiende, querido Rouletabille: si un día *El Pulpo* se mete contigo..., pues creo firmemente que tratará de vengarse del desparpajo con que has abusado de su personalidad en Innsbruck y en Sever-Turn...

— ¡Qué bien te expresas! ¡Abusar de su personalidad!

— ¡No digas tonterías! Ea, entonces, a una señal tuya, ya me verás si soy capaz de...

— No esperaba menos de ti, querido Juan. ¡Cuento contigo! ¡Diablol Ya puede *El Pulpo* ponerse a buen recaudo...

Días después, en la iglesia de Lavardens, muy pequeña para contener a una muchedumbre de amigos, que no fueron invitados, antiguos amigos de la Camargue, de la Cran y de la comarca de Arlés, se celebró la boda de Juan con Odette... Todos los mayores de las Marías circundantes y los pescadores de Santas Marías vinieron a expresar sus votos a la señorita del Viei Caston Nou, a la cual vieron de niña, amazona cogida a la crin de briosos potros sin freno por las llanuras... Algunos se acordaban de que no era de la ciudad el que le acompañaba en esas correrías, pero nadie pronunció el nombre de Hubert. Hay pequeñas hadas que no se hicieron para ciertos paladares. Y es expuesto cabalgar tras ellas fuera de su laguna. Se cae de bruces siempre en otro lago, que acogen a la víctima y la guardan para siempre. Y dice un gran trovador poco más en una de sus canciones:

«Amo el aire libre, y estoy encadenado; ando entre las cañas con los pies desnudos; el amor es Dios y el amor pesca; después de la acción es falaz todo entusiasmo.»

Este Juan de Santierne es realmente un excelente partido; ¡no hay poca diferencia entre un mayoral y un joven como éste, tan elegante, tan fino y tan rico, querida! Me explico que se agarra a su brazo! Mirad, hermanas mías, cómo pasa Odette... Hoy, por doquiera, del campo a la iglesia, canta el poeta, no la reconocen los pajarillos de la alameda, envuelta en el blanco velo nupcial... «¿Quién es aquella bruja?», se preguntan, y todos, espantados, recelan, pero, observándola mejor, vuelven de su acuerdo y van a saludarla con alegres gorjeos...

Juan y Odette se casaron tranquilamente. ¿Tranquilamente? ¿Es posible?... Sí, porque Rouletabille lo previó todo, y encadenó a Andrés con Calixta. Allí, apoyada en un pilar y sin que nadie la invitara, una mujer, mucho más curiosa que los demás, contempla el florido cortejo, que desfila. Tiene esa mujer el perfil fatídico de Calixta, su mirada colérica, sus labios temblorosos, sus dientes de loba... Una cosa refulge en su manecita nerviosa de gitana. No es la primera vez que amenaza a Odette la hoja brillante de ese puñal... Pero una más se apaga ese resplandor. La zarpa terrible de Andrés apresa, como si fuese una argolla, la frágil muñeca, y el hombre de la ruta se lleva a su prisionera (para siempre)

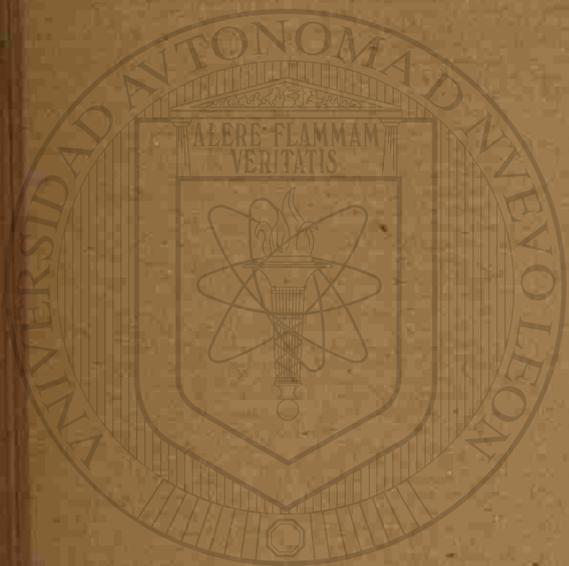
¡Para siempre! La gitana lo sabe bien. Ya no resiste... Todo acabó entre ella y el Occidente. El cíngaro la echó al pie de la carreta... La gitana recibió sus golpes con feliz estupor... ¿Cómo no fué antes más brutal? Para siempre aceptó resignada los pingajos bohemios, que no debió jamás abandonar... Su aventura fué más bien producto del orgullo que del amor. Se engañó a si misma... ¿Cómo podía comprenderla un rumi?

¡Oh cansancio!, ¡oh dulce agotamiento tras la lucha!, ¡encanto de la derrota! Cerca tiene brazos temblorosos que la aguardan..., los brazos que rechazó siempre por empeñarse en ser una señora de ciudad... ¡Ridículo, ridículo! Fué mujer de ciudad y, sin embargo, se encerraba en la alcoba para cantarse con una guitarra de bazar las antiguas canciones de la ruta..., o bien para ver silenciosa los campamentos, ya anochecido, al borde de los bosques, cuando se dormía acariciando el hocico de *Chucho*, el abuelo de todos los perros de la tribu, cuyas blancas barbas peinaba todas las mañanas con cuidadosa ternura. ¡Pues bien!, *Chucho* no murió porque sabía que ella volvería...

Y, además, colgada en la carreta estaba la vieja guzla, cuyos acentos alegraron sus primeros pasos... Andrés descolgó el venerable instrumento, y las cuerdas tañidas por sus dedos vibraron con ritmo milenario.

Se sentó junto a ella... La gitana lloró lágrimas de sumisión y de... aceptación.

Y al descansar su cabeza en aquel pecho anhelante, tantas veces rechazado porque sabía que al cabo sería su dueño..., la gitana no se sintió del todo desgraciada.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA Y DOCUMENTACIÓN

CAPÍTULO XXXIII

EN EL CUAL ROULETABILLE Y LA SEÑORA DE MEYRENS
INVITAN A SUS AMIGOS A UN BANQUETE

ALGUNAS semanas después del fausto suceso de la boda, habló mucho la Prensa parisina de un personaje muy mezclado en el rapto de la señorita de Lavardens, hoy señora de Santierné. Los diarios, que primero designaron a este personaje por sus iniciales, acabaron por revelar el nombre. Referíanse a la señora de Meyrens, cuyas numerosas aventuras sacaron de nuevo a colación, entre ellas la de una mala pasada que jugó (digna de la horca) a encopetadas autoridades (huelga nombrarlas), a consecuencia de la cual hubo de presentar la dimisión el director general de Seguridad. En ese escándalo se vió gravemente comprometido un periodista, célebre hasta entre los gitanos (o sea Rouletabille). Y hasta se contó que la policía registró la casa del repórter, selló legajos y cajones, y confiscó un cuaderno, en el cual a cada

paso salía el nombre de la señora de Meyrens (alias *El Pulpo*).

La Epoca desmintió vagamente en un suelto, que no convenció a nadie, estos rumores. Hubo apuestas en los saloncillos de periódicos. ¿Le costaría el cargo al director general de Seguridad? Rouletabille estaba bien parapetado en su diario con la *señora de Meyrens*. Una mañana se supo que el director general de Seguridad había sido nombrado gobernador de una de las más importantes colonias del África occidental. El triunfo, pues, de Rouletabille fué rotundo, pero no podía, ciertamente, lamentarlo el director general. En una palabra, todos estaban contentos. Al mismo tiempo, un señor, llamado Croussillat, juez de primera instancia en una pequeña población del Mediodía, fué nombrado, no se sabe por qué especial favor, juez del Sena. El rumor público trajo y llevó un señalado servicio prestado a la señora de Meyrens.

Pero es el caso que no se vió más a la señora de Meyrens, y cuando todo el mundo se preguntaba si por prudencia esa señora no se había alejado de Francia, algunos literatos y magistrados relevantes y algunos amigos de Rouletabille recibieron una tarjeta, en la cual la *señora de Meyrens* y el señor José Rouletabille les invitaban a comer.

El caso produjo gran revuelo. Era indudable que Rouletabille quería ostentar a la señora de Meyrens.

Huelga decir cuán severamente se juzgó semejante alarde. Juan de Santierne, que de vuelta de su viaje de novios, apenas quitado el polvo de los zapatos, leyó sorprendido la invitación, fué presa de invencible rabia. Le incitaba a la cólera menos el escándalo de aquella juerga que la osadía de invitarle, no sólo a él, sino de invitar a su Odette.

Tuvo buen cuidado de no decirle una palabra a su mujer, pues ésta a toda costa le hubiera acompañado, y así Juan se presentó solo en Ville d'Avray.

Porque Ville d'Avray era el punto de la cita, en un *chalet* muy conocido, sito a orillas del estanque. Un devaneo de enamorados, al cual Rouletabille invitaba a sus amigos, «quién sabe—se decía Juan—si para anunciarnos su casamiento». Y agregaba suspirando y mirando al cielo:

—¡Ah!, ¡pobre Ivana!

La primera persona con que topó al entrar en el elegante restorán, fué el señor Croussillat.

—¡Cómo!, ¿usted aquí, señor Croussillat? ¿Se le ha invitado a usted también?

—¿Y por qué no? No atisbo por qué no había de invitármese.

—Usted, usted, honorable magistrado, ¿va usted a comer públicamente con la señora de Meyrens?

—Parece que van a casarse—replicó Croussillat amostazado—, y siendo así, nadie podrá reprocharnos.

—¡Ahl, ¡me lo figuraba!—repuso Juan consternado.

—No sé por qué se conmueve usted. Hay ahí también en la sala contigua al estanque media docena de amigos con una cara... Si se quieren, hay que inclinar la cabeza, ¡qué caramba!

En este momento un mocetón, ordinariamente jovial sin duda, pero ahora melancólico, se dirigió hacia Juan, saludándole por su nombre.

Juan devolvió el saludo y se preguntó dónde había visto aquella cara.

—¿Usted no me reconoce, señor de Santierne?—le preguntó el mocetón—. Permitame que me presente. Soy Nicolás Tournesol..., la arteria principal del fabricante, del consignatario y del comerciante al por mayor; Nicolás Tournesol, presente en Sever-Turn cuando le ocurrieron a usted tantas desdichas... Le vi a usted en el hotel de los Balkanes con José Rouletabille...

—¡Ahl, perfectamente, señor...; me alegro de verle a usted en Paris... Pero... ¿dónde está Rouletabille?

—Aún no ha llegado, señor... Por eso me quedo... el tiempo preciso para entregarle un paquete cuya custodia me encomendó...

—¿De modo que la señora de Meyrens no le ha invitado a usted?

—Le diré, señor de Santierne... La señora de Meyrens no me ha invitado a un almuerzo que es de esponsales al parecer... pero el señor Rouletabille ha

sido tan bueno conmigo que no me echó en olvido...

—Entonces... quédese usted.

—No... señor de Santierne... no me quedo por la razón que voy a exponerle. En Sever-Turn hice un poco el amor a la señora de Meyrens...

—¡Atíza!

—Y yo aprecio mucho la amistad del señor Rouletabille.

—Sí, sí... la posición es embarazosa... y le sobra a usted delicadeza, señor Tournesol... Pero he aquí precisamente a la señora de Meyrens.

—Me pongo a salvo.

Pero no hubo medio. La señora de Meyrens, que acababa de llegar, columbró al señor Tournesol y se apresuró a agradecerle que asistiese, anteponiéndolo a todo, a aquella fiesta íntima. Y al decir esto, le apretó la mano de modo muy significativo, tanto que el señor Nicolás Tournesol se sonrojó a ojos vistas pensando que comprometía seriamente el honor del pobre Rouletabille... ¡Fuera delicadezas! A la postre no tenía por qué guardárselas a un José... que... En la guerra hay que ser guerrero... Se entiende en la guerra amorosa.

Cuando pasaron los invitados al comedor contiguo al estanque, el señor Tournesol no echó en saco roto que la señora de Meyrens fué a sentarse a su lado, provocando la estupefacción de todos y poniéndose en ángulo con él para chafarle el pie bajo la mesa.

Y la desvergonzada tenía para ello un pie respetable y sin los sabañones que atormentaban al señor Tournesol horriblemente...

—Bien me advirtió Rouletabille que era peligrosa esta mujer...

Lo raro era que Rouletabille no hubiera acudido aún y que la señora de Meyrens, harta de esperarle, ordenase que diese principio el almuerzo. Tal desahogo fué un jarro de agua fría para los comensales... Sin embargo, Juan y los demás nada repusieron, pesarosos ya de haber aceptado la invitación.

Sólo estaba realmente satisfecho allí el señor Croussilat, que conservaba su formidable apetito de siempre, y así se precipitó impávido sobre los entremeses y muy principalmente sobre una ensalada rusa, de la que dió tan buena cuenta como si fuese un plato provenzal...

Frontero a él y mirándole con emoción, se hallaba colocado un señor llamado La Candeur, compañero de Rouletabille en la redacción de *La Epoca*, que aqueado de su estómago, no comía... y no comía además porque el casamiento de su colega con la señora de Meyrens... le cerró el apetito... No comía porque le hacía falta la presencia de Rouletabille... Otro repórter, compañero de aventuras de Rouletabille, un tal señor Vladimiro, se levantó y dijo:

—Lo que ocurre es incomprensible. Voy a telefonar a ver si logro saber qué ha sido de Rouletabille.

Y salió apresurado del comedor.

—Este simpático joven hace mal en criar mala sangre—dijo la encantadora señora de Meyrens, arrastrando las sílabas y cantando las palabras—. Rouletabille va a venir. Si se ha retrasado un poco, ello se debe a que hemos decidido los dos romper definitivamente nuestras relaciones...

Un ¡oh! de asombro y, hay que decirlo, de satisfacción al mismo tiempo, acogió la inesperada noticia. El señor Tournesol se sonrojaba más por momentos, mientras que sobre su pie sentía cada vez más fuerte la presión del de su vecina de mesa.

La señora de Meyrens continuó diciendo:

—Y hemos convenido los dos que él no se presente mientras que yo no me vaya. Señores... voy a despedirme de ustedes. Ya no me volverán a ver... No protesten... Sé lo que muchos de ustedes piensan de mí... No les guardo rencor. La fatalidad dispuso que no pueda querer a un hombre sin causar su desgracia. Sólo hay un ser, aquí presente, al cual jamás intimidé: es el señor Nicolás Tournesol. Nuestros corazones laten juntos y he de confesarles también que nuestros pies andan tocándose desde que empezamos a almorzar... Esta es una razón más, señores, para que yo desaparezca. Quiero salvar al señor Tournesol de mí misma. ¡Basta ya de catástrofes! ¡Señores, no han venido ustedes a un convite de esponsales, sino a un banquete fúnebre!... ¡Voy a suicidarme!

Todos se levantaron rápidos. Rostros espantados rodearon a la señora de Meyrens... El señor Tournesol se echó a llorar. El señor Crousillat se ahogaba y suplicó a Le Candeur que le golpease la espalda... ¡Aquello no era bromal! ¡Suicidarse teniendo delante comida tan espléndida!

Hacia rato que Juan no decía nada, pero observaba con curiosidad creciente a la señora de Meyrens, como si al fin aprehendiese algo que revoloteaba en su pensamiento y que rechazó un momento como fantasmagoría exagerada.

La señora de Meyrens durante su discurso conservó impresionante sangre fría; al decir en tono de mando «y ahora avisad a la funeraria», hizo un gesto de verdadera grandeza trágica...

Lucrecia, al anunciar a los gentileshombres de Ferrara que estaban todos envenenados y sólo les quedaba una hora de vida, no apareció tan fatídica como la señora de Meyrens con su invocación a la Funeraria... Todos se preguntaron si aquella rara mujer, a la cual se atribuían mil fantásticas peripecias, no iba a suicidarse con otro, cuando la presencia del enterrador dispó, afortunadamente, la macabra sospecha. El enterrador era el propio Vladimiro, tocado de peluca y sombrero como los que gastan los empleados de las pompas fúnebres y que ofrecía a la vista la más regocijante facha. Bajo el brazo traía un pequeño féretro, que colocó sobre la mesa y en el cual,

a modo de epitafio, se leía: *Aquí yace la señora de Meyrens, alias El Pulpo.*

Al mismo tiempo vieron todos que la señora de Meyrens se despojaba en un santiamén de su peluca y de los oropeles femeninos y caía la falda al suelo. Rouletabille apareció con su famoso terno a cuadros, coreado por los alaridos y clamores de los comensales.

Sólo Juan, que ya vió otra vez semejante transformación, no se asombró demasiado, y hubiera de pronto caído en ello, si no se diera, por prevención de Rouletabille, la comida en la hora crepuscular, cuya penumbra envolvió discretamente a nuestro repórter. Además, sólo unas bujías alumbraban la sala contigua al estanque.

Rouletabille tranquilamente depositó los restos de la señora de Meyrens en el pequeño féretro traído por Vladimiro y empezó así su oración fúnebre:

—La señora de Meyrens fué fusilada años atrás por espía en los fosos de Schlüsselbourg y allí fué enterrada. En mi último viaje a Petersburg me hice con papeles y legajos suyos, merced a los cuales pude resucitarla. Ello me sirvió no poco en mis tratos con la Administración del Estado, que no tuvo secretos para ella, y, por tanto, no los ha tenido para mí... Era éste un juego peligroso; tan peligroso, que al hablar en mis notas o apuntes de la señora de Meyrens, o sea de *El Pulpo*, empleé siempre la tercera persona. Así

me defendí de la citada Administración, cuya ingerencia o visita inoportuna en mi despacho temí a todas horas... En este asunto de los gitanos hube de engañar con los rasgos de *El Pulpo*, no sólo a la policía, sino a honorables personas, de las cuales solicito aquí muy humildemente perdón... ¡Que me perdone el señor Croussillat! Que me perdone el pobre señor Bartholasse, al cual no he invitado por temor a que le diese un ataque aplopético al conocer estas crueles revelaciones. ¡Que me perdone el señor director de la cárcel de Arlés!... Han de comprender estas honorables personas que, merced a mi disfraz, logré saber cosas que sin él hubieran quedado sumidas en eterno misterio... En fin, ¿no le fué fácil a la señora de Meyrens ir y venir sin peligro por Santas Marías del Mar e interrogar a los gitanos, cuando Rouletabille sólo a costa de su vida podía dejarse ver en Camargue? ¿Comprende usted ahora, señor Croussillat cómo Rouletabille sabía tan bien lo ocurrido en la choza de Zina? ¿Y comprendes ahora querido Juan, por qué a pesar de tus reproches seguía tratando a esa horrible mujer que no podías ver ni en pintura?

—Pero no sólo en pintura la vi...—exclamó Juan—, ¡Ah! ¿Qué me estás contando? ¿Pretendes ahora que desde un principio la señora de Meyrens has sido siempre tú? Pero yo te he visto a la vez a ti y a la señora de Meyrens... ¡Te he visto hablar con la señora de Meyrens!

—No, querido Juan. No me has podido ver. Viste a Rouletabille disfrazado de señora de Meyrens hablando con... No me toca decírtelo... Pues bien, sí... lo vas a saber... Aquel día... o, mejor, aquella tarde... me burlé bien de ti... Salí de la cárcel de Arlés disfrazado de señora de Meyrens, y tú me divisaste y me seguiste..., lo cual me contrarió bastante, y hasta me pregunté si habrías sospechado la extravagante comedia que estaba yo representando...: *ese secreto de la apócrifa señora de Meyrens era desde antaño demasiado precioso y peligroso en demasía para confiarlo a cualquiera, y menos a un impulsivo como tú*, querido Juan. Lo quería recobrar para mí... para mí tan sólo, y por ello resolví disipar tus sospechas si acaso nació alguna en tu espíritu. Entré en el hotel del Foro... permanente en la plaza atisbando mi ventana. Yo te veía... Mi cuarto estaba aún sumido en la obscuridad. Rápidamente, con una percha, un almohadón, el traje y la gorra de Rouletabille, construí un maniquí sentado en la silla y de espaldas a la plaza, y entonces di yo, la señora de Meyrens, la luz eléctrica al entrar en el cuarto en que Rouletabille me esperaba... y así pudiste ver a la señora de Meyrens hablando con Rouletabille... ¿Estás ahora?

—¡Ah! Te creo... ya he caído... ya hemos caído todos en ello.

—Y yo, ¿cómo quedo?—dijo con acento dulcemente quejumbroso el señor Nicolás Tournesol.

Todos prorrumpieron en carcajadas. ¡Era tan graciosa la facha del pobre Tournesol!

—Cuando recuerdo—agregó—que desde el comienzo del almuerzo me está pisando los callos. ¡Ah! No se me olvidarán mis conquistas en Sever-Turn.

—Consuélese usted, buen Tournesol—le espetó Rouletabille—; usted ha encontrado en mí a un verdadero amigo, y vale más a veces dar con un buen amigo que con una mujer... Ahora acabemos de una vez con la señora de Meyrens... Antes fué fusilada; hoy vamos a ahogarla... Me parece que después de las dos ejecuciones quedará bien muerta.

Y la ahogaron, en efecto, primero en abundante champaña y luego en el estanque, al cual arrojaron el féretro cargado de piedras *para que la señora de Meyrens no sabiese más a la superficie.*

Apenas terminada la fúnebre ceremonia, se oyeron llamadas de teléfono. Le Candeur corrió a la cabina y al poco rato volyó:

—Esta vez es seria la cosa... Me acaba de comunicar el falso notición el mismísimo director: «Digale a Rouletabille que venga corriendo. Hay que poner en claro el notición que se está divulgando y es en extremo misterioso.»

—Naturalmente—exclamó Rouletabille levantándose—, lo contrario me asombraría; pero creo que hubiera podido aguardarse hasta mañana. ¡Qué profesión!

—Cállate—le espetó Le Candeur—; idolatras este oficio, pero esta vez me llevas contigo.

—Y a mí—suplicó Vladimiro.

—¿Y tú?—preguntó volviéndose sonriente hacia Juan—. ¿No quieres venir conmigo?

—No—contestó Juan, estrechándole afectuosamente las manos—. Corro al lado de Odette...

—Abrázala de mi parte y hazla dichosa, querido Juan, o... te mato.

—No me matarás... Merced a ti nada puede turbar nuestra dicha... a no ser que...

—¿Qué?

—A no ser que la terrible Calixta...

—No tengas miedo. Le dije a Andrés que le pasase una argolla por la nariz.

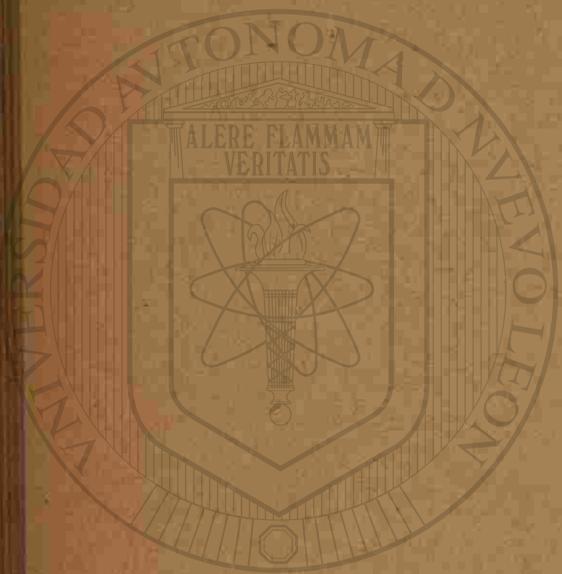
FIN

Aventuras del «repórter» José Rouletabille.

—o—

Esta interesantísima serie de aventuras puede leerse en los volúmenes:

EL CASTILLO NEGRO: I. El terrible Goulow.—II. El corazón de Ivana.—LA EXTRAÑA BODA DE ROULETABILLE y ROULETABILLE EN LAS FABRICAS KRUPP



INDICE

SEGUNDA PARTE

«EL PULPO»

	<u>Páginas.</u>
CAPÍTULO PRIMERO.—Olajai de nuevo se conduce de haber hablado demasiado y se venga hablando aún más.....	7
CAP. II.—«¡Socorro, querido Zol!».....	15
CAP. III.—En el cual vemos aparecer de nuevo el Libro de los Antepasados.....	23
CAP. IV.—El robo.....	31
CAP. V.—Dos cómplices.....	39
CAP. VI.—«Di que necesito mandrágoras...».....	55
CAP. VII.—No te apures.....	63
CAP. VIII.—Vino el que no esperaba.....	77
CAP. IX.—En Sever-Turn.....	85
CAP. X.—Toda la culpa de Rouletabille.....	97
CAP. XI.—Historia de un espantajo y de una mosca...	107
CAP. XII.—«Será nuestro combate el de dos torrentes».....	113
CAP. XIII.—Nuestros abuelos fueron los que le construyeron este oscuro calabozo.....	117
CAP. XIV.—En el cual Nicolás Tournesol corteja a las damas.....	127

	Páginas.
CAP. XV.—La página arrancada del Libro de los Antepasados.....	133
CAP. XVI.—La señal de la corona.....	137
CAP. XVII.—«Cual una flor cortada».....	145
CAP. XVIII.—El beso en la tumba.....	151
CAP. XIX.—Los dos recursos del patriarca.....	163
CAP. XX.—Haremos cuanto mal se nos ordene.....	175
CAP. XXI.—Uno de los modos usados en Sever-Turn de suministrar pan a los encarcelados.....	183
CAP. XXII.—¡Ah!, si llega a ser un día mi prisionero...	191
CAP. XXIII.—¡Oh hermano del Amor, Himeneo!	199
CAP. XXIV.—La alegría de <i>El Pulpo</i>	205
CAP. XXV.—¡Adiós, radiante luz de nuestros cortos veranos!	211
CAP. XXVI.—Pero uno logró perturbar la fiesta.....	215
CAP. XXVII.—« <i>Quærens quem devoret</i> ».....	229
CAP. XXVIII.—En el cual Rouletabille declara que no puede irse sin su maletín, y se relata lo que le sucedió.....	239
CAP. XXIX.—En el cual Rouletabille hace su juego...	247
CAP. XXX.—« <i>Miserere</i> , dice el hombre».....	261
CAP. XXXI.—Entrevista en París para convenientes manifestaciones.....	267
CAP. XXXII.—Reunión en Lavardens para celebrar una ceremonia que a nadie sorprenderá.....	275
CAP. XXXIII.—En el cual Rouletabille y la señora de Meyrens invitan a sus amigos a un banquete.....	283

M. AGUILAR-EDITOR

Marqués de  Apartado 8.011
Urquijo, 39 Teléf. 842 J.

MADRID

EXTRACTO DEL CATALOGO

COLECCION LITERARIA

VIAJES — NOVELAS — AVENTURAS

	Pesetas.
<i>F. Ossendowski</i> .—Bestias, Hombres, Dioses.....	5
— El Hombre y el Misterio en Asia.....	5
— De Presidente a la Cárcel.....	5
— La Sombra aterradora del Este.....	5
— Más allá de la Gran Muralla.....	5
— Fuego en el Desierto.....	5
— A través del país de los Simúns.....	5
<i>S. Palen</i> .—Cómo se escapó el Demonio Blanco del Mar Negro.....	5
— El Dragón Rojo.....	5
<i>Georg. Popoff</i> .—La Inquisición Roja.....	5
<i>H. G. Wells</i> .—Los rincones secretos del corazón.....	4
— El Nuevo Maquiavelo.....	6
— La Llama Inmortal.....	5
— El padre de Cristina Alberta.....	6
— Los Hombres Dioses.....	5
— Breve Historia del Mundo.....	10

Pesetas.

<i>Marcel Prévost.</i> —Su querida y yo.....	5
<i>Ernest Pérochon.</i> —Los Hombres frenéticos.....	5
<i>Edgard Rice Burroughs.</i> —Una princesa de Marte.	5
— Los Dioses de Marte.....	5
— El Guerrero de Marte.....	5
— Thuvia, la Virgen de Marte.....	5
— El ajedrez vivo de Marte.....	5
<i>M. Leblanc.</i> —La vida extravagante de Baltasar..	5
<i>L. Rossenthal.</i> —Hagamos fortuna.....	5
<i>B. Shaw.</i> —Comedias desagradables.....	5
— Comedias agradables.....	6
— Hombre y Superhombre.....	6
— Volviendo a Matusalén.....	6
— Tres comedias para puritanos.....	6
— La otra Isla de John Bull.....	6
<i>Mario Meunier.</i> —La leyenda dorada de los Dioses y de los Héroes.....	5
<i>Maurice Dekobra.</i> —Ha muerto una cortesana....	5
— La Madona de los Coches Camas.....	5
— Griselda, te amo.....	5
— La Góndola de las Quimeras.....	5
<i>W. Bonsels.</i> —Viaje a la India.....	5
<i>Gastón Leroux.</i> —Rouletabile y los Gitanos: I, El Libro de los Antepasados; II, El Pulpo. Cada tomo.....	5
<i>G. de la Fourchardière.</i> —El crimen de Buif.....	5
<i>F. Rabelais.</i> —Gargantúa y Pantagruel.....	5
— Hechos y dichos del buen Pantagruel.....	5
— Pantagruel, rey de los Dipsodas.....	5
<i>El Heptamerón.</i> —Cuentos de la Reina de Navarra.	5
<i>S. Hernández.</i> —Lo Bueno y lo Malo que se ha dicho del Amor, del Matrimonio y de las Mujeres.	5
<i>Brantôme.</i> —Vida de las Damas Galantes.....	5

BIBLIOTECA DE IDEAS Y ESTUDIOS
CONTEMPORANEOS

Pesetas.

<i>E. Claparède.</i> —Cómo diagnosticar las aptitudes de los escolares.....	6
<i>Gustave Le Bon.</i> —El Desequilibrio del Mundo... — La Vida de las Verdades.....	5
— Psicología de los Tiempos Nuevos.....	5
— Ayer y Mañana.....	5
<i>Dr. Maurice de Fleury.</i> —La Angustia Humana... <i>Dr. Henry Verger.</i> —Evolución del Concepto Mé- dico sobre la responsabilidad de los delin- cuentes.....	5
<i>Dr. Serge Voronoff.</i> —Estudio sobre la Vejez y el Rejuvenecimiento en el Hombre y en la Mu- jer.....	6
<i>Dr. P. Janet.</i> —La Medicina Psicológica.....	5
<i>M. Muret.</i> —El Ocaso de las Naciones Blancas... <i>S. Metalnikow.</i> —La Inmortalidad y el Rejuve- cimiento en la Biología moderna.....	6
<i>Dr. A. Delmas.</i> —La Personalidad Humana. Su análisis.....	6
<i>L. Trotzki.</i> —La Literatura y la Revolución.....	5
<i>Henry Ford.</i> —Hoy y Mañana.....	5

BIBLIOTECA DE CONOCIMIENTOS
MEDICOS Y OBRAS DE MEDICINA

<i>Dr. H. Feuillade.</i> —Consejos a los Nerviosos y a las personas que les rodean.....	6
<i>Dres. M. Perrin y P. Mathieu.</i> —La Obesidad....	5
<i>Dr. Louis Genest.</i> —La Impotencia y la Esterilidad en el Hombre y en la Mujer.....	5
— Enfermedades de la Mujer.....	5

	Pesetas.
<i>Dr. S. Woronoff.</i> —Mi método de Rejuvenecimiento por el injerto.....	20
<i>Dr. Henry Vignes.</i> —Fisiología Obstétrica Normal y Patológica.....	25
<i>Dres. E. Rochard y W. M. Stern.</i> —Terapéutica Postoperatoria.....	30
<i>Dres. P. Emile Weil y Paul Isch-Wall.</i> —La transfusión de la sangre.....	15

BIBLIOTECA DE CIENCIAS PSIQUICAS

<i>C. Flammarion.</i> —LA MUERTE Y SU MISTERIO.— I. Antes de la muerte, 6 pesetas.—II. Alrededor de la muerte, 6 pesetas.—III. Después de la muerte.....	7
— Las Casas de Duendes.....	7
<i>Dr. E. Osty.</i> —Conocimiento Supranormal.....	7,50
<i>P. E. Cornillier.</i> —La Supervivencia del Alma y su evolución después de la muerte.....	7
<i>Chevreuil.</i> —No morimos.....	5
<i>Sir William Barrett.</i> —En el Umbral de lo Invisible.....	5
<i>Schopenhauer.</i> —Las Ciencias Ocultas.....	4
<i>Dr. Gustave Geley.</i> —La Ectoplasmia y la Clarividencia.....	10
<i>Marqués de Santa Cara.</i> —Un tanteo en el Misterio.....	5
<i>Dr. Lucien Graux.</i> —Reencarnado.....	3,50
<i>A. de Rochas.</i> —Las vidas sucesivas.....	6
<i>Sciens.</i> —Cómo se habla con los muertos.....	3
<i>M. Frondoni Lacombe.</i> —Maravillosos fenómenos del Más Allá.....	7
<i>W. J. Crawford.</i> —La realidad de los fenómenos psíquicos.....	6

	Pesetas.
<i>César Lombroso.</i> —Los fenómenos de hipnotismo y espiritismo.....	6
<i>Sir Oliver Lodge.</i> —Raimundo o la Vida y la Muerte.....	5

COLECCION ARTE Y DIVULGACIONES

<i>Abate Th. Moreux.</i> —Los Enigmas de la Ciencia..	5
<i>Amanda Coomaraswamy.</i> —Artes y Oficios de la India y Ceilán.....	8
<i>Stewart Dick.</i> —Artes y Oficios del Antiguo Japón.	6

EC